



UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA

Las construcciones sociales en la toma de Peñalolén (1999-2014)

Acción, Memoria y Visualidad

Memoria para optar al título de Socióloga

Isabel Paz Yáñez Mena

Profesora Guía: Marisol Facuse

Santiago de Chile, Diciembre 2014

*"Cada vez iré sintiendo menos y recordando más,
pero qué es el recuerdo sino el idioma de los sentimientos,
un diccionario de caras y días y perfumes
que vuelven como los verbos y los adjetivos en el discurso"*

Julio Cortázar

AGRADECIMIENTOS

Agradezco profundamente a los pobladores/as y niños de la toma de Peñalolén la disposición y la sonrisa con la que fui recibida siempre. No puedo dejar de mencionar a aquellas personas que compartieron sus experiencias, emociones y recuerdos conmigo, participando activamente esta investigación, y confiándome la hermosa tarea de reconstruir su historia. A todos ellos dedico este humilde trabajo.

A mi profesora guía Marisol Facuse, por confiar y acompañar noblemente este proceso, sin su apoyo y estimulación permanente el desenlace de este trabajo se habría extendido al infinito.

A Marlene Mesina, de la Fundación “Superación de la Pobreza”, por haberse interesado y apasionado con esta investigación, seleccionándola para ser parte del programa “Tesis País 2014”. Además, agradezco sus agudos comentarios, los que enriquecieron la profundidad de este documento.

Con orgullo, agradezco a mis padres, Pía y Gonzalo, por el amor inconmensurable, la comprensión, el aliento y la contención de todos los días.

A mi hermano y amigos el soporte afectivo. Les agradezco las conversaciones compartidas que contribuyeron a repensar el objeto de esta investigación, así como las que sirvieron para descansar de él.

Y de manera especial, a Diego Mora. Mis agradecimientos para él rebasan los márgenes de esta investigación. Sin su apoyo y amor incondicional de todos estos años, éste, y tantos otros proyectos habrían sido imposibles. Gracias por todos los riesgos que nos hemos atrevido a tomar juntos, y que en etapas conclusivas como ésta, emergen enrostrándote que teníamos razón.

CONTENIDOS

I. INTRODUCCIÓN.....	8
II. HACIA EL DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN: ENTRE LO ETNOGRÁFICO Y LA TRANSFORMACIÓN SOCIAL.....	10
a) Origen investigación.....	10
b) Primer problema de investigación.....	11
c) Inicio intervención.....	12
d) Distancia en el para qué, compromiso en el para quién.....	14
III. PROBLEMA INVESTIGACIÓN.....	16
IV. SISTEMA DE OBJETIVOS.....	17
V. MARCO CONTEXTUAL.....	18
1) Políticas habitacionales en Chile: Una construcción de lo social.....	19
2) Acción por la vivienda en Chile: Una demanda histórica.....	24
3) Síntesis.....	30
VI. MARCO REFERENCIAL.....	33
1) La acción colectiva.....	33
a) La acción como un producto de lo social.....	33
b) La acción como expresión de una subjetividad.....	35
c) Componentes de la acción colectiva.....	39
2) La memoria social.....	41
a) La memoria como un dispositivo en construcción.....	41

b) Componentes de la memoria social.....	44
VII. MARCO METODOLÓGICO.....	45
a) Técnicas de investigación.....	46
b) Muestra.....	50
c) Plan de análisis.....	52
d) Ilustración metodológica.....	53
VIII. ANÁLISIS.....	55
1) “La voz de los sin casa”.....	56
2) “Los de abajo”.....	58
Las formas de acción colectiva.....	59
a) “LA VOZ DE LOS SIN CASA”: DEL SUJETO A LA CONSTRUCCIÓN DEL ACTOR COLECTIVO.....	59
a.1) Identificando lo común.....	60
a.1.1) Necesidad.....	61
a.1.2) Utopía.....	62
a.1.3) Territorialidad.....	63
a.2) La instauración del proyecto colectivo.....	65
a.2.1) Lo ético – político.....	66
a.2.2) Lo comunitario.....	70
a.3) Síntesis.....	73
b) “LOS DE ABAJO”: LA ILUSIÓN DE ACTUR COLECTIVAMENTE.....	74
b.1) La emergencia de un caudillismo interno: lo político de la acción.....	75

b.2) La instrumentalidad como la expresión de la acción colectiva.....	77
b.3) La integración estratégica.....	79
b.4) Síntesis.....	80
c) LA DESCOMPOSICIÓN ORGANIZACIONAL DE AMBAS FORMACIONES COLECTIVAS.....	81
c.1) La transformación de la acción colectiva.....	82
c.2) La estigmatización de la identidad pobladora.....	86
c.3) La extinción de lo colectivo.....	87
c.4) Síntesis.....	91
d) LA RESTRUCTURACIÓN DE LA ACCIÓN COLECTIVA.....	92
d.1) El periodo de subsidencia.....	95
d.2) La retoma como una expresión visible de la “nueva” acción colectiva.....	98
d.3) La expropiación definitiva del terreno.....	99
d.4) Síntesis.....	101
e) EL PREDOMINIO DE LO INDIVIDUAL SOBRE LO COLECTIVO.....	103
e.1) La negación de la identidad pobladora.....	104
e.2) La supremacía de lo individual.....	109
e.3) El aprendizaje.....	116
e.4) La toma de los niños.....	118
e.5) Síntesis.....	121

IX. REFLEXIONES FINALES.....124

 a) Reflexiones en torno a la construcción del objeto estudiado.....129

 b) Reflexiones para las próximas investigaciones.....132

X. BIBLIOGRAFÍA.....133

 a) Estudios.....133

 b) Libros, Artículos, Tesis, Entrevistas.....133

I. INTRODUCCIÓN

“El cinco de Julio de 1999, 1700 familias ocuparon un predio de 26 hectáreas en la comuna de Peñalolén... La ocupación de terreno –un acto personal límite- es la respuesta colectiva a una necesidad vital de fragmentos de la sociedad aún no resuelta. Pero no sólo eso: también descubre otro rostro de los pobladores: su esfuerzo y capacidad de organización... La toma de Peñalolén muestra la capacidad de construcción física, espacial, social, organizacional de la gente, que se expresa como la capacidad de las personas de establecer lazos de confianza, de compartir algo común, de un ‘nosotros’ como imagen y como práctica.”¹

¿Cómo fue posible la toma de Peñalolén? Es esta pregunta la que da origen a la presente investigación, en medida que este fenómeno colectivo se instaló, en un panorama socio-estructural que difería considerablemente del conocido por las movilizaciones pobladoras de los años sesenta y setenta. En efecto, la toma de Peñalolén emergió en un periodo post dictatorial, en el cual el tejido social y el giro economicista adoptado por el Estado –privatizando los “derechos sociales”-, resultaban grandes obstáculos para desplegar una acción colectiva (Posner, 2012).

En este sentido, considerando las características internas de la toma, señaladas en el párrafo superior, y los condicionantes externos del periodo en el que se instaló, es pertinente indagar en la producción simbólica que llevó a los pobladores a constituir una expresión organizada del mundo popular durante la transición democrática.

Del mismo modo, en vista de la erradicación definitiva de la toma a partir de subsidios habitacionales, es relevante dar cuenta de los cambios que ha sufrido esta trama simbólica en el tiempo, y que permiten explicar el ingreso de la institucionalidad a la toma de terrenos.

De acuerdo a ello, a través de una metodología desplegada por más de dos años al interior del campamento, se logró reconstruir la historia social de la toma de

¹ CÁCERES, M. (2002) “Las llluvias del cinco de Julio”, Ediciones Sur, Chile, 11.

Peñalolén; atendiendo, principalmente, a los sentidos que se actualizaron entre los pobladores en el presente. A través de una disposición *salazariana* <<desde abajo y desde adentro>>, se invitó a los pobladores remanentes en el terreno a recordar la experiencia colectiva, resignificándola a partir de las condiciones actuales.

Además de lo anterior, aprovechando el inminente fin de esta acción popular, se propuso a los pobladores fotografiar lo que se querían llevar del campamento a sus nuevas viviendas, dando cuenta de las valoraciones y aprendizajes que este proceso dejó en la población que se ha mantenido por quince años al interior del terreno.

De este modo, el presente estudio dará cuenta de una experiencia de apropiación y creación simbólica entre pobladores en plena inserción neoliberal, constituyéndose una entrada para conocer tanto la forma que asumió esta expresión actualizada de las demandas por la viviendas; como las repercusiones sociales del “giro neoliberal” en la definición de lo colectivo de esta acción.

A manera de conclusión, se invita a repensar el modo como la disciplina debe orientarse en relación al estudio de las formas de acción colectiva, reflexionando en torno a las potencialidades de configurar un “nosotros” dentro de un enclave capitalista.

II. HACIA EL DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN: ENTRE LO ETNOGRÁFICO Y LA TRANSFORMACIÓN SOCIAL

a) El origen de la investigación

La presente investigación nace en el seno de la etapa como practicante durante Junio del año 2012 en la ONG y egis² Techo, específicamente en su centro de investigación social (CIS). Inicialmente la práctica contemplaba una duración de seis meses, tiempo prudente para levantar el material para reconstruir un acotado *marco de la memoria de los pobladores*³ que aun habitaban el campamento Peñalolén, ex toma del mismo nombre. El argumento que yacía tras este interés de sistematización era la inminente erradicación del campamento -contemplada para fines del año 2014-, luego de que ciento setenta y seis familias, de las doscientas que se encuentran en el terreno,

² Entidad de Gestión Inmobiliaria Social: son entidades privadas y del sector público (principalmente municipios) que cumplen funciones de asistencia técnica y social en el marco de los programas habitacionales dirigidos a los sectores vulnerables.

En lo relativo al Fondo Solidario de Vivienda, el principal rol de las EGIS consiste en desarrollar y presentar proyectos habitacionales al MINVU que sean: técnica y económicamente factibles; ajustados a la normativa vigente; coherentes con las aspiraciones de las familias; pertinentes con el propósito de mejorar la calidad de vida de las personas que forman parte del proyecto; insertos en barrios e integrados al entorno

³ La práctica levantada por Techo versaba de la siguiente manera:

“Hoy por hoy, este histórico asentamiento [la toma de Peñalolén], nacido y desarrollado bajo el abrigo de los gobiernos de la Concertación, será prontamente erradicado. Por esta razón, es que como Centro de Investigación Social nos interesa recuperar y mantener el testimonio de este asentamiento por medio de las voces de quienes vivenciaron ese proceso signado por la injusticia y la desigualdad.

La invitación es que por medio de una aproximación cualitativa practicantes logren reconstruir el proceso de instalación de la Toma de Peñalolén, enfatizando las principales tensiones que enfrentaron las personas con el resto de la sociedad y mapeando sus principales hitos en un eje temporal”. Proyecto “Estudio sobre memoria en campamento histórico de la región metropolitana”, Techo, Santiago, Abril 2012.

se adjudicaran subsidios habitacionales para alcanzar la vivienda definitiva. Esta cercanía al *inicio- del- fin* de la toma abría una oportunidad para emplazar una investigación sociológica que cubriera una realidad que prontamente acabaría, y que de no ser estudiada, fácilmente se reduciría a indicadores de pobreza o habitabilidad, desplazando con ello la riqueza de la experiencia, las voces y las memorias de los que habían permanecido al interior del terreno por trece años.

Considerando que Techo funcionaba como egis del campamento fue bastante fácil ingresar a la comunidad. Se contó con el respaldo institucional para participar de las mesas de trabajo (1 vez a la semana) y asambleas (1 vez por mes), espacios que permitieron una aproximación directa a los pobladores, sin los prejuicios propios de una población en estudio hacia un investigador externo. Cabe decir que esto último fue posible debido al tipo de inmersión sostenido durante los primeros meses de la investigación, éste se limitó a observar y participar anónimamente de las reuniones entre los comités habitacionales y Techo, sin ser presentada oficialmente ante la comunidad como investigadora. De este modo, este tipo de participación, que puede identificarse como etnográfico, favoreció el acceso a los cuadros cotidianos que sostenían al campamento en la actualidad, constituyéndose una entrada válida para comprender las lógicas del grupo dentro de sus marcos de acción (Falabella,2002).

b) Primer problema de investigación

La memoria, como fenómeno en estudio, permitió aproximarse al pasado y al presente individual y colectivo de la toma (Piña, 1999). A partir de los datos levantados, se dejó entrever una historia cargada de valoraciones individuales en la que se tendía a menospreciar la acción colectiva emprendida y el pasado común. Ante la emergencia de esta compleja red de relaciones sociales, y considerando el futuro en conjunto entre quienes abandonaban el terreno a través del subsidio, el presente estudio de la memoria modificó su carácter estrictamente descriptivo para resignificarse como una intervención de características transformadoras.

Para lograr dicho cometido, fue necesario apoyarse en una óptica metodológica conocida como investigación – acción participativa (IAP). Esta estrategia se instalaba en

el campamento con la intención de proveer de un contexto donde los participantes desarrollaran sus capacidades con una conciencia crítica (Balcazar, 2003). De este modo, si bien si la memoria seguiría siendo el canal a través del cual se ingresaría a la realidad de la toma de Peñalolén, esta recolección de discursos estaría orientado hacia un cometido político: “reforzar la autoestima del grupo a través del reconocimiento de ellos como actores que han desplegado sus capacidades en el tiempo” (Garcés, 1993). En efecto, la misión social de la intervención era el fortalecimiento de la organización pobladora, interpretada -por quien escribe- en estado debilitado a partir de las observaciones registradas.

Entre las características de la IAP se encuentra la inclusión de la población en estudio en todas las etapas de la intervención, léase diseño, desarrollo, conclusiones y sistematización del trabajo (Martí, 2008). Por consiguiente, el inicio de este proceso fue a través de un llamado abierto a un encuentro entre los pobladores y la investigadora. Para cumplir dicho fin se hizo uso de dos estrategias de difusión: un puerta a puerta, en el que se invitó personalmente a ciento cincuenta familias; y la publicación de afiches en los espacios comunes de la toma. La invitación era juntarse para compartir experiencias y discutir alcances sobre el futuro, además de ofrecer una once para los asistentes, haciendo caso a las recomendaciones que habían surgido desde los mismos pobladores durante la difusión. El objetivo detrás de esta convocatoria era cooperar con la formación de un público reflexivo que permitiera instalar un proceso de IAP en el campamento (Buroway, 2005).

c) Inicio intervención

La reunión se fijó para el segundo sábado del mes de Octubre del año 2012. En consideración a los postulados de la IAP, se estructuraron unas diapositivas donde se evidenciaba la existencia de una problemática en función del material recopilado durante los meses anteriores. Se esperaba que esta formulación fuera acogida como un punto de partida para la realización de un diagnóstico participativo (Jiménez, Valadez, Bañuelos, 2005). Si bien se comprendía que el problema levantado estaba fuertemente influenciado por intuiciones particulares, éstas se correspondían con una propuesta

general de objetivos a investigar, los que evidentemente serían modificados una vez concretado el debate con los pobladores (Alberich, 2008).

La once, que se estimó con la presencia de al menos diez pobladores, tuvo la asistencia de sólo tres señoras, de las cuales dos dijeron que se tenían que ir rápido, además de solicitar llevarse unas cajas de jugo que evidentemente no serían abiertas. Ante la pregunta de por qué no llegaron más vecinos, respondieron que en el campamento a nadie le interesa “juntarse a conversar”, y que la gente llega muy cansada del trabajo para asistir un sábado a este tipo de reuniones sociales que no les beneficiaba en nada.

Si bien la situación mencionada era parte de cualquier proceso de investigación, la indiferencia por parte de los pobladores condujo a una pertinente auto-evaluación de la manera como se estaba desarrollando esta investigación, en orden a alcanzar un camino satisfactorio. En dicha auto-observación, la lectura conllevó a la evidente imposición de una investigación participativa, negando la esencia misma de este tipo de intervenciones: voluntad de acción (Ander-Egg, 2003). El traspie demostró las dificultades para desarrollar una experiencia participativa que no emergiera desde los propios intereses de la comunidad de origen. Al no ser la IAP una necesidad espontánea del campamento, la estrategia quedaba totalmente fuera de lugar, pues no podía insertarse reflexión y participación donde el solo acto de reunión ya era difícil de asegurar.

Así, una vez aceptado el error de dislocar lo teóricamente deseable (instalación proceso IAP) de lo empíricamente posible (características propias de la toma de Peñalolén), fue necesario reelaborar la estrategia de aproximación al campamento, considerando la realidad presente en el campo en estudio. Se procedió a contactar nuevamente a las tres señoras que habían asistido a la reunión de manera personalizada. Se les comentó que ya no sería necesaria su participación activa en todo el proceso de la investigación, pero que se seguiría trabajando en la toma para poder conocer las experiencias, y los proyectos de los pobladores una vez abandonado el campamento. La revelación tuvo una tibia recepción por parte de las pobladoras, sintetizada en un ‘que – bueno’.

d) Distancia en el para qué, compromiso en el para quién

Al considerar la naturaleza inductiva con la que se había desarrollado el trabajo de campo hasta el momento, el fracasado desenlace en la aplicación de la IAP no constituyó más que una experiencia ocurrida al interior de la investigación. Tal como lo estableció Norbert Elias, era necesario recuperar una distancia mínima para con el objeto de estudio, con el fin de observarlo y aprehenderlo en su plenitud. La distancia permitiría desarrollar un conocimiento científico que aportaría perspectivas de interés tanto para los pobladores como para la comunidad científica en general.

En este sentido, si bien el deseo tras la instalación de una IAP era la transformación de la experiencia y práctica de un grupo social, esta inquietud debía canalizarse a través de un estudio inicial que definiera las características concretas del fenómeno en cuestión. Al ser la inclusión activa de los actores en la investigación una dificultad, conocer sus iniciativas y experiencias parecía ser el camino más apropiado a partir de las particularidades del espacio. La memoria del campamento volvía a problematizarse, permitiendo aproximarse al presente de la toma en términos de producto (Harnecker, 1996), de tiempo articulado en un momento anterior al observado. Así, se lograba una operación circular entre la teoría y la realidad. Tal como establece Elias,

“en el proceso de adquisición de conocimiento surgen y se responden preguntas que son resultado de un incesante movimiento de ida y vuelta entre dos niveles de conocimiento: el de las ideas, teorías o modelos generales, y el de la observación y percepción de fenómenos específicos. Este último nivel queda desordenado y vago si no es suficientemente moldeado por el primero; y, a la inversa, el primero queda poblado de sentimientos y fantasías si no es iluminado en suficiente medida por el segundo” (Elias, 1990: 33).

A partir de este movimiento, ya no era necesario depositar en los pobladores inquietudes que no les eran naturales ni propias, así como tampoco adjudicarle a la población en estudio la obligatoriedad de alcanzar un estado de conciencia diferente al

que tenían, o del que se era capaz de intuir a través de sus expresiones cotidianas. Al retomar las observaciones y ciertos hallazgos que se repetían en los levantamientos de información de la memoria, fue posible pesquisar cierta particularidad en el desarrollo de la toma de Peñalolén. Esta reversa, o paso perdido dentro del estudio, permitió generar distancia con el campamento como fenómeno dado, problematizando su ocurrencia como una entrada posible a ser estudiada antes que la historia la dispersara con la definitiva erradicación. De este modo, las respuestas al para qué de esta investigación abandonaban su trasfondo político explícito y ortodoxo para articularse de manera más modesta, siendo la comprensión la actitud que definiría mayormente este estudio. Al fin, este trabajo se inclinaría por dar cuenta de una experiencia concreta de la cual en poco tiempo ya no existirán referencias directas.

El para quién de este estudio mantenía la expectativa de servir a los pobladores, desplegándose un trabajo que aumentara el dominio que ellos poseen sobre su práctica. Pues como dice Bourdieu, para qué sirve la sociología sino es para comprometerse con intereses sociales, y como tal, incompatible con un saber reservado solo para especialistas (Bourdieu, 1990). Manteniendo esta línea, la operación aquí realizada reniega de una neutralidad científica. Insertándose, más bien, dentro de un panorama interesado en develar los mecanismos con que el poder modela y afecta las acciones provenientes del mundo social; el cual se basa, entre otras cosas, en el desconocimiento que los sujetos tienen sobre ellos mismos (Lahire, 2006).

El posicionamiento así adoptado constituye el quehacer epistemológico de esta investigación. Si bien la intención del estudio seguirá orientada hacia la promoción de una postura crítica, el objetivo del trabajo será la vinculación de teorías y metodologías, que permitan comprender cómo los pobladores se explican la toma de Peñalolén como una realidad instalada y definida por ellos. A través de esta inserción, será posible contribuir al reconocimiento que los pobladores tienen sobre ellos mismos, así como también, a la materia sociológica orientada al empoderamiento y la sistematización de experiencias colectivas provenientes del mundo popular.

III. PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN

“La toma tiene un componente utópico, movilizador impresionante, en medio de una transición en que lo popular no tiene espacio, no tiene lugar, no es actor, no hay voluntad de interlocución con él, en fin (...)

Es interesante, porque en el fondo es la persistencia de una demanda, de... demandas de organización popular, de aspiración popular, que están ahí (...)”

Mario Garcés, 2012⁴

Las observaciones registradas durante la introducción a la memoria del campamento son elocuentes; por un lado, el origen, asociado a una colectividad empoderada. En el otro extremo, la eminente erradicación y fin de la toma, cruzado por el individualismo y desinterés. De este modo, existía un extenso espacio entre ambos puntos que no estaba siendo tematizado, operacionalizándose en las transformaciones de sentido ocurridas al interior del campamento. Ante estas revelaciones, esta investigación volverá inteligible el tránsito de la acción colectiva desplegada por los pobladores en la toma de Peñalolén. Para ello, apoyarse en la memoria permitirá comprender cómo los pobladores se explican su presente en función de su pasado (Jedlowski, 2000), o lo que es igual, el devenir de esta acción pobladora.

De acuerdo a lo anterior, resulta pertinente apostarse dentro de lo que Dubet (1989) denominó una “sociología del sujeto”, iniciando una aproximación desde las lógicas de identificación dentro de la toma, y el modo como éstas se manifiestan en el nivel de la acción social. En este sentido, considerando que la acción colectiva es una producción social (Berger & Luckmann, 1968), es razonable vincular la emergencia de la acción con el tipo de subjetividad que la ejecuta, facilitando una comprensión sobre los modos como se ha articulado dialécticamente la toma de Peñalolén en el tiempo.

⁴ GARCÉS, M. Historiador. Entrevista en Profundidad realizada el Viernes 14 de Octubre de 2012, 11.00 am, en ONG ECO, Providencia.

De esta manera, tanto la memoria como la acción serán entendidas como dimensiones que expresan aspectos identitarios de los sujetos (Gillis, 1994). Así, la reconstrucción de los sentidos en la toma de Peñalolén permitirá vincular articulaciones de subjetividad con estadios de la acción. De la misma forma, dado el carácter selectivo con el que opera la memoria (Jelin, 2005), será posible apreciar en los sentidos que se rescatan valoraciones sobre la experiencia colectiva protagonizada, expresando el modo como el poblador significa y reconstruye su propia subjetividad a partir de dichas aspectos evaluativos.

En definitiva, siendo la acción el correlato de una subjetividad productiva, y la memoria el producto de una subjetividad en el tiempo, la vinculación de ambos permitirá dar cuenta de los sentidos inmersos en los componentes de la acción pobladora. De acuerdo a ello, a través de una deconstrucción del presente en la toma -en términos de Derrida (2004)-, se podrán analizar las unidades de sentido que constituyeron este proceso, viabilizando la reconstrucción de esta experiencia pobladora. Este ejercicio permitirá identificar las transformaciones de significados en los componentes de la acción de la toma, revelando las condiciones y características de lo social al interior de ella a lo largo del tiempo.

IV. SISTEMA DE OBJETIVOS

Objetivo General

Reconocer las formas de acción colectiva en la historia de la toma de Peñalolén a través de las memorias de sus pobladores

Objetivos Específicos

- 1) Definir los fines asociados a la acción colectiva de los pobladores a través de sus memorias
- 2) Establecer los medios de acción desplegados por los pobladores a través de sus memorias

- 3) Examinar la relación entre la pertenencia al territorio y la toma como acción colectiva a través de las memorias de sus pobladores
- 4) Relacionar las valoraciones atribuidas por los pobladores a la toma con las formas de acción colectiva desarrolladas

V. MARCO CONTEXTUAL

Para explorar en los modos como se articuló la Toma de Peñalolén, el siguiente apartado se presenta como un marco contextual que permite situar al objeto estudiado en un fenómeno social de alcances históricos. A través de esta operación historiográfica, la reconstitución del movimiento de pobladores permite identificar una memoria social propia de los sectores populares, un aprendizaje incorporado por la posición histórica dentro del entramado social. En este sentido, al interior del fenómeno poblacional es posible advertir un “saber hacer” característico de los pobres, un bagaje relacional, simbólico y práctico que se reactualiza en toda expresión del mundo popular. Por consiguiente, al ser este “repertorio incorporado”, un medio de orientación histórica para los pobres urbanos (Elias, 2010), la revisión de ello viabilizará una exploración de los significantes de la memoria histórica presentes en la toma de Peñalolén, aquellos que constituyeron una fuente identitaria que permitió a los pobladores percibirse como sujetos con capacidad de intervención histórica (Nicholls, 2007).

De acuerdo a ello, se dará cuenta, por un lado, de cómo el Estado ha construido una imagen del pobre a través de las políticas sociales, impactando sobre el tejido social del mundo popular. Posterior a dicha revisión, se argumentará en torno a la integración y formación política de los pobres que desencadenó en el movimiento de pobladores propiamente tal, es decir, en la constitución de un actor político. En tercer lugar surge una suerte de conclusión en la relación entre el actor sin techo y el abordaje desde la oficialidad. A través de este eje es posible apreciar la “dialéctica que repercute en la experiencia” de las acciones colectivas por la vivienda (Thompson, 1989), y como tal, debe ser revisada para explicar el modo como se han procesado los condicionantes

estructurales dentro del mundo popular, y que los ha llevado a la apertura de acciones colectivas.

En función de lo anterior, este apartado está compuesto por una revisión sucinta a los últimos 50 años de política habitacional y al consecuente modo como los enclaves pobres han resuelto su condición de excluidos sociales.

1. Políticas Habitacionales en Chile: Una construcción de lo social

Es prioritario establecer que la problemática de la vivienda se agudiza con la migración campo-ciudad sucedida en Chile masivamente en la década de los treinta y cuarenta. En este sentido, el déficit habitacional empezó a manifestarse en los asentamientos llamados “callampas”, de tenencia irregular y precariedad habitacional. La respuesta para entonces fue la promulgación en 1959 de un Estado productor de viviendas sociales. Es decir, el sector público se hacía responsable del patente déficit material (MINVU, 2013).

a) Período de participación popular (1964 – 1973)

Frei Montalva abre la discusión política en torno a la vivienda al inaugurar el Ministerio de Vivienda y Urbanismo (MINVU) en 1965. Este organismo gestionaría no sólo la construcción de viviendas sociales, sino más aún, se consideraría a la vivienda social como una fuente de redistribución de ingresos, y como tal, se preocuparían integralmente de todas las dimensiones que constituyen la experiencia de un barrio.

La concepción social de este gobierno estaba dada por atender e integrar a los sectores más marginados de la sociedad levantando la consigna, “construir viviendas dignas pero ajustadas a la capacidad de pago de sus asignatarios”, enfatizando en la promoción del desarrollo comunitario. Efectivamente, se proclamaba la virtud de la comunidad popular para llevar a cabo procesos de auto construcción y promover la participación colectiva en la solución de los problemas habitacionales. Este posicionamiento permitía fortalecer la actividad comunitaria a través de la organización de base y la autoformación, facilitándose la continuidad laboral dentro de los pobladores (MINVU, 2004). Esto, a su vez, permitiría superar la escasez de recursos y de

capacidades técnicas, a partir del engrosamiento de la conciencia colectiva y responsable (Posner, 2012).

Si bien con el gobierno demócrata cristiano se había dado un giro en la contención del problema habitacional, no fue hasta Salvador Allende ('70) que éste ganó en contenido y reconocimiento concreto. Esto, a partir de la indicación constitucional que la vivienda es un derecho irrenunciable del pueblo, no pudiendo ser objeto de lucro y cuya provisión es una de las principales responsabilidades del Estado (MINVU, 2004). En otras palabras, la vivienda pasa a considerarse un derecho que el Estado debe satisfacer.

De esta manera, Allende avizó un cambio social y profundo, que implicó aumentar el gasto público en materia de vivienda y de urbanismo, teniendo como objetivo desarrollar conjuntos residenciales homogéneos, que rompieran con la estratificación clasista y privativa de la ciudad para sus ciudadanos. Además, hubo una preocupación por mejorar la repartición del equipamiento urbano, las áreas verdes, la movilización, y las fuentes de trabajo. En este sentido, Allende estaba interesado en una administración del suelo tendiente a la satisfacción de las necesidades sociales y habitacionales.

Como es posible de apreciar, durante este periodo se constituyó una estructura de oportunidades políticas (Tarrow, 1997) para que los sectores más pobres se alzarán en la resolución de sus necesidades. A través de dicha apertura, el mundo popular se hizo un espacio en la ciudad, no sin represión ni violencia, pero al fin y al cabo, la ciudad experimentó una explosión urbanística entre los años 50' y 70' en manos de los asentamientos precarios. La ciudad fue conquistada por una masa marginal y urbana, que una vez asociada a los partidos políticos, dio inicio al movimiento de pobladores (Salazar, 2012).

Sin embargo, las lógicas habitacionales durante la Unidad Popular no hicieron más que aumentar la movilización de los grupos que demandaban una solución a sus necesidades. El Estado, incapaz de contener todas estas demandas, se precipitó hacia una agitación social masiva que derrumbó las expectativas del gobierno por mantener el

orden. Si bien en este periodo hubo un cariz de poder popular a través de la valoración de las organizaciones de bases, éste no logró consolidarse efectivamente en las cúpulas de poder de la Unidad Popular, determinando la intromisión golpista ante el debilitamiento ocasionado por la ausencia de una postura clara con respecto al empoderamiento social (Salazar, 2012).

b) Período autoritario (1973 – 1990)

La política habitacional de la dictadura estuvo marcada por un giro absoluto con respecto lo que se venía haciendo hasta entonces en esta materia en Chile. El nuevo modelo político estableció que el *“individuo es el responsable directo para alcanzar la solución a su problema habitacional. Junto al subsidio otorgado por el Estado, se le exige al beneficiario un esfuerzo previo, reflejado en un ahorro inicial mínimo necesario para optar al subsidio”* (MINVU, 2004:185). De acuerdo a ello, el golpe militar fue una respuesta contenedora de las masas populares que se habían desbocado durante el régimen anterior. Estableciéndose, como primer objetivo del periodo, minar el poder político y económico de esos sectores a través de la entrada del mercado en todas las dimensiones de la vida.

Este modelo habitacional impactó de manera profunda en los vínculos de los sectores populares para enfrentar la exclusión del sistema. Dada la reorientación hacia el Mercado, se estratificó a los grupos familiares a partir de la Ficha CAS, cuestión que soterró toda concepción colectiva heredada de los gobiernos precedentes. Este estado autoritario se esforzó para romper las asociaciones populares masivas, entorpeciendo los canales de participación grupal y fomentando la competencia entre las familias para acceder a un subsidio (Posner, 2012).

La principal reforma con respecto a las políticas antecedentes fue pasar de un subsidio a la oferta a un subsidio a la demanda previo ahorro, lo cual cedía al Mercado la construcción y el financiamiento de las viviendas sociales, relegando al Estado a un mínimo control como facilitador. Además, en 1979, se establece una nueva política urbana, donde se decide liberalizar el suelo para abaratar el costo de la vivienda al construirla en suelos de menor valor. Las repercusiones de dicha consideración serían

altos niveles de segregación, relocalizando la pobreza urbana en la periferia. Consecuente a estos cambios, el MINVU de este tiempo señala que la vivienda es un derecho que se adquiere con esfuerzo y ahorro individual, donde tanto Estado como familia tienen una cuota de responsabilidad (MINVU, 2013).

En este sentido, la construcción del pobre en las definiciones estatales es de un agente que debe involucrarse en tramas crediticias para superar su condición de exclusión, negando el potencial del poder popular alcanzado en el periodo anterior. La lógica ahora se articulaba sobre un trasfondo mercantil, una relación de intercambio económico que cercenaba el bagaje histórico de autogestión y autodeterminación. En efecto, la dictadura repercute sobre todo en la autoestima social del mundo popular, dejando de ser identificados como actores sociales y reduciéndolos a pobres sin casa. Son estos pobres desarticulados los que necesitan operar en las lógicas institucionales individualmente para resolver su exclusión y marginalización del nuevo modelo socioeconómico. De acuerdo a ello, la pobreza es leída desde la oficialidad de manera unidimensional, definida en términos únicamente económicos (FSP, 2013), sin potenciar la integración social y las relaciones de reciprocidad propias del mundo popular, propiciándose así su exclusión y aislamiento.

c) Período transición hacia la democracia (1990 – 2000)

Una vez abolido el régimen militar, el ascenso a la democracia trae consigo grandes desafíos (MINVU; 2013). A comienzos de los '90 el déficit habitacional era de más de 900 mil familias sin casa (MINVU, 2004:230). Este déficit se agudizaba por las consecuencias sociales de la política habitacional implementada en dictadura, donde ya no sólo había un alto índice en relación a los “sin casa”, sino que también surgió el problema de los “con techo” (Rodríguez y Sugranyes, 2005). Estos pobres, si bien tenían la necesidad de techo cubierta, se encontraban asentados en suelos de mala calidad, alejados de oportunidades laborales, sin intimidad alguna, y estigmatizados por un entorno en el que predomina la violencia y la sobrevivencia (Aravena y Sandoval, 2008). De este modo, los gobiernos de la Concertación deben aplacar no sólo el déficit, sino que también la calidad de las soluciones entregadas el régimen anterior.

Prueba de lo anterior es el censo del año 1992, el cual está fuertemente marcado por el fenómeno del allegamiento por un lado, y por la presencia de necesidades cualitativas en las soluciones habitacionales por el otro (MINVU, 2009). En este sentido, los primeros gobiernos de retorno a la democracia estuvieron interesados en una construcción masiva de viviendas sociales y en un mejoramiento de la vida de barrio. Sin embargo, las lógicas de des-planificación urbana y estratificación socioeconómica, ambas herencias de la dictadura, se mantuvieron intactas (Posner, 2012).

La orientación de los periodos en la transición democrática estuvo marcada por una focalización en la pobreza, lo cual implicaba ponderar los factores socioeconómicos de los postulantes a subsidios y establecer cuál era la solución más adecuada para sus necesidades. A su vez, se buscó contribuir en la integración urbana de los sectores más excluidos, mejorando la conectividad y el equipamiento urbano de los sectores periféricos. Por consiguiente, la política de las últimas dos décadas ha concebido la adquisición de una vivienda como un primer eslabón para una inclusión social más justa e igualitaria.

Entre los mecanismos que se han integrado está el reconocimiento a las postulaciones grupales, además de la actualización de la ficha CAS como instrumento de medición. Sin embargo, al mantenerse la mercantilización del suelo urbano, las poblaciones vulnerables siguen instalándose en la periferia, generándose desequilibrios en formato de guetos en lo que se reproduce la condición de pobreza (FSP, 2006).

De acuerdo a lo anterior, si bien la pobreza es ahora entendida en términos multidimensionales integrando variables de naturaleza cualitativa a su comprensión, el fenómeno de la “pobreza equipada” ha distorsionado la acción del Estado (FSP, 2011). El aumento de las necesidades materiales a partir del crédito, ha relegado las necesidades existenciales de los más pobres (ser; estar; tener; hacer), reduciendo los programas sociales a meros satisfactores de necesidades concretas (abrigo, hambre, etcétera) (Max-Neef, 1993). De este modo, la concepción de pobreza del Estado está limitada por sobre todo a un enfoque de necesidades, y no refiere a derechos sociales incumplidos, o a dimensiones intersubjetivas que develan capacidades no desarrolladas (FSP, 2013).

2. Acción por la vivienda en Chile: Una demanda histórica

Si bien las primeras manifestaciones por la vivienda se asociaron a la Liga de Arrendatarios, organizados en relación a los arriendos abusivos y la falta de higiene de los conventillos entre 1914 y 1925 (Salas, 1999), estas acciones se encuentran más asociadas a protestas de carácter reivindicativo (Espinoza, 1998), mas no a la emergencia de una identidad pobladora. Por consiguiente, para los fines de este apartado, se dará cuenta de los actores que han desarrollado una cultura más orgánica entorno a su problemática, introduciendo elementos más allá de la demanda social misma que protagonizaban (Castells, 2014).

a) Período de participación popular (1964 – 1973)

El fenómeno de la ocupación irregular de suelo para fines de los años 50 ya estaba ampliamente extendido. Lo que alguna vez se llamó “asentamiento callampa” evolucionó hacia las tomas de terreno. La principal diferencia entre ambos era la acción organizada que precedía una toma. Esta acción pobladora estuvo fuertemente influenciada por el acercamiento de los partidos Socialista y Comunista a los comités de ‘sin casa’, aportando herramientas críticas no sólo en relación a su demanda específica, sino también a su posición en una estructura social altamente excluyente (Loyola, 1989). Así, los pobladores pasan a tener conciencia tanto de sí mismos, como de que sólo la organización les permitiría salir de su condición de marginalidad (Royo, 2005).

A partir de la reivindicación habitacional surge una movilización masiva en los sectores populares. Las tomas de terreno no sólo inauguraron un giro sobre cómo los pobladores comprendían la demanda de la vivienda, sino que a su vez, se implementan una serie de prácticas de corte comunitario orientadas a enfrentar la exclusión social del sistema colectivamente. En este sentido, surgen aspectos identitarios correspondientes con las lógicas de acción pobladora, quienes ya no esperarían pacientemente una solución por parte del gobierno, sino que se movilizaría activamente en la satisfacción de sus necesidades, tomándose un terreno y gestionándolo para habilitarlo a su población (Garcés, 2004). De acuerdo a ello, “desde finales de la década de los '60 y

comienzos de los '70 las tomas de terreno se intensifican por todo Chile. Se instalan en terrenos intersticiales del tejido urbano transformando la fisonomía de las ciudades y representando no sólo una demanda habitacional, sino que una reivindicación de integración social por incorporarse a la ciudad y sus beneficios” (MINVU, 2013: 14).

Durante la Unidad Popular (1970 – 1973), las tomas de terreno pasan a denominarse campamentos. Este cambio en la identificación estuvo dado por el reconocimiento de la organización y la estructura interna que acompañaba todo asentamiento, además de la resolución colectiva de los problemas y la autoconstrucción de sus necesidades habitacionales. Para 1970 los pobladores son reconocidos como actores políticos claves, siendo considerados la mayor fuerza social urbana (Garcés, 2004). Por entonces, existe un movimiento nacional de pobladores, quienes se articulan de manera unitaria para combatir un sistema que los explotaba y reprimía (González y Quintana, 2004).

Sin dudas, en este periodo se sientan las bases de lo que se conoce como poder popular, el cual consiste en configurar instituciones alternativas a las dominantes *“para llegar a plantear un enfrentamiento cualitativamente distinto de sus problemas. Es así como surgen las experiencias de autoadministración en el plano de la justicia, salud, educación, etc”* (Quevedo y Sader, 2014:74). En efecto, la irrupción de una masa marginal organizada daba cuenta no sólo del ejercicio de una autodeterminación entre los pobres, sino que era la emergencia de una identidad popular que compartía un hábitat y circunstancia común, constituyéndose un “nosotros” entre los pobres urbanos, cuya figura engrosaba su empoderamiento (Espinoza, 1988). Esta emergencia de una identidad colectiva se reconocía como componente fundamental del proyecto social-popular desplegado por los pobladores (Goicovic, 1996).

El proyecto contemplado se asociaba al desarrollo de una orientación comunitaria que permitiera la emergencia de una comunidad basada en procesos de solidaridad recíprocos, dotando de un sentimiento de pertenencia a los que participaban de las movilizaciones de pobladores (Baño, 1985). Dicho sentimiento, por lo demás, aplacaba las necesidades de integración presentes dentro del mundo popular. La

articulación de este proyecto comunitario permitió reducir la complejidad presente al interior de las poblaciones producto la heterogeneidad observada en ellas.

b) Período autoritario (1973 – 1989)

Considerando que el movimiento de pobladores se presentó como una alternativa para los sectores populares, el advenimiento de la dictadura es especialmente violento con esta población. El poder autoritario vio en la concientización y movilización de los más pobres un problema que debía ser contenido para no afectar la estabilidad económica del país. De acuerdo a ello, la represión y la división del tejido social construido eran metas fundamentales para implantar un nuevo régimen político.

En este sentido, en un primer momento de la dictadura, hay un repliegue del movimiento poblador, el cual fue ajusticiado a través de agresivas prácticas dictatoriales. Esta constatación implicó la configuración de un fenómeno poblacional nuevo dentro de los pobladores: el allegamiento. El déficit habitacional se manifestó en la imagen del sujeto allegado, constituyéndose un déficit invisible pero en progresivo crecimiento “hacia adentro”, pauperizando aún más las condiciones de existencia de los sectores populares, al concentrarse varias familias en una casa. Para 1983, casi un 20% de la población de Santiago vivía en condiciones de allegamiento (Ruipérez, 2006), ponderándose un déficit de más de 820.000 viviendas (MINVU, 2013).

Correlato de lo anterior, en consideración al cierre de los canales de participación política, el mundo poblacional estuvo obligado a orientarse “hacia dentro” de la población como estrategia de sobrevivencia (Cortázar y Campero, 1988). Esta acción adaptativa estuvo dirigida a fortalecer las prácticas de corte comunitario, en aras de engrosar la organización aun cuando ésta no fuera visible (Espinoza, 1985). Además de este “retraimiento”, las poblaciones experimentaron la llegada de jóvenes intelectuales que veían en la organización pobladora un principio de actor revolucionario (Espinoza, 1998). De este modo, surgen talleres de formación política y agudos procesos de reflexividad sobre el acontecer político nacional, lo cual estimulaba una radicalización en la acción pobladora expresada en una lógica rupturista con el sistema imperante.

Entre 1983 y 1985 desde el mundo de las poblaciones surgen las primeras luchas urbanas contestatarias al régimen militar. Emergía así, en la lucha social un corpus de relaciones permanentes, de estrategias y redes para sobrevivir (Campero, 1987). Los pobladores manifiestan su descontento a través de la movilización colectiva, volviendo a participar en la política local a través de su articulación como actores relevantes dentro del entramado urbano (Espinoza, 1985).

No obstante, aun cuando fue en las poblaciones donde se combatió más duramente la dictadura, el modelo neoliberal ya había fundado sus primeras poblaciones bajo el alero del subsidio individual, lo cual constituía una experiencia que difería de los modos hasta ese momento desplegados por el mundo popular para acceder a una vivienda. Dentro de las investigaciones de la época se observó que este tipo de poblaciones tenía menor propensión a comprometerse política y colectivamente (Campero, 1987), constituyéndose una creciente división dentro de las poblaciones. Expresión de ello es la disgregación sucedida entre los pobladores a partir de sus orígenes y adscripción política y social, además de la irrupción de dos “tipos” de pobladores. Por un lado, los “normales”, reacios a organizarse políticamente debido a las experiencias de división durante la Unidad Popular y el golpe de Estado; en el otro extremo, los dirigentes, los cuales buscaban la movilidad social a partir del Estado, a quien se le exige que proporcione los medios para concretar dicho fin (Tironi, 1986).

Por consiguiente, si bien las protestas en contra del régimen se dieron en las poblaciones, éstas respondieron a un fin coyuntural y no tanto a las construcciones de sentidos propias del movimiento poblador de antaño. De este modo, los sectores populares no lograron reconstruirse como un actor relevante durante el periodo autoritario. La fuerte heterogeneidad del movimiento, sumado al impacto de las políticas de vivienda neoliberales implementadas, fracturaron el entramado social dentro de las poblaciones y obstaculizaron la reconstitución del actor político. Así, tal como se señaló anteriormente, lo potencial del movimiento de pobladores radicaba en el ejercicio de una identidad colectiva, de un “nosotros” que dotaba de cohesión al grupo. Sin embargo, ante la ruptura democrática, tanto el “nosotros” como el Otro se difuminaron,

debilitando el sentido asociativo del movimiento de pobladores, y desmembrando el mayor capital con el que contaba el mundo popular: la sociabilidad.

c) Período transición hacia la democracia (1990 – 2000)

El arribo de la democracia en Chile no implicó cambios en la política habitacional concertada en dictadura en términos estructurales. De este modo, la mantención de lógicas neoliberales en la concepción de la vivienda social, volvió improbable la organización pobladora y el fortalecimiento de un actor político urbano (Posner, 2012). Además, considerando el déficit cuantitativo de viviendas observado en los comienzos de la transición democrática, los pobladores se encuentran adaptados a un nuevo sistema de subsidios y al ordenamiento social a través de la ficha de protección social. Esta reorganización del modo como el Estado se enfrentó a la marginalidad tuvo como principales consecuencias la competencia dentro de los sectores populares, cuestión que reforzaba el ingreso de prácticas desviadas, como lo es la baja solidaridad, la desconfianza y el desinterés político. Así, la política habitacional existente fue incorporada por los sectores que históricamente se habían organizado para la satisfacción de sus necesidades, al punto que los “sin techo” vieron más plausible la obtención de la vivienda a través de mecanismos individuales, el control sobre la capacidad de ahorro y la ficha de protección. En este periodo, incluso se aprecian lógicas adaptativas de los sectores pobres a la política habitacional, como por ejemplo el ocultamiento de bienes que aumentarían el puntaje en la ficha CAS (Posner, 2012).

De este modo, durante la década de los '90 el movimiento poblador se encuentra limitado a los márgenes dispuestos por la política habitacional. Con la desconfianza ya instalada entre los pobres, además de la incorporación del discurso neoliberal como fuente de identidad, se reproducen prácticas consumistas e individualizantes, propias del sistema neoliberal (González y Quintana, 2004). Los pobladores, en este periodo, se encuentran volcados a la inmediatez y la apatía política (Tironi, 1986).

La ciudad resultante de este modelo son los nuevos guetos, costos de una política habitacional “exitosa”. Es este producto de la des-planificación urbana el mayor

problema de los pobres en la actualidad, donde pobladores no cuentan con un equipamiento urbano accesible, ni con el espacio suficiente para acoger una vida familiar estable. Tampoco existen los espacios de socialización y de encuentro entre vecinos, obstaculizando el sentido de pertenencia hacia su barrio (Ducci, 1997) y la emergencia de un capital social grueso (Durston, 1999).

Sin embargo, aun cuando el panorama sociopolítico obstaculizó la emergencia de acciones colectivas por la vivienda, es posible mencionar dos mediáticas irrupciones populares que hicieron recordar el movimiento de pobladores de antaño. La primera fue el “Campamento Esperanza Andina” entre los años 1992 y 1993 en Peñalolén. Esta expresión poblacional desechó la política convencional partidista y ejecutó una política concebida por actores sociales (Salazar, 2012:187). Fue una renovación del poder popular, buscando generar una base social sólida a través del apoyo solidario de la sociedad civil en su conjunto. Gracias a dichas lógicas, los pobladores lograron que se aprobara por unanimidad su petitorio en el Congreso (Salazar, 2012). Posterior a ella, el movimiento de pobladores se replegó notoriamente, dejando paso solo a un estertor de él a través del “Campamento Peñalolén” en 1999. En efecto, tal como lo señala Salazar, la marginalidad chilena se transformó, y el hito fundador de ese nuevo movimiento era la toma de Peñalolén en los terrenos de Nazur, *“los cambios tienen que ver con la ampliación y diversificación de los métodos de acción, la ampliación de los objetivos de lucha, trascender el tema del sitio y la vivienda. Ya no se trata de autointegrarse a la sociedad forzando la chapa de la puerta, sino de eliminar la puerta cambiando la sociedad desde abajo, sociocrática y soberanamente”* (Salazar, 2012:190).

De acuerdo lo anterior, aun cuando exista una evolución del conflicto por la vivienda hacia una performatividad del sistema en su conjunto, vale decir que estas irrupciones populares han sido más bien minoritarias, y como tal, lo que parece advertir este periodo es una vinculación pragmática de los más pobres a organizaciones de base (Sabatini y Wormald, 2004). De este modo, el interés por la integración predomina entre los excluidos, por sobre la transformación social (Cortés, 2012). En consecuencia, es posible percibir una fragmentación del mundo popular, una disociación entre la identidad histórica y la acción, entre los que aun instalan la utopía colectiva como

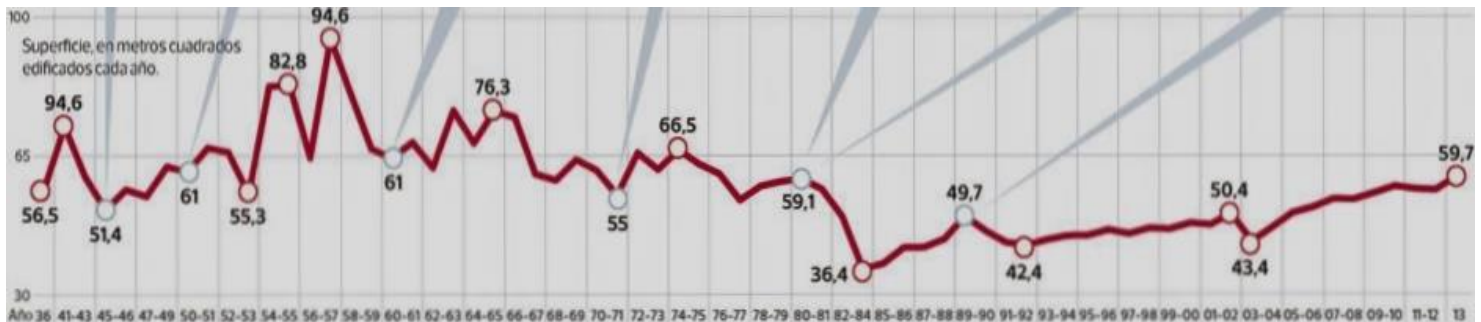
horizonte hacia el cual avanzar, y los que experimentan la “trampa del gueto”, estigmatizados y conformados con una integración del tipo consumista (Márquez, 2008).

3. Síntesis

Bien dice el historiador Mario Garcés que los movimientos sociales definen los modos en que se relaciona lo social con lo político. Modos que poseen dimensiones eminentemente históricas (Garcés, 2011). De acuerdo a ello, tal como se observó en la revisión presentada, existe un correlato entre las transformaciones políticas y la producción de formas sociales particulares (Posner, 2012). De este modo, si bien la memoria dota de continuidad a los sectores populares, ésta también va siendo selectivamente actualizada en el presente, surtiendo, como una caja de herramientas, una variabilidad de sentidos posibles para concretar acciones entre los más pobres. Por consiguiente, dada esta “semi” autonomía con la que cuenta el mundo popular para producir construcciones de sentido, la exploración a la toma de Peñalolén debe pesquisar en qué medida el pasado del movimiento poblador se incluye a la red de sus propios significantes, indagando en el posible ensanchamiento de la historia del movimiento popular en su conjunto.

Ahora bien, para ilustrar esta afirmación de “semi” autonomía al interior de los pobladores, se presentan tres cuadros gráficos que manifiestan la relación dialéctica entre el nivel estructural y la acción, todos antecedentes de los cambios ocurridos en la política de vivienda y en la acción pobladora.

a) Superficie metros cuadrados vivienda social/ Año



Catastro Condominios MINVU (2013)

b) Cantidad viviendas construidas/ Año



c) Número tomas de terreno/ Año

	1967	1968	1969	1970	1971	1980 – 1985*
SANTIAGO	13	4	35	103	?	24*
CONJUNTO DEL PAÍS	?	8	23	220	175	?

Elaboración propia a partir de "Movimiento Pobladores y lucha de clases", Manuel Castells, 1973.
 (*) Fuente: CEPAL, Serie Población y Desarrollo, N°63, 2005.

A modo de análisis, en el gráfico **a)** se observa una disminución progresiva de los metros cuadrados considerados para las viviendas sociales desde el advenimiento militar. En ese sentido, es posible presumir el desdén de la problemática de los sin techo para el Estado, más aun considerando el alto allegamiento observado durante dicho periodo. De este modo, en dictadura se construyeron las viviendas sociales más pauperizadas, cuestión que manifiesta la racionalización ingresada a la política habitacional, y que es expresión concreta de los criterios economicistas con los que se empezó a manejar la demanda por la vivienda.

A manera de correlato, el gráfico **b)** indica que el número de viviendas construidas tuvo su cociente más bajo entre 1975 y 1983, años en los que se estaba implantando el régimen neoliberal y como tal, la consideración de la vivienda como un

bien de mercado intercambiado entre privados a partir del ahorro. Por consiguiente, al analizar los gráficos **a)** y **b)** en conjunto, se pone en evidencia la menor intervención que fue teniendo progresivamente el Estado para con la problemática de la vivienda. Si bien a partir de la transición hacia la democracia los indicadores tienden a mejorar, y de hecho, el número de viviendas construidas se ha disparado debido al déficit heredado por la dictadura, aún los metros cuadrados no superan lo realizado durante los gobiernos de promoción popular. En este sentido, es posible identificar una mayor preocupación por las condiciones sociales que recubren la demanda por un techo, pero aún insuficientes en relación a la contención histórica de la problemática.

Por otro lado, el gráfico **c)** expresa el aumento del número de movilizaciones pobladoras durante el régimen de promoción popular. Este indicador ascendente es claramente reflejo de un mayor espacio para la ciudadanía en la autogestión de sus necesidades. A pesar de no existir cifras concretas en torno a la movilización pobladora durante la dictadura y la transición a la democracia, es claro que en ambos periodos ésta fue decayendo. Esta reducción de la acción pobladora se fija primero en el cierre de los canales de expresión entre 1973 y 1990. Y luego, desde 1990 en adelante, el aparente éxito en la construcción masiva de viviendas sociales -a través del subsidio- inauguró una relación individual entre el poblador y la solución a su demanda, reduciendo las acciones pobladoras directas.

En síntesis, considerando los tres recuadros presentados, es posible inferir el modo como la política habitacional repercute en la acción de los pobladores. En este sentido, el Estado interventor reconoce en el poblador un actor-interlocutor que aglutina los intereses de una base social específica, constituyéndose una estructura de oportunidades óptimas para su articulación y empoderamiento. Luego, la reducción de la injerencia estatal en dictadura repercutió en un declive de la acción pobladora, cuestión dada, entre otras cosas, por la falta de una otredad (Estado) que lo validara como actor. Así, es posible advertir una subordinación de la acción pobladora frente al Estado receptor de su manifestación. Tal como lo señala el Informe PNUD del año 2002, *“hay evidencias de que la denominada ‘sociedad civil’ como actor autónomo en el proceso social ha sido más bien débil en Chile. A lo largo de su historia, la sociedad*

chilena parece constituirse más como producto de la acción estatal y menos como ámbito propio”.

VI. MARCO REFERENCIAL

En relación a la problematización presentada, lo que cabe definir dentro de este marco de referencias es lo que se entenderá por acción colectiva. En efecto, considerando que estas acciones son, a grandes rasgos, una forma social en la que los individuos comparten recursos en la persecución de una meta (della Porta y Diani, 2011), es pertinente estrechar dicha definición para diferenciar una acción de masas, de una con un objetivo superior. A partir de ello, es pertinente dar cuenta de la forma como una subjetividad constituyente se expresa al interior de una acción colectiva.

Del mismo modo, el campo de la memoria también será revisado dentro de este marco de referencias. Explorar en sus artilugios permitirá comprender de qué manera los sentidos del presente afectan al pasado recuperado y, al mismo tiempo, cómo el pasado se expresa en la subjetividad del presente.

Es oportuno indicar que este andamiaje no está contenido por una discusión teórica, sino, más bien, apelará a una concepción dinámica de la teoría, haciendo uso de aquellas ópticas que permiten explicar la construcción de una acción colectiva en manos de un actor histórico.

1. La acción colectiva

a) La acción como un producto de lo social

De acuerdo a lo señalado por Berger y Luckmann la realidad es una construcción social. Dicha afirmación conduce a al menos dos tipos de supuestos: lo primero es que la realidad de la cosas se fija de manera colectiva, lo segundo es que aquello que se impone como realidad está sujeto a los contextos sociales en los cuales esa realidad tiene sentido. En consecuencia, “lo real” refiere a aquellas acumulaciones específicas

de sentido instaladas durante los procesos de interacción entre sujetos (Berger & Luckmann, 2001:80).

En vistas de lo anterior, es posible asociar los intercambios de sentidos entre sujetos como condiciones de posibilidad emergentes para moldear aspectos de la realidad que no resultan del todo cómodos (Blumer, 1982). Al disponerse nuevos universos simbólicos, es posible el surgimiento de nuevas expresiones sociales que defienden y encarnan construcciones de sentidos alternativas a las dominantes. Tal como lo describe el interaccionismo simbólico, los significados son manipulables y modificables durante los procesos interpretativos realizados por los sujetos.

“De acuerdo con esto, no debiera considerarse la interpretación como una mera aplicación automática de significados establecidos, sino como un proceso formativo en el que los significados son utilizados y revisados como instrumentos para la orientación y formación del acto” (Blumer, 1982: 20).

De este modo, las prácticas sociales son congruentes con los universos simbólicos de los actores, y como tal, la disciplina sociológica debe poner atención en la conformación de la acción a partir de los sentidos que están detrás de ella. Por consiguiente, los procesos sociales se deben encarar de acuerdo al estudio de los sentidos que se disponen en los actos, y que pueden mantener o transformar la estructura dominante. En palabras de Weber,

“la ciencia social que queremos promover es una ciencia de la realidad. Queremos comprender la realidad de la vida que nos circunda, y en la cual estamos inmersos, en su especificidad, queremos comprender, por un lado, la conexión y significado cultural de sus manifestaciones individuales en su configuración actual, y, por el otro, las razones por las cuales ha llegado históricamente a ser así-y-no-de-otro-modo” (Weber, 1978:61)

En consecuencia, la hermenéutica se presenta como la entrada más idónea para satisfacer los fines de este estudio. Así, considerando esta base epistemológica para abordar la acción colectiva, el presente trabajo reafirma la influencia que recíprocamente se ejercen los sujetos entramados en una interacción como semilla de

toda acción social (Ritzer, 2002). Considerando que al interior de los procesos comunicativos se construyen distintas maneras de interpretación de un acontecimiento, la irrupción de nuevos sentidos (Mead, 1964) es la perspectiva más idónea para enfrentar la presente investigación.

b) La acción como expresión de una subjetividad

Tal como se señaló anteriormente, es durante los procesos de interacción que el individuo se dispone para alguna acción. Esto quiere decir que la acción es indisociable de la subjetividad que interpreta el mundo y condiciona el modo de actuar del sujeto sobre él. De acuerdo a ello, la acción está significada por el sujeto que actúa, y como tal, los comportamientos colectivos atendidos por la psicología de masas como “las modas o las estampidas humanas” no son parte de esta definición de acción (Laraña, 1999). De este modo, el tipo de acciones colectivas que serán abordadas en este apartado son aquellas que portan un sentido definido, que expresan una interpretación subjetiva anterior a ellas (Aravena, 2011).

En efecto, la emergencia de una acción colectiva está sujeta a la negociación de sentidos entre individuos. Por consiguiente, la problemática que debe ser estudiada se establece en relación a cómo una acción colectiva logra los principios de unidad suficientes para ser llevada a cabo. Esto, considerando la pluralidad de sujetos que se entranan para conducirla, concluyendo en una pregunta enfocada en la manera como esta complejidad logra reducirse para construir un proceso de creación colectiva.

De acuerdo a ello, el abordaje de esta interrogante será a través de líneas teóricas que subrayan la importancia de la identidad colectiva como referencia dentro de una acción común. Tal como lo señala Melucci (1990),

“Los individuos actuando conjuntamente construyen su acción mediante inversiones organizadas: esto es, definen en términos cognoscitivos, afectivos y relacionales el campo de posibilidades y límites que perciben, mientras que, al mismo

tiempo, activan sus relaciones de modo de darle sentido al “estar juntos” y a los fines que persiguen” (Melucci, 1990:358)

En consecuencia, al ser la acción colectiva definida como un producto social significado por una subjetividad interna, lo relevante para este estudio es indagar en el proceso de construcción de dicha subjetividad. A través de ello será posible entender el ejercicio de acciones que encuentran eco en la emergencia del “nosotros”, el cual vincula a todos los sujetos participantes en la acción. En palabras de Cefaï,

“Lo primero es la necesidad, que es no – racional, de dar sentido al vivir – juntos, lo que se traduce en objetivos afectivos, identitarios y simbólicos, a través de los cuales nos constituimos como un sí mismo y organizamos nuestra vida colectiva”

(Cefaï, 2011: 140).

En función de lo anterior, se establece que son los principios de identidad comunes los que permiten la emergencia de una acción, por lo tanto, son una aproximación válida para comprender los sentidos que articulan los actores para integrarse a una acción colectiva. De esta manera, se está en coherencia con una de las entradas planteadas por della Porta y Diani (2011) para el estudio de la acción colectiva, ésta es: “atender al modo como los actores sociales desarrollan un sentido de comunidad para activar la acción”. Así también con las formulaciones de Tarrow en relación a la emergencia de las acciones colectivas, las cuales describe como realidades sociales, y por ende, les subyace la problemática de cómo *“coordinar, mantener y dotarla de significado”* (Tarrow, 1997: 47).

De este modo, la articulación de una subjetividad interna en los procesos de interacción es lo que debe ser observado dentro de esta investigación. Para ello, resulta pertinente indagar en el modo como los sujetos superan el desafío simbólico de construir un “nosotros” que centralice los beneficios y los costos de la operación conducida (Pizzorno, 1986; Melucci, 1996), escollo aún más trascendente situando la construcción de identidad colectiva desde la exclusión. Pues, si bien la construcción de una subjetividad común para los sectores populares es una entrada para integrarse al espacio social, éstos deben superar las identificaciones con que la cultura dominante se

refiere a ellos, insertándose en tramas con una historicidad activa y no asumiéndose como los pobres sin identidad ni proyectos (Giorgi, 1998). Es decir, abandonar la categoría de pobre para comprenderse como poblador, como un sujeto social con conciencia y capacidad de acción (Bengoa, 1996).

Ahora bien, es fundamental definir los atributos de esta identidad común en aras de despejar ambigüedad de lo que será asumido como un “nosotros”. En términos generales, el “nosotros” es la *“construcción de interpretaciones compartidas del mundo y de sí mismos que legitiman y motivan la acción colectiva”* (Rivas, 1998). Es la praxis cultural de la acción (Eyerman, 1998), el lugar desde donde se interpreta y experimenta la realidad, conectando un pasado, un presente y un futuro

De este modo, el “nosotros” constituye una forma social que da cuenta de un actor colectivo que se entiende a sí mismo como productor de una solidaridad específica, y en oposición a otros responsables de la situación que da origen a su movilización. Esto supone la presencia de un sujeto que se reconoce en sus actos y que reivindica para ellos una legitimidad (Touraine, 1969). Sin embargo, para que este proceso de construcción de subjetividad no se reduzca a una defensa de la identidad comunitaria, y con ello a una reducción de su horizonte de acción (Baño, 1984), es necesario vincular la irrupción del “nosotros” con un proyecto colectivo que lo sustente y lo vuelva una alternativa de acción para los sujetos atomizados.

En consecuencia, en términos específicos, la construcción de una identificación común es aquella que apela a la imposición de *“sus principios de organización y límites conforme a su deseo de libertad, y a su voluntad de crear formas de vida social favorables a la afirmación de sí mismo y al reconocimiento del otro como Sujeto”* (Touraine, 1999:90). En este sentido, el “nosotros” debe circunscribirse a una proyección de sentidos alternativos a los dominantes, refiriéndose a una producción simbólica que abre paso a procesos contrahegemónicos (Vila, 2011) y a rupturas con la historicidad vigente (Jiménez, 2013).

De acuerdo a ello, el “nosotros” es una realidad que se encuentra en un estado potencial y que al constituir un proyecto colectivo específico se concreta en una

activación de sentidos particulares (Zemelman, 1997). En definitiva, al articularse un proyecto colectivo propio al interior del “nosotros”, surge lo que Zemelman denomina “subjetividad colectiva”, en la cual se articulan intereses basados en el proyecto común levantado, desplegándose prácticas consecuentes a dichos sentidos (Torres Carillo, 2009). Esta subjetividad colectiva enlaza lo individual y lo grupal a través de la memoria, la utopía y la experiencia común (León, 1997), posibilitando la integración simbólica de grupos excluidos socialmente (Revilla, 1996).

La memoria da cuenta de los procesos de apropiación del pasado y se traduce en cosmovisiones, valores y prácticas que explican el tránsito de los individuos. La utopía es el horizonte de sentido para una posible llegada del sujeto, es la reapropiación de las condiciones oficiales y la incorporación de contenidos hacia donde se orienta la acción. La experiencia es la imagen del presente, en tanto representa el arrastre acumulativo del pasado, y su actualización hacia el futuro, *“en el plano de la experiencia se reconstruyen y producen las direccionalidades de las prácticas que un sujeto vuelve huella y opción de vida social”* (León, 1997:67). En definitiva, para potenciar la voluntad de acción (De la Garza, 1992), el proyecto colectivo debe implicar inscripción en la historia (Fernández y Ruiz, 1997). Tal como lo señala Zemelman, *“el sujeto será realmente activo sólo si es capaz de distinguir lo viable de lo puramente deseable, es decir, si su acción se inscribe en una concepción del futuro como horizonte de acciones posibles”* (Zemelman, 2011:38).

En conclusión, la institucionalización del “nosotros” en un proyecto colectivo permite comprender *“los procesos mediante los cuales los actores producen las estructuras cognoscitivas comunes que les permiten valorar el ambiente y calcular los costos y beneficios de la acción; las definiciones que formulan son, por un lado, resultado de las interacciones negociadas y de las relaciones de influencia y, por el otro, el fruto del reconocimiento emocional”* (Melucci, 1999:66). En consecuencia, la construcción de la acción colectiva está dada por la capacidad de los sujetos de asumir que las definiciones de la realidad son un ejercicio eminentemente social, que revela relaciones de subordinación y que por lo tanto, existe un espacio de acción y transformación en torno a ellas (Sabucedo, Grossi, Fernández, 1998).

“La subjetividad colectiva implica siempre una referencia a los conflictos estructurales, a las tramas de poder que se mueven y desarrollan en el recorrido histórico. Dentro de este espacio, los sujetos sociales por medio de procesos de interacción producen y reproducen significados que van conformando conglomerados para dar sentido que ponen en juego sus propios intereses y que se sitúan en el campo cultural como elementos de disputa por la hegemonía” (Vila, 2014:7)

Por lo tanto, el ejercicio de desnaturalización de la realidad social es una fuente de activación para los sectores populares, en el cual se distingue un “nosotros”, de un “ellos” responsables de las condiciones adversas (Gamson, 1992). Esta concepción viabiliza la percepción de pertenencia entre aquellos que participan de la acción, volviéndose una experiencia significativa que se integra en términos identitarios.

c) Componentes de la acción colectiva

Ahora bien, en términos analíticos es necesario descomponer la aparente unidad del “nosotros”, para observarlo como un resultado de procesos sociales que posibilitan al sujeto colectivo y la acción; *“debemos pasar de la consideración empírica del fenómeno a una consideración analítica, que nos permita comprender cuáles son las relaciones, los significados, las orientaciones de la acción que explican aquel fenómeno colectivo” (Melucci, 1999:82).*

En este sentido, si bien la asunción de una subjetividad colectiva es el paso que da origen a una acción colectiva, es conveniente deconstruir esta capacidad para indagar en los procesos de identificación de los actores, y sus construcciones de sentido, *“los cuales remiten al universo de las relaciones y de las prácticas sociales que se desarrollan en contextos precisos” (Vila, 2011:72).*

De este modo, se deben señalar los aspectos analíticos que serán observados al interior de la toma de Peñalolén con el objeto de identificar las transformaciones producidas en la construcción de la acción. Esta examinación viabilizará dar cuenta de los procesos identitarios de los pobladores. Como tal, de acuerdo a lo señalado por Melucci (1990), el “nosotros” está dado por tres dimensiones fundamentales:

“formulación de las estructuras cognoscitivas relativas a los fines, medios y ámbito de la acción; activación de las relaciones entre los actores, quienes interactúan, se comunican, negocian y adoptan decisiones, y realización de inversiones emocionales que permiten a los individuos reconocerse” (Melucci, 1999:66).

En consecuencia, una revisión a las estructuras cognoscitivas se vuelve fundamental para comprender la articulación de una subjetividad común. Lo primero es la identificación del fin compartido. En efecto, la asociatividad entre individuos en un primer momento sólo puede estar referida a un diagnóstico de malestar común, por ejemplo, los sujetos que no cuentan con una vivienda, y como tal, su objetivo general nace desde un componente cognitivo racional, es decir, movilizarse a partir del interés de satisfacer dicha necesidad. En palabras de Tarrow, *“la gente no arriesga el pellejo ni sacrifica el tiempo (...) a menos que crea tener una buena razón para hacerlo. Un objetivo común es esa buena razón”* (Tarrow, 1997: 23). La definición del fin de la acción es consecuente con la utopía del proyecto colectivo, y como tal, es el horizonte a alcanzar a partir de los recursos dispuestos para ello.

En segundo lugar, dentro del cuerpo del “nosotros” debe existir una adhesión a las formas para alcanzar dicho objetivo, es decir, la subjetividad colectiva constituyente debe estar de acuerdo con los medios utilizados para lograr la meta planificada. Esto es observable en los individuos que sin una vivienda deciden movilizarse de manera directa a través de la toma de un terreno privado. En tal escenario, el acto de apropiación es el medio que caracteriza al mundo poblador, resultando ser la estrategia histórica que define en buena parte a este actor colectivo. Así también, los medios para alcanzar la vivienda sugieren los recursos de la organización, los que pueden definirse a través de aumentar el compromiso afectivo de los participantes a ella. En efecto, los medios conciben tanto a las potencialidades explotables por el cuerpo social como a los límites existentes para alcanzar los propósitos de la acción (Chihu y López, 2007).

La última dimensión constituyente es la que refiere al lugar donde la acción es llevada a cabo, cuestión que para el caso en estudio es tremendamente importante porque el “nosotros” se encarna en el terreno tomado (Diani, 2011: 131), siendo la máxima expresión de soberanía popular (Salazar, 2012). Los pobladores se

circunscriben a un espacio territorial que ratifica su identificación pobladora, permitiendo la generación de lazos de confianza y solidaridad que reproducen el “nosotros” (Tarrow, 1997) y que encuentran en la identificación con el terreno un soporte para la vida en comunidad. Es el campo de pertenencia en el que se apoyan los actores para concretar su acción.

De acuerdo a lo señalado, según la manera como se dé cada componente y la relación que surja entre ellos, será posible aproximarse a la forma que adopta la acción colectiva (Melucci, 1999). En efecto, los tres elementos identificados deben estar interiorizados por la acción colectiva para que ésta sea llevada a cabo; es decir, los pobladores construyen nuevos significados al dotar de contenido la finalidad de su acción, los medios potenciales y límites para lograrlo y la relación con el espacio donde ésta se desarrolla.

“La acción colectiva es el resultado de las diferentes maneras en que los actores logran crear cierta coherencia entre estos tres vectores que no son complementarios entre sí, sino que se encuentran en tensión mutua... La coherencia entre las distintas orientaciones que involucra la acción puede definirse también como la unidad de un sistema de acción. Los actores, a fin de llevar a cabo una acción colectiva, tienden a crear esa unidad del sistema de acción” (Chihu y López, 2007:131-144).

En definitiva, al ser la acción colectiva una construcción social, ésta se encuentra definida por las formas sociales que la producen, y como tal, al explorar en los atributos de la acción es posible dar cuenta de los principios de subjetividad que se encuentran insertos en ella.

2. La memoria social

a) La memoria como un dispositivo en construcción

En relación a la memoria es necesario dejar en evidencia tres puntos. Primero, su condición eminentemente social; segundo, estar constituida por marcos en los cuales los sujetos apoyan sus recuerdos; y último, su dependencia selectiva del presente, en medida que es este tiempo el que la rescribe.

De acuerdo a ello, tal como lo señaló Halbwachs, la memoria es una operación colectiva, situándola como una operación similar a un hecho social. En este sentido, en el libro “La memoria colectiva” (Halbwachs, 2004), se propone la naturaleza supraindividual de la memoria, expresándose en el funcionamiento de las historias nacionales de los países. Sin embargo, en este desarrollo se disoció al sujeto de su capacidad de modelaje de este flujo que se imponía a los hombres, presentándose como un ente organizado y estable (Colacrai, 2010). Como tal, la memoria no daría cuenta de la relación entre el sujeto y su presente, sino sólo de hitos fijados en el pasado.

“En realidad, Halbwachs se interesó más en el recuerdo que en el olvido, se limitó a pensar la transmisión como presión de las generaciones más antiguas y descuidó no solo los huecos de la memoria colectiva, sino también, y más precisamente, la “conciencia de los huecos de la memoria colectiva”
(Bastide, 1970:65-108)

Por lo tanto, si bien la acepción rígida de “memoria colectiva” no resulta del todo confortante para este trabajo, su condición relacional y de volverse un espacio de pertenencia para los sujetos que la comparten, es, todas maneras, una de las características de la memoria que debe ser incorporada a su definición.

De acuerdo a ello, es pertinente revisar en qué se sostiene la memoria para constituirse, conduciéndose hacia el segundo punto establecido anteriormente. La noción de “marcos de la memoria” (Halbwachs, 2004) resulta adecuada para indagar en las unidades donde se ubican los recuerdos individuales y que son reconstruidos en el presente (Ricoeur, 1999).

La memoria, al ser un producto de la vida en comunidad, cumple con la función social de integrar las individualidades a un grupo social más amplio (Lavabre, 1998). De este modo, para entenderla como una unidad relativamente homogénea, la memoria se estructura por “marcos sociales”, los cuales son construidos y significados por las colectividades. Estas estructuras son de carácter temporal y espacial y funcionan como puntos de referencia para emplazar el recuerdo (Halbwachs, 2002). Además de éstos,

Halbwachs también destaca el labor del lenguaje, como herramienta que permite reconstruir el pasado en el presente.

Sin embargo, la teoría de Halbwachs fue insuficiente para explicar la construcción simbólica que se revela en las memorias, articulaciones que revisten producciones de sentidos en su interior y que dejan entrever formas de dominación y violencia simbólica (Lavabre, 1998). Dicho de otro modo, si bien los “marcos de la memoria” resultan adecuados para comprender cómo es posible el acto de recordar, Halbwachs dejó pasar la comprensión de la memoria como un campo en disputa de sentidos, y cuya dominación transforma los marcos desde donde se recuerda.

A partir de ello, es prudente explorar en los “lugares de la memoria” de Pierre Nora. Este desarrollo teórico comparte con Halbwachs la función socializante de la memoria en los grupos sociales, pero incorpora una relación de dominación al interior del acto de recordar. Esto se manifiesta en la identificación de la memoria como la administración del pasado en tiempo presente, y como tal, en permanente evolución (Nora, 2009). Ante este reconocimiento, no es posible hablar de la memoria en términos homogéneos, pues al constituir un campo de poder expresa tensiones propias de las disputas al interior de los grupos sociales. Nora indicó que las interpretaciones acerca del pasado deben ser coherentes dentro de la historicidad del individuo, por lo tanto, el recuerdo debe dar cuenta cómo el sujeto logró las condiciones de su actualidad. Este hallazgo significa la coexistencia de tiempos dentro del sujeto, quien accede a su pasado a través de herramientas presentes, del mismo modo que se explica su presente a través de las condiciones de su pasado.

Además de lo anterior, Nora advierte una dimensión simbólica en la configuración de la memoria. Esta irrupción imprime en su composición una realidad que supera el contenido histórico puramente, siendo un punto de referencia más asociado a lo inmaterial y a las ideas. De acuerdo a ello, los grupos sociales recurren a esta capacidad simbólica para insertar su experiencia, transmitirla y mantenerla protegida de los embates de la oficialidad y el olvido.

“Son lugares de memoria, efectivamente, en los tres sentidos de la palabra, material, simbólico y funcional, pero simultáneamente en grados diversos. Incluso un lugar de apariencia puramente material, como un depósito de archivos, solo es lugar de memoria si la imaginación le confiere un aura simbólica (...) los lugares de la memoria nacen y viven del sentimiento de que no hay memoria espontánea, de que hay que crear archivos, mantener aniversarios, organizar celebraciones, porque esas operaciones no son naturales” (Nora, 2009: 32-24)

En consecuencia, es posible establecer una especie de correlato entre los “marcos” y los “lugares” de la memoria, en medida que los primeros son indicados como puntos de referencia por los sujetos, y los segundos revelan sitios significados conscientemente que también refieren a acontecimientos históricos. De acuerdo a ello, este estudio dará cuenta del modo como ambos aparatos se despliegan para los pobladores, revelando las unidades de sentido emergentes en la reconstrucción del pasado. A partir de dicha indagación, será posible observar las transformaciones de los “marcos” o los “lugares”, en medida que éstos van respondiendo al presente y no se encuentran rigidizados en un pasado no rememorado.

b) Componente de la memoria social

Ahora bien, considerando que la subjetividad de los pobladores está cruzada por la territorialización de sus sentidos, el “marco” o “lugar” de la memoria al que se le prestará mayor atención será al espacial. Tal como lo indica Ospina, *“El fenómeno memorístico se singulariza por las condiciones y los niveles de apropiación con ciertos lugares o espacios desde los cuales es leída la experiencia individual y colectiva”* (Ospina, 2011:8). En este sentido, al dar cuenta de la relación de la memoria con el espacio será posible indicar el modo como éste es simbolizado, identificado y relacionado a otros, constituyéndose un “lugar antropológico”, en palabras de Auge (2000), inscribiendo en él una naturaleza viva y habitada. En caso contrario, se constituirá en un “no lugar” (Auge, 2000), una unidad carente de significado, de voluntad o de trabajo (Candau, 2002); ambas significaciones son manifestaciones de una subjetividad que se apropia o se distancia de un marco de su experiencia.

“Los territorios son espacios vividos (...) Las marcas territoriales, como espacios físicos y lugares públicos, son puntos que permiten analizar el sentido social del pasado” (Mendoza, 2010:2).

En efecto, la memoria es una construcción que se socializa a través de marcos sociales. La significación de éstos en el presente, atiende a las características de este tiempo, y no del pasado, por lo que aproximarse a la memoria es una manera de revelar la trayectoria de la subjetividad que el sujeto define en su actualidad.

VII. MARCO METODOLÓGICO

Tal como lo establece Poincaré, “los hechos no hablan”, es decir, no basta con registrar la existencia observable de una problemática social para hacer ciencia (Bourdieu, 2002). En efecto, que los hechos se presenten en la realidad de manera concreta sólo es una condición de posibilidad para el trabajo científico, el cual debe hacer uso de un sistema de relaciones técnicamente constituido para abordarlo y problematizarlo (Bachelard, 1978). De este modo, el problema de investigación articulado para la toma, responde a una construcción teórica a partir de la cual será posible explorar en algunas dimensiones constituyentes –podrían haber sido otras considerando el carácter multidimensional de todo fenómeno social- el caso en estudio.

Para <<hacer hablar>> a la toma de Peñalolén es necesaria una metodología coherente con los fines dispuestos para esta investigación. En este sentido, es pertinente apoyarse en una metodología cualitativa que permita traducir un tiempo y espacio determinado a partir de la práctica interpretativa de los pobladores. En palabras de Denzin, *“esto significa que los investigadores cualitativos estudian los objetos en sus escenarios naturales, intentando dar sentido a, o interpretar los fenómenos en términos de los significados que las personas le dan”* (Denzin, 2005: 4). Cabe establecer que el carácter de escenario natural está dado por oponerse a una situación de laboratorio en el cual es posible controlar y medir las relaciones entre partículas. En consecuencia, a sabiendas de que la realidad social o <<escenario natural>> está constituida por relaciones (Bourdieu, 1997), y que en éstas se articulan significados sobre el mundo

durante las interacciones, es preciso aproximarse a los sujetos de manera comprensiva para volver sus sentidos un objeto susceptible de interpretación (Beltrán, 1985).

Al apoyarse en la metodología cualitativa será posible descifrar y reconstruir la realidad de la toma de Peñalolén a partir de las observaciones e interpretaciones de los pobladores. Este enfoque metodológico permitirá aproximarse a los significantes de manera contextualizada, es decir, reducirá la brecha polisémica del lenguaje a través del reconocimiento de la trama connotativa desde donde precede (Villasante, 2000).

a) Técnicas de investigación

Para reconstruir las memorias de los pobladores en relación a los sentidos atribuidos a los tres componentes de la acción identificados (fines, potencialidades y límites, y relación con el espacio), y a las valoraciones con las que los pobladores aprehenden la experiencia colectiva, es necesario definir el modo como serán recolectados dichos datos. Para ello, en consideración al objeto estudiado, son adecuadas aquellas herramientas que permiten el despliegue flexible de sentidos por parte de los sujetos participantes. Entre las estrategias que se ajustan a este requisito se encuentra la entrevista. Tal como lo establece Luz María Guerrero, “[las entrevistas] *permiten acceder al universo de significaciones de los actores, haciendo referencia a acciones pasadas o presentes, de sí o de terceros*” (Guerrero, 2001). A través de esta técnica será posible aprehender las construcciones narrativas de los pobladores, desde que la acción colectiva se instaló en el terreno hasta la actualidad. Esta aproximación permitirá abordar las prácticas sociales que se sucedieron internamente, así como también las interacciones con actores externos. Además, será posible apreciar los primeros diagnósticos temáticos en torno al objeto de estudio.

Sin embargo, la idea de entrevista está incorporada por este trabajo en términos situacionales, es decir, “*como encuentros dirigidos hacia la comprensión de las perspectivas que tienen los informantes respecto de sus vidas, experiencias o situaciones (...) en definitiva son una conversación entre iguales*” (Taylor & Bogdan, 1987:101). De acuerdo a ello, los tipos de entrevista en profundidad que serán

desarrollados por esta investigación para aproximarse a lo social, serán los enfoques narrativos e historias de vida. Ambas estrategias son acercamientos pertinentes para rescatar las significaciones subjetivas con que los pobladores repasan los componentes de la acción desarrollados en la toma. En este orden de ideas, el enfoque narrativo fue seleccionado debido a que en él se reconoce la forma básica de otorgarle sentido y de comunicar las experiencias de los seres humanos (Bernasconi, 2011). Tal como lo estableciera Ricoeur, la narrativa es una secuencia temporal de eventos, y como tal, en la persona que narra la seguidilla de acontecimientos fácilmente se produce una relación causal donde los eventos más próximos son resultado de los anteriores a él (Ricoeur, 1995). De este modo, se pone atención no sólo al contenido de la secuencia temporal narrada, sino también a la justificación de las acciones linealmente presentadas, las que adquieren sentido dentro de los contextos sociales donde fueron realizadas. Tal como lo señala Bruner (1978), el sujeto clasifica y codifica a partir de las categorías que dispone para comprender su mundo social; las que son pertinentes con las necesidades, experiencias, expectativas y valores que el sujeto ha incorporado en su trayectoria histórica.

De la misma forma, el trabajo con historias de vida o métodos biográficos permitirá acceder a *“un doble proceso de construcción: por un lado, de la identidad personal, por otro, de la realidad socio-histórica. Suponen un enlace de la vida personal con un contexto social determinado. Y este enlace es fundamental para estudiar el sentido que los actores sociopolíticos otorgan a sus prácticas”* (Bourdieu, 2002: 75). De acuerdo a ello, aproximarse a los pobladores a través de esta técnica permitirá reconocer las significaciones que los actores manifiestan en su relato, así como también dar cuenta de los referentes, las relaciones y los procesos que sustentan la vida social del hablante (Bertaux, 1989).

Cabe establecer que a través de esta herramienta no es posible acceder a una reconstrucción fidedigna del desarrollo de la toma, lo importante no es reflejar fielmente un proceso externo (Bourdieu, 2007), pues lo que se presenta en frente son *“retazos que sobreviven o acuden a la memoria y que el relato estructura y significa desde la actualidad”* (Piña, 1999). En este sentido, lo relevante es conocer cuáles son los

sentidos que se actualizan en el relato, el cúmulo de recuerdos, evocaciones, sensaciones que ha dejado la experiencia de la toma en los pobladores de Peñalolén, y que bien puede constituir una entrada para dar cuenta de la estructura simbólica tras lo que se recuerda y lo que se olvida; expresando “*la dialéctica de presencia y de ausencia en el corazón de la representación del pasado*” (Ricoeur, 2004: 533). En otras palabras, a través de una lectura hermenéutica del material recabado gracias al enfoque biográfico, es posible acceder tanto a áreas de significación identificadas por los pobladores, como a aspectos omitidos, constituyendo, ambos registros, datos pertinentes y significativos para ser incorporados en el estudio.

Tal como se ha establecido en los párrafos precedentes, la técnica de investigación seleccionada es la entrevista. Esta disposición situacional en la que un hablante en conjunto a un investigador reconstruyen conversacionalmente diversos eventos (Valles, 1993), será canalizada a través de los enfoques narrativos y biográficos, los cuales se presentan como métodos específicos dentro de la amplia gama de posibilidades existentes en el campo de la entrevista. El producto o los datos extraídos a partir de estas técnicas metodológicas, permitirán acceder a las definiciones con que los actores interactúan con las situaciones en las que se encuentran inmersos. Esta dirección enfatiza en los aspectos interpretativos y simbólicos de los pobladores (Jiménez, 2011), quienes a través de una reconstrucción selectiva de su experiencia, significaran de manera personal una trama de eventos en la cual es posible observar causalidad (Bernasconi, 2011). Este procesamiento de la realidad por parte de los pobladores aporta información de la experiencia individual y colectiva, así como también del contexto en el cual se fue desarrollando el fenómeno en cuestión. De este modo, será posible vincular la transformación de la acción y las relaciones al interior del campamento con los acontecimientos que se iban observando en la estructura, dando cuenta de las formas de la acción social que fue adoptando la toma de Peñalolén en el tiempo. De acuerdo a ello, tal como afirmó Wright Mills, “*la imaginación sociológica nos permite captar la historia y la biografía y la relación entre ambas dentro de la sociedad. Esa es su tarea y promesa*” (Mills, 1974: 25).

Ahora bien, aun cuando este estudio se apoya mayormente en las técnicas anteriormente señaladas, el interés por realizar una IAP en el campamento dejó como herencia la añadidura de otra herramienta para enriquecer la mirada sobre el objeto de estudio: estrategias proyectivas. Esta opción metodológica refiere a la <proyección> del mundo interno de los sujetos en datos posibles de ser interpretados (Chávez, 2007). La operacionalización de esta técnica será a través de la implementación de talleres, centrados en abordar, conocer, y aproximarse al material inconsciente dentro de los individuos (Ortega, 2009). Esta dimensión no verbalizada o no identificada por parte de los pobladores de manera directa, puede aportar información relevante para el objeto de este estudio, sobretodo en términos de cómo se relacionan con el campamento hoy. Entre los argumentos que se sopesan para optar por esta producción de datos está el aplacamiento de los sesgos presentes en el clima de una entrevista, en la que el hablante suele mostrarse de manera idealizada (López, 2011). Para los fines de esta investigación, los talleres permiten registrar información de manera indirecta, es decir, los pobladores al participar en las dinámicas establecidas por la estrategia proyectiva, aportarán datos que difícilmente pueden controlar, pues desconocen la naturaleza investigativa detrás de las lógicas propuestas.

Así, de manera complementaria al enfoque narrativo y biográfico, se implementarán talleres lúdicos que otorguen mayor <<libertad de expresión>> a sus participantes, en términos de no concentrarse rígidamente en los temas relevantes para esta investigación, además de librarse del registro de la grabadora o del abordaje de temáticas que pudieran incomodar a los hablantes. De acuerdo a ello, en consideración al objeto de estudio propuesto, los talleres estarán enfocados en viabilizar una aproximación “plástica” del poblador a su historia. Es decir, el ideal de los talleres es ofrecer un espacio donde los participantes construyan “dispositivos de recuerdo”, los cuales no sólo reflejan el objeto en sí construido, sino también un estado de cosas, una situación, e incluso la concepción de mundo del sujeto tras la producción visual (Bericat, 2011). En efecto, los talleres, tal y como están planteados, buscan proveer de una entrada alternativa hacia la dimensión más subjetivista de los pobladores, donde a través de un ‘concurso de cuentos’, ‘dibuja tu toma’, y ‘fotografía desechable’, se busca levantar información visual que exprese sentidos y significaciones presentes en el

sujeto que constituye dicho material. Tal como se establecía con el enfoque biográfico, la producción de material gráfico es una selección dentro de un horizonte de posibilidades, dando cuenta de la perspectiva del actor, y por lo tanto, la imagen es considerada como *“el resultado de un proceso de creación de significado”* (Mauad, 2005).

De acuerdo a ello, las imágenes construidas tendrán el mismo tratamiento que el discurso textual, pues en ambas cadenas de información, tanto lo observable como lo ausente son realidades de sentidos susceptibles de ser analizadas dentro de los marcos de una investigación social (Ortega, 2009). En dicho contexto, la justificación detrás de reivindicar la metodología visual, se encuentra en la condición de posibilidad de revelar la manera como los pobladores interactúan con la toma y con sus vecinos en la actualidad, dando cuenta del sistema de relaciones y acciones presentes, así como también de una suerte de valoración del espacio tal como ellos lo experimentan. En este sentido, el uso de imágenes *“permiten investigar aspectos de la realidad social tales como rituales de la interacción, distribución y uso de los espacios, comunicación no verbal, actitudes y sentimientos en torno a un problema (...) es la potencialidad para disparar sentidos entre quienes observan”* (Infesta, 2005: 4).

En función de lo anterior, las técnicas de investigación pertinentes para el presente estudio están en coherencia con una indagación sobre los esquemas de sentidos de los pobladores (Lobo, 2010). De este modo, las perspectivas introducidas permitirán aproximarse a la dinámica de la memoria, al presente y a la proyección a futuro de manera <viva>, es decir, sin quedarse en una posición que se inscriba de manera únicamente historicista en la recopilación de hechos pasados. En consecuencia, los dos tipos de discursos levantados (textuales y visuales) deben ser comprendidos de manera vinculante, donde ambos cobran sentido en términos complementarios sin subordinar una estrategia a la otra. De tal forma, ambos dispositivos metodológicos se insertan en la investigación para dar cuenta de los sentidos con que los actores interpretan los atributos de la acción colectiva en el tiempo. Es decir, observar los fines, las potencialidades y límites, y la relación con el espacio,

desde la instalación de la toma, su desarrollo y el actual estado de finalización definitiva del campamento.

b) Muestra

La muestra considerada para la presente investigación hará ejercicio de la red de pobladores contactados durante todo el primer periodo de inmersión en el campamento. En vistas al trabajo de campo de largo aliento realizado en la toma, la selección de entrevistados será dentro del universo muestral ya conocido por la investigadora. Para ello, el único requisito de la muestra es la multiplicidad de experiencias en términos de la manera como los pobladores llegaron a la toma, siendo necesario tener registro de aquellos que llegaron en comités, de los que llegaron anónimamente, de los que ya residían en el terreno y de los que fueron incorporándose con el paso del tiempo. De esta manera se espera que la muestra sea lo más representativa posible de las diversas realidades que coexisten al interior del campamento.

Por lo tanto, la manera como se contactará a los posibles entrevistados será a partir del rapport ya generado, invitándolos a participar voluntariamente en el estudio. Se espera obtener entre seis y diez entrevistas donde la participación de pobladoras y pobladores se presente lo más equilibrado posible. El periodo dispuesto para hacer entrevistas será de seis meses a un año.

Para los talleres levantados, la muestra es de carácter flexible, invitándose a participar masivamente en su desarrollo. La estrategia de difusión de estos talleres será a través de afiches al interior del campamento, además de anunciarlos en la asamblea mensual. Lo ideal es lograr la mayor variedad de experiencias en la participación de los talleres, por lo que la convocatoria se planteará lo más abierta posible. Así también, considerando las entrevistas que se estarán realizando en paralelo a la ejecución de los talleres, se invitará personalmente a dichas familias a participar dentro de las dinámicas concebidas. Estas actividades se realizarán dentro del primer semestre del año 2013.

Cabe destacar que para la realización de los talleres también se espera contar con la participación de niños de la toma. Esta expectativa radica en el interés de vincular las manifestaciones gráficas de los niños con un tipo de discurso precedente de

su núcleo familiar, el cual, al ser internalizado por los niños, provee luces de una historia transmitida y reproducida. De este modo, es posible asociar las imágenes construidas por los niños con la visión de mundo de su entorno cercano, o al menos, la incorporación de ciertos sentidos de éste en sus producciones, en palabras de Bourdieu, “[la familia] *funciona como esquema clasificatorio y principio de construcción del mundo social... la familias se orienta a instituir duraderamente en cada uno de los miembros de la unidad instituida unos sentimientos adecuados para garantizar la integración que es la condición de persistencia de esta unidad*” (Bourdieu, 2002:131). Sin embargo, también aporta una perspectiva original, pues al ser una población que se encuentra <libre> de la densidad histórica, poseen una relación con el entorno que permite volverlos una variable de comparación con respecto a los pobladores y pobladoras mayores. Tal como señala James y Prout, “[los niños] *están activamente involucrados en la construcción de sus propias vidas sociales, las de aquellos que les rodean y las de las sociedades en las que viven. Si esto es así, no podemos seguir considerándolos simplemente como los sujetos pasivos de determinaciones estructurales ni como individualidades sin contexto*” (James, 2010).

c) Plan de análisis

En consideración a la naturaleza de los datos producidos, donde se mezclan las imágenes textuales con las visuales, la pertinencia de las técnicas analíticas está sujeta a la capacidad de éstas de ordenar e interpretar las unidades de información. De acuerdo a ello, para ingresar en el campo del sentido, Canales propone una reciprocidad entre las sociologías comprensivas y las semióticas del texto, “*el sentido es uno y el mismo, y cabe observarlo en esa doble cara –como semiosis textual y como significado social-.*” (Canales, 2013). De este modo, es coherente sistematizar la información obtenida a partir de ese doble movimiento, la comprensión de los pobladores en la toma y la misma actitud en relación a la arquitectura interna del material registrado.

Para ello, es pertinente constituir un plan de análisis en dos tiempos. En el primer tramo de investigación, el enfrentamiento a los datos producidos será a través del análisis temático. Esta perspectiva se define como un método que permite identificar,

organizar y clasificar los temas presentes en los datos producidos (Braun y Clarke, 2006). Al desentrañar la estructura interna de la unidad, es posible “*revelar las experiencias, significados y realidades de los sujetos*” (Mieles, 2012). A través de esta codificación semántica, la sistematización no sólo dará cuenta de una categorización de contenido, sino que permitirá interpretar la manera como este contenido es expresado, es decir, la forma subyacente o estructura simbólica emergente al interior del texto. Del mismo modo, las imágenes podrán ser cruzadas por temáticas que surgen en primera instancia en los textos, y que bien pueden servir de categorías previas para orientar el análisis visual.

En un segundo momento, la presente investigación se apoyará en la teoría fundamentada para abordar las categorías ya asimiladas durante el análisis temático. Este momento, identificado como sociológico, representa el salto de lo manifiesto a lo latente, en el sentido que interpela los datos en búsqueda de los significados que revisten el material textual y visual. A través de esta técnica analítica, se accederá a las interpretaciones que los pobladores, o sujetos de estudio, tienen sobre sí mismos, permitiendo articular una teoría a partir de las experiencias de las personas que se investigan, o lo que es igual, una conceptualización del conocimiento de sentido común que ellos tienen de su mundo (Inciarte, 2011).

Este paso analítico vincula tanto la codificación temática como la *en-vivo*, la cual recoge el lenguaje y expresiones utilizados por los mismos pobladores, sin re-etiquetarlos. De este modo, se constituye un método que a través de la comparación entre las categorías emergentes dentro del trabajo analítico, permite desarrollar una teoría de manera inductiva (Glaser y Strauss, 1967).

En relación a las imágenes es pertinente indicar que en ellas se visualizará tanto el pasado como el presente de los pobladores. De acuerdo a ello, considerando que la disciplina no ha incorporado extendidamente la investigación visual, fue necesario agudizar la “*imaginación sociológica*” (Mills, 1974) y elaborar un procedimiento que facilitara la lectura de ellas. Ante esto, las fotos y dibujos son comprendidos como testimonios de la “*praxis social*” (Romero, 2012). Siendo posible aproximarse a ellos, de acuerdo a una tematización de los elementos que se presentan, para luego abordar las

formas como se retrata el espacio de la toma de Peñalolén. Así como también, las maneras como los pobladores y niños se apropian y constituyen socialmente el campamento. Tal como Mitchell lo señala, el giro pictórico permite integrar lo social a lo visual, y por ende, para los fines de esta investigación, las imágenes manifiestan formas de acción y relación desarrolladas al interior de la toma de Peñalolén.

d) Ilustración metodológica

A modo de síntesis, se presenta el siguiente esquema que recoge los apartados anteriores en consideración al marco muestral efectivamente realizado:

Diseño Metodológico			Muestra Participante	
Cualitativo	Entrevistas	Narrativas o Biográficas	7	2 hombres
				5 mujeres
	Técnicas Proyectivas	Concurso cuento	1	
		Dibuja tu toma	8	5 niños
				3 niñas
		Fotografía desechable	12	6 niños
1 niña				
5 mujeres				

En función de la muestra lograda, es pertinente consignar las siguientes salvedades:

a) Los y las pobladores/ as entrevistados/as se distribuyen de manera heterogénea en el terreno.

b) Los niños participantes en el taller de 'dibuja tu toma' son casi los mismos que luego continuaron con el taller de fotografía desechable.

c) Las pobladoras participantes en el taller de fotografía desechable no participaron de ninguna etapa anterior de la metodología y se encuentran todas residiendo en el terreno.

d) El único cuento que llegó al 'concurso de cuentos' es de una mujer pobladora que reside en la toma desde los 17 años (ahora tiene 29) y no participó de ninguna técnica metodológica anterior.

e) En términos generales, sin diferenciar por técnica, la muestra está compuesta por 11 pobladoras, 2 pobladores, 3 niñas y 6 niños respectivamente, logrando un universo total de 22 participantes.

VIII. ANÁLISIS

De acuerdo a lo señalado por Schutz, *“completada una acción, su sentido inicial, tal como está dado en el proyecto, se modificará a la luz de lo que se ha llevado a cabo en la práctica, quedando entonces abierto a un número indefinido de reflexiones que pueden atribuirle sentido en tiempo pasado”* (Schutz, 1964:24). Entonces, a sabiendas de que la toma efectivamente cambió una vez llevada a cabo, el modo como este análisis debe ser encarado es a partir de dos órdenes. Primero, un análisis temático que permita comprender los sentidos dispuestos en la acción en términos retroactivos, además de delinear áreas temáticas en las que se circunscribe la experiencia de los pobladores. En palabras de Mieles, *“identificar temas y estructuras permite revelar experiencias, significados y realidades de los sujetos (...)”* (Mieles, 2012:217). Luego, en base a los postulados de la teoría fundamentada, será posible interpretar el fenómeno investigado a través de una construcción de “tipos” de acción que describen el objeto estudiado (Schutz, 1977). Dicha disposición situará los datos recabados en los contextos de los hablantes, respondiéndose el “para qué y por qué dice así” (Canales, 2013). Es pertinente indicar que estos dos niveles del análisis serán presentados de manera única, es decir, la codificación se organizará a partir de los tipos de acción

identificados a partir de los temas que emergieron en las reconstrucciones de los pobladores.

En este sentido, considerando que son las prácticas sociales las formas constituyentes de toda realidad social, las primeras temáticas que emergen de los datos recabados revelan la existencia de dos formas sociales originarias dentro de la toma de Peñalolén: el comité de allegados “La voz de los sin casa” y “Los de abajo”.

“[estaba] el sector de acá, de los escombros, porque yo estaba acá, esto era plano, y aquí habían escombros, y aquí estaban las canchas. Todo acá para arriba era la voz de los sin casa. Y La voz pensaba que éramos mierda nosotros. Los de acá, nosotros, éramos como lo que botó la ola” (Pobladora, Abajo)

Esta consideración social y geográfica coexistió en el periodo más álgido de la toma, advirtiendo de entrada una diferenciación entre los pobladores, pues cada forma contó con un universo simbólico particular. Aun cuando la toma de Peñalolén se comportó como unidad para el exterior del terreno, negociando de manera única con el Estado, cada subsector respondió a orgánicas particulares que impactaron sobre el sistema de relación y acción desarrollado en su interior. De este modo, en virtud de analizar lo más pormenorizadamente posible, se profundizará en ambas lógicas coexistentes.

“Entonces, eso genera que después al tiempo y a la larga generes como rabia, cierta impotencia con la gente del sector alto. De hecho ahora en el campamento, no sé si tú te darás cuentas, hay un sector... acá en el campamento existe que del Eucalipto para abajo es malo y de aquí es bueno. Porque la gente igual genera divisiones, aunque tú hagai lo que hagai...” (Pobladora, Abajo)

Si bien en la actualidad estas formaciones ya no se encuentran presentes, su relevancia radica en que todavía ordenan la experiencia social de los pobladores. En efecto, entre ellos se atribuyen mutuamente una serie de características conociendo el sector de precedencia cuando se conformó la toma.

Para iniciar el análisis se presentarán brevemente estas dos orgánicas originarias de la acción colectiva pobladora.

1. “La voz de los sin casa”

Es pertinente analizar semánticamente la agrupación de allegados que organizó la toma de Peñalolén. “La voz”, es decir el canal a través del cual los pobres urbanos de Peñalolén se organizaron y visibilizaron para ser escuchados y acceder a una vivienda. De acuerdo a ello, el término da cuenta de una identidad entre todos aquellos que formaban parte del comité, es decir, se percibían en igualdad de condiciones socio-estructurales al ser parte de un grupo que no contaba con las necesidades básicas satisfechas.

“Por ejemplo la A. P., ella tenía casa acá en Lo Hermida y se fue a vivir ahí a la toma a darle casas a todas las personas, pero les cobraba, mucha plata les cobraba”
(Pobladora, La voz)

Este posicionamiento de “sin techo” los diferencia de los oportunistas que se aprovecharon del espacio de la toma para lograr algún beneficio personal, como se observa en la cita precedente. A través de este emplazamiento, “La voz” era representante de un estado de cosas, o más bien, la canalización de una necesidad que no encontraba recepción dentro de la institucionalidad del periodo.

Además, el comité habitacional cuenta con una dinámica interna que promueve la cohesión del grupo, instalándose en el terreno con una orgánica que demostraba que la toma no fue una acción espontánea, sino al contrario, contaba con apreciables niveles de organización.

“La voz prácticamente traía a todo el grupo. Traíamos dirigentes, traíamos a nuestro presidente, traíamos a nuestro vicepresidente, nuestros voceros, nuestros asignados” (Pobladora, La voz)

Por tanto, es posible integrar a “La voz” dentro de lo que Castells definió como campamentos: “*un tipo de asentamiento urbano que se caracteriza más que por el tipo de vivienda, por lo objetivos políticos que se le asignan a sus habitantes. Estos no sólo*

apuntan a la reivindicación por la casa propia, sino que se le considera como lugares de creación de conciencia y de lucha por cambios estructurales” (Benavides y Morales, 1982:10).



Fuente: facilitada por la pobladora Carola Sanhueza. Tomada en Noviembre del año 1999

Tal como se observa en la fotografía, el sector de “La voz” se correspondió con una lucha política movilizada. Visibilizándose de manera activa en el espacio público, dejando entrever que su problema rebasaba la adquisición de una vivienda solamente.

2. “Los de abajo”

Al efectuar un análisis semántico a “Los de abajo”, es posible prever que este grupo se establece en oposición a la agrupación “La voz” (“los de arriba”), no advirtiéndose en su interior un ejercicio identitario propio. “Los de abajo” refieren a una ubicación geográfica que nada dice de la composición social interna del grupo, pareciendo remitir más a una circunstancia su emergencia que a un trasfondo político. Incluso se infiere, de los discursos de los pobladores, que este grupo fue articulándose improvisadamente. Constituyéndose a partir de una agregación de individualidades que vieron en la toma una opción concreta de asegurarse una vivienda.

“Ellos venían de por ejemplo Lo Hermida, de fuera de Santiago, ósea, ni siquiera vivían acá en la comuna quiero decir... venían de Talagante... de varios sectores venían, y ya uno era familiar ‘ya, vengan todos’, los amigos... y se tomaron todo el lugar” (Pobladora, La voz)

De acuerdo a ello, este grupo se asentó en lo que podría indicarse como la periferia de “La voz”. Prueba de ello es lo que se alcanza a percibir del fragmento anterior, en el que se aprecia un menosprecio por parte de “La voz” hacia “Los de abajo”, señalándolos como migrantes, extranjeros o desconocidos, sin pertenencia territorial a Peñalolén. Tal denominación implica una exclusión del grupo de “Los de abajo” por parte de “La voz”. Este relegamiento está dado por la considerable heterogeneidad presente en sector “Los de abajo”, quienes no contaban con características comunes que los vinculara más allá de la necesidad material.

Esta marginalización y estigmatización dentro de una población ya rezagada en términos económicos generales, puede ser asociado a lo que Lechner estimó como la “debilidad en la construcción de un ‘nosotros’”, ahí donde lo común es la condición que se quiere superar (Lechner, 2002). Esta característica está especialmente presente en los sectores pobres, donde la confianza social y la reciprocidad suelen ser menores a la existente en otros grupos sociales al encontrarse en un estado de sobrevivencia (PNUD, 2002).

Las formas de acción colectiva

Cada forma de acción será descrita en función de los sentidos presentados por los pobladores en su reconstitución de la toma de Peñalolén. Al finalizar cada forma se presentará una síntesis, la cual se articulará a partir de los objetivos específicos indicados por esta investigación: fines, medios y relación con el espacio de cada formación social de la acción.

a) “LA VOZ DE LOS SIN CASA”: DEL SUJETO A LA CONSTRUCCIÓN DEL ACTOR COLECTIVO

“La voz de los sin casa” fue el comité que estuvo detrás de la toma de Peñalolén tanto en términos ideológicos como en su coordinación. Por ello, es un marco de referencia para todos los pobladores de la toma, sin importar si fueron o no parte de esta agrupación. En este sentido, a través del análisis temático fue posible advertir características que deben ser revisadas para comprender el origen de la toma de Peñalolén. Esto es, el establecimiento de las condiciones que vincularon al sujeto individual con el colectivo, es decir, el trayecto del individuo al actor.

“Y me fui solo, sin organización previa, eso no es vendía de pomada, de... no. Toda la organización previa la tenía otra, otras personas que eran la gente de la voz, ellos organizaron todo el tema de la toma de terreno” (Poblador, La voz)

Tal como se observa en el fragmento anterior, si bien había una organización detrás de la toma que coordinó la ocupación del terreno, también hubo pobladores anónimos, individuos que llegaron al lugar tomado sin ningún tipo de desarrollo político anterior. Son estos sujetos los que resultan relevantes para examinar el modo como un poblador sin politización previa alcanzó la noción de actor. Esta transición puede ser explicada a través de las lógicas internas del sector de “La voz”, en la cual el poblador singular integra en él una realidad plural, con la cual articulan tanto la organización, como las mismas individualidades.

De acuerdo a ello, para analizar el tránsito del individuo al actor, lo primero que debe resolver “La voz” es cómo lograr la unidad, siendo necesario revisar los elementos que vinculaban a sus integrantes en términos colectivos. En otras palabras, “La voz” se apoya en las características compartidas por los pobladores para aumentar el compromiso de ellos en la acción (Cefaï, 2011).

a.1) Identificando lo común

Tal como se estableció en el “marco de referencias”, las movilizaciones surgen a partir del sentido que adquiere para todos los convocados el agruparse. En efecto, antes de instalar los razonamientos pragmáticos tras una movilización, es pertinente dar cuenta de los procesos de interacción y coordinación que permiten construir la experiencia colectiva (Cefaï, 2011). De este modo, para que una movilización llegue a

constituirse como tal, antes que todo, deben identificarse aquellos aspectos que explican la convivencia de los movilizados. Por tanto, los elementos constituyentes del 'nosotros' es el primer desafío simbólico para "La voz".

a.1.1) Necesidad

"La crisis de esta comuna, y que le afecta mucho a ésta y a otras comunas, son los allegados. Esa es la gran crisis que tienen muchas comunas son los allegados"

(Pobladora, La voz)

"Esto que estoy haciendo es por un sueño de poder tener mi casa para no tener que vivir de allegado porque de allegado se sufre mucho" (Pobladora, La voz, Concurso de cuentos⁵)

Los fragmentos anteriores establecen el origen común que existe entre los pobladores de "La voz". El primer elemento que los reúne es que sostienen una carencia común definida por la ausencia de propiedad. En este sentido, la condición de allegados es la característica basal entre los pobladores.

"Y el cuatro de Julio en la madrugada mi hermana me avisa que se realizó la toma masiva del terreno de Nazur... y ahí cuando me avisa yo dije 'en esta casa estoy viviendo bien, pago las cuentas, pero no era mía'. Entonces dije 'ya, yo me voy'"

(Poblador, La voz)

Reafirmando lo anteriormente dispuesto, la necesidad de propiedad se vuelve el primer elemento de convergencia. Pues si bien contaban con un lugar de asentamiento, éste no les pertenecía en términos legales ni simbólicos, por lo que la toma aparece como una condición de posibilidad para que la pertenencia se concretara de manera permanente. De acuerdo a ello, los pobladores de "La voz" constituyen su identidad a partir de la misma posición social al definirse a ellos mismos como "sin casa".

No obstante lo anterior, según los datos obtenidos a partir del Censo 2002, en Chile había un 10% de la población que se encontraba en las mismas condiciones

⁵ Cita textual extraída del cuento "Proyecto de vida". Las citas presentes en el cuento no fueron modificadas en términos ortográficos.

socio-estructurales para ese momento (INE, 2005). En consecuencia, la necesidad material no es motivo suficiente para explicar la emergencia de la movilización, pues era una realidad compartida por un porcentaje no menor dentro de la sociedad. Este antecedente obliga a observar los otros componentes del ‘nosotros’ para explicar esta acción colectiva.

a.1.2) Utopía

“Todo esto nosotros fuimos planteándolo (...) Lo que nosotros buscamos era participar de las políticas habitacionales, hacer nuestras propuestas, ser críticos, pero también proponer y quedamos de acuerdo (...): ‘o el terreno de Nazur, o aumentar los subsidios para poder comprar estos terrenos’” (Poblador, La voz)

Tal como lo describe Zemelman, la utopía se corresponde con la emergencia de un sentido de futuro, con el punto de llegada hacia el cual el sujeto avanza (León, 1997). De este modo, sin querer profundizar aún en el aspecto político de la acción colectiva desplegada por los pobladores, es posible observar en la utopía una construcción particular de sentido.

El horizonte común que levanta “La voz” complementa el acceso material a la vivienda con un trasfondo que supera la necesidad puramente instrumental. Tal como se observa en el fragmento superior, la postura crítica a partir de la cual los pobladores se movilizan, manifiesta el interés de participar e incluir sus sentidos en la posible solución habitacional.

Si bien establecen un espacio de negociación, el referente común de los pobladores se sienta sobre la pertenencia a Peñalolén, y como tal, los unifica movilizarse por concretar un espacio para ellos en la comuna.

“Sí. Nosotros llegamos con un propósito, una claridad muy abierta. Que era que nosotros queríamos que nos vendieran el terreno como a quince unidades de fomento, en cero coma cinco la unidad de fomento” (Pobladora, La voz)

La cita presentada revela que “La voz” estaba incluso dispuesta a negociar un intercambio económico para apropiarse del terreno tomado. En este sentido, a

diferencia del movimiento de pobladores sesentero, la utopía articulada por “La voz” reconocía el carácter privado del suelo, asociando a él un valor de cambio. Esta consideración da cuenta que el ‘nosotros’ estaba al tanto de las transformaciones ocurridas en el Estado posterior a la dictadura, incluyendo la mercantilización de los espacios promovido por esta perspectiva. Sin embargo, esta contemplación económica por parte de los pobladores se orienta en términos cooperativos, materializando al colectivo en una apropiación legal del terreno.

De acuerdo a ello, es posible identificar en el ‘nosotros’ una actitud activa con respecto a la resolución de las necesidades. Esta agrupación se instaló con una visualización a largo plazo, asumiendo que no se desgranarían una vez alcanzado la vivienda. Por tanto, al poner en discusión el terreno y no la casa en concreto, el ‘nosotros’ alcanzaba una realidad material al exigir la construcción de una población donde todos tuvieran cabida, reafirmandolos como colectivo. En este sentido, la identidad del actor se reforzaba a través de este posicionamiento, incluyéndose entre sus demandas el permanecer juntos.

El componente utópico de “La voz” se relaciona directamente con el último elemento pesquisado al interior del ‘nosotros’ constituido, esto es, la institucionalización de un ‘nuestro’, en términos de asentar la identidad a un suelo.

a.1.3) Territorialidad

“Nuestra idea era quedarnos acá, nuestra mira era quedarnos aquí. Nuestra mira era luchar por este terreno. Nosotros morimos y luchamos por este terreno. Aquí era nuestra vida. Eran las propuestas aquí, aquí nos íbamos a quedar”

(Pobladora, La voz)

“Fuimos muy críticos en el tema de la cantidad sobre la calidad, sobre la emigración de la familia, la desintegración del núcleo. Porque si te mandan a Puente Alto cuesta mucho que el hijo vaya a ver a su madre. Entonces se desintegra... se pierden las raíces cuando te vas a un lugar nuevo (...) Entonces dijimos bueno, lo primero es decir que la gente que está en el terreno, va a pelear por quedarse en ese terreno”

(Poblador, La voz)

Tal como lo señalan ambos fragmentos expuestos, **lo común** del grupo era el sentimiento de identidad asociado a la comuna de Peñalolén. En efecto, no sólo se estaba visibilizando la necesidad de una vivienda, sino que también la movilización se constituía por sujetos que se reconocían como parte de la comuna, y como tal, exigían un espacio dentro de ella.

En efecto, el componente territorial defiende el derecho social de pertenecer legítimamente al lugar en el que se han desarrollado los pobladores y sus familias históricamente. Así, el acceso a la vivienda se encuentra mediado por un sentimiento afectivo hacia la comuna, definiéndose como una acción territorial.

En este sentido, la necesidad -antes identificada- se canaliza a través de la territorialidad, constituyéndose la referencia de base en la articulación de este grupo de pobladores. El territorio pasa a ser el soporte material de la vida en comunidad y se manifiesta como el marco en disputa para la instalación de un sentido. De esta forma, “La voz” difunde una postura crítica al modo como los gobiernos han abordado el déficit habitacional, los que han superpuesto lógicas cuantitativas por sobre las variables cualitativas, generando el problema de ‘los con techo’. Claro está que los pobladores de la toma no se están movilizando para pasar del allegado al pobre con techo, sino que para incluirse a ellos mismos como partes activas de la solución. Es decir, “La voz” proyecta una alternativa que busca transformar la situación social de los pobladores y no empobrecerla a través de la desintegración del ‘nosotros’. Este último temor corroborado por varios estudios de la época, en los que se describen las transformaciones en el tejido social de las poblaciones cuando éstas son relocalizadas y marginadas a partir de la política habitacional vigente.

“Fue que la gente, por una necesidad de tener una vivienda, también ingresó al terreno... ósea, también ingresó por una necesidad (...) de dos mil familias al interior del terreno, que lo tenían tomado y que se iban a defender, ósea el terreno lo iban a defender sí o sí, de ahí nadie quería salir” (Poblador, La voz)

De este modo, los tres componentes dispuestos: necesidad, utopía y territorialidad conforman el ‘nosotros’ al interior de “La voz”. Tal como se dispuso, existe

una articulación que acoge tanto lo material como lo afectivo, potenciando el vínculo entre los pobladores. En efecto, los componentes refieren a los tres tiempos de la experiencia humana: la necesidad se inscribe en el presente; la utopía refiere al futuro; y la territorialidad es la imagen del pasado que porta el individuo, su historicidad. La referencia a los tres tiempos planteados indica la existencia de un **proyecto colectivo**, el cual facilita una continuidad entre los ideales individuales y el plan desarrollado por la organización.

De acuerdo a ello, la acción de “tomarse un terreno” es una estrategia más que un fin en sí mismo, lo cual da cuenta de un acto político detrás de esa acción directa. Esta consideración es posible vincularla con la idea de lucha que se encuentra en el último fragmento presentado, en el cual se observa que el terreno en sí sostiene un sentido que va más allá del puro utilitarismo. Esta imagen se asemeja a lo planteado por Salazar, al establecer que las clases marginales han ampliado sus objetivos de lucha, complementando la adquisición de la vivienda con aspectos que la superan en términos físicos (Salazar, 2012: 191).

En este sentido, tal como lo señaló de Zemelman (1997), el actor se consagra en el proyecto colectivo, facilitando la capacidad de los pobladores de reconocerse a sí mismos como partes de la unidad que protagoniza la toma de Peñalolén. En consecuencia, el potencial de “La voz” reside en su capacidad de objetivar elementos que se percibían transversalmente en términos individuales, pero que nunca habían dialogado en un canal que los institucionalizará como constituyentes de una identificación común. Al circunscribir en el espacio un diagnóstico y un fin colectivo, los pobladores de “La voz” logran intensificar el sentimiento del ‘nosotros’.

Al asociarse la emergencia del ‘nosotros’ a un proyecto colectivo particular, es pertinente profundizar en los alcances de esta perspectiva política y práctica. Explicándose de mejor manera este proceso social.

a.2) La instauración del proyecto colectivo

El paso que da “La voz” como organización está dado por la capacidad de institucionalizar un proyecto colectivo que se inscribe en dos niveles interdependientes:

1) lo propiamente político, dentro del cual surge la producción de sentidos alternativos al orden dominante. Y 2) la acción, donde se presentan las claves para entender el ejercicio de la comunidad y el vínculo social. En otras palabras, el proyecto colectivo está trazado por un lado por la administración del espacio y la institucionalización de un orden particular; y por otra parte, por los aspectos culturales y simbólicos que lo reproducen y legitiman entre los pobladores.

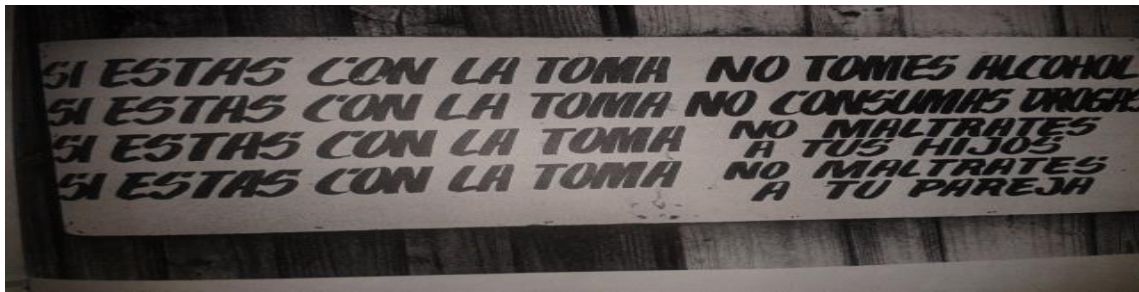
a.2.1) Lo ético - político



Fuente: Ambas fotos facilitadas por el poblador Marcelo Reyes de su álbum fotográfico personal. Fecha estimativa Noviembre 1999.

Tal como se observa en las imágenes, “La voz de los sin casa” levanta valores políticos que permiten establecer que su acción excede los límites de un acto puramente instrumental. Al definirse como ‘pobres que exigen dignidad’ se infiere una construcción social consciente de su situación estructural. En este sentido, incluir la ‘dignidad’ como parte de la demanda de los pobladores, se asocia a una operación

crítica emanada de “La voz” al modo como la institucionalidad se relaciona con los conflictos sociales, reduciéndolos a estándares cuantitativos. De este modo, “La voz” reivindica las necesidades existenciales de los pobladores, tensionando en su discurso político “el ser y estar” del pobre a partir de la política pública vigente. Esta preocupación permite enriquecer el reconocimiento de los pobladores como actores, tanto individualmente como en la relación con sus pares. A partir de este posicionamiento se refuerza la imagen del poblador para el exterior del campamento, facilitando el reconocimiento y la consideración por parte de la institucionalidad como un actor con capacidad de acción.



Fuente: Foto facilitada por el comité “Los Avellanos”. Autor desconocido. Capturada entre Julio 1999 y Mayo 2001.

Si bien la exigencia de dignidad consolida al poblador en términos externos, también existió una preocupación por la estructura ética interna desplegada por “La voz”. Tal como se observa en la fotografía, el proyecto colectivo cuenta con una rígida propuesta normativa que define “el ser y estar” de los pobladores al interior de la toma. De acuerdo a ello, la presencia de este componente reafirma el carácter político que subyace a la acción, donde la visión de mundo se encuentra complementada con un apartado sobre el tipo de sociedad que se está construyendo dentro de los límites del terreno. En este sentido, lo político va más allá de instalar la demanda públicamente, sino también se expresa en la forma como se administra el cuerpo social. Esta preocupación busca reproducir un clima armónico dentro del grupo para facilitar su reproducción. Dicha ética busca regularizar la manera como los pobladores se relacionan entre ellos, y como tal, politizar la cotidianeidad a través de la mantención de un clima estable que reduzca la complejidad al interior de la toma.

“La ley era de nosotros aquí dentro, prácticamente teníamos un régimen militar. Estaba la ley seca, nadie podía tomar alcohol. Nadie podía consumir ni vender drogas. Ósea, al que se le pillaba y corría el rumor de que estaba traficando se iba a palos, ni siquiera digamos ‘ándate’, se le desarmaba la carpa y lo tirábamos para afuera” (Pobladora, La voz)

“A todos los sacaban, a los traficantes, o a las mujeres que se metían con los vecinos... no tenía que haber ningún tipo de malos ejemplos, era muy ordenado de primeras. Muy rígido...” (Pobladora, La voz)

Los párrafos anteriores permiten acreditar lo que las imágenes enunciaban. Es posible interpretar la existencia de una especie de <contrato social> que se impuso entre los pobladores participantes del sector de “La voz”. La aceptación de estas reglas estuvo dada por la protección, conservación y reproducción del colectivo de manera consciente. Tal como lo establece Rousseau, *“A fin de que este pacto social no sea, pues, una vana fórmula, él encierra tácitamente el compromiso, que por sí solo puede dar fuerza a los otros, de que, cualquiera que rehúse obedecer a la voluntad general, será obligado a ello por todo el cuerpo social; a saber: el pacto social establece entre los ciudadanos una igualdad tal, que todos se obligan bajo las mismas condiciones y todos gozan de idénticos derechos”* (Rousseau, 1999: 28-29). De este modo, “La voz” no sólo operaba de acuerdo a lógicas políticas, sino que también desarrolló un componente ético que definió los marcos de acción posibles dentro del terreno. Esta estructura normativa estableció un ‘deber ser’ arraigado en órdenes conductuales en los que las prácticas como emborracharse, o pegarle a la pareja se encuentran deslegitimados. E incluso se definen como prácticas que atentan contra el colectivo pues *“no se estaría con la toma”* al incurrir en esos actos. Es posible indicar esta preocupación como una producción simbólica propia de los pobladores (Baño, 1985).

De acuerdo a ello, al articular una definición de los aspectos éticos y políticos del proyecto colectivo, la constitución del ‘nosotros’ se refuerza al asegurarle una solidez interna a la organización.

“Nunca nosotros necesitamos la ayuda de nadie de afuera... Todo lo hicimos. Nuestros dirigentes eran hombres que ya venían de otros campamentos, ya habían luchado por otros campamentos... nosotros éramos como una guerrilla, éramos un grupo guerrillero. Pobladores puestos, con la chaqueta bien puesta” (Pobladora, La voz)

Esta cohesión social permitió engrosar el tejido político del comité. La percepción de los pobladores al interior del terreno era la autosuficiencia y la autogestión, ambos componentes reafirmantes de la interdependencia que se ejerce entre ellos, consolidándose una solidaridad del tipo orgánica en el grupo. De acuerdo a esto, la acción colectiva de “La voz” daba cuenta de un conflicto que los alentaba a constituirse en autonomía, al margen del modelo dominante para una población en exclusión. De este modo, los pobladores despliegan sentidos asociados al “ser”, superando la identificación de sí mismos como allegados. Así, la dimensión política del proyecto se observa en la práctica de los pobladores, quienes se conciben como una <guerrilla>, dispuesta a defender el ideal a partir del cual se instalaron en el terreno.

“Éramos masa, éramos estratégicos. Estábamos molestando, éramos estratégicos (...) Nosotros planificábamos las marchas un mes y distribuíamos, ‘tú te vas a encadenar al ministerio de vivienda, ustedes se van a encadenar a la Moneda, ustedes van armar boche a la Escuela de Derecho (...) Desalborotábamos⁶ a carabineros porque eran muchos focos abiertos el mismo día. Me entiendes, éramos muy estratégicos, y los dirigentes que teníamos, movían masas. Y era obligación ir a las marchas, ósea nadie puede quedarse en la casa” (Pobladora, La voz)

La identidad del actor colectivo está construida de acuerdo al horizonte político dispuesto y a la estructura que regulaba el actuar de los pobladores. Al establecerse conceptos como <guerrilla>, <estrategia>, <lucha>, <marcha> es posible interpretar un sentido de acción que reafirma el empoderamiento del actor en el espacio público. Es a través de estos significados que la acción crece y se reproduce, robusteciéndose rizomáticamente la orgánica dentro del colectivo de “La voz”. Tal como lo señala Deleuze, *“Un rizoma no cesaría de conectar eslabones semióticos, organizaciones de*

⁶ Cita textual a como fue mencionada por una pobladora.

poder, circunstancias relacionadas con las artes, las ciencias, las luchas sociales (...) Evoluciona por tallos y flujos subterráneos, a lo largo de los valles fluviales o de las líneas de ferrocarril” (Deleuze y Guattari, 2004:13). Este componente los ramifica como organización, pues la concepción de mundo del comité es incorporado por los sujetos de manera personal, volviendo a todos representantes del grupo para el exterior.

De acuerdo a lo anterior, la configuración ético – política del proyecto colectivo levantado por “La voz” los identifica como un grupo “en lucha”. Esto, implica que los pobladores pertenecientes a este sector de la toma construyeron sentidos que diferían de los dominantes. Esta articulación combate la atomización e individualidad presentes en el sistema actual a través del peso que se le otorga a la unidad poblacional.

a.2.2) Lo comunitario

“...teníamos comisión salud que se encargaba de la salud. Estaba la comisión aseo y ornato, que se encargaba del aseo, de plantar árboles, ver que cada vecino tuviera un área verde en su casa para que pudieran compartir. Estaba el área educación, donde se implementó una biblioteca y una escuela. Vimos que había muchas guaguas, se hizo un jardín. Había una sede social para todo, la dividíamos para todo...” (Pobladora, La voz)

Con respecto al segundo nivel del proyecto colectivo constituido por “La voz”, es posible detectar prácticas urbanísticas y sociales que reforzaban la construcción colectiva. En efecto, las comisiones dotaron de sentido la cotidianeidad de los pobladores, al reforzar la condición de interdependencia entre ellos para que el proyecto fuera llevado a cabo. De esta forma, “La voz” se mantenía activa a través de la participación de sus miembros en los distintos espacios dispuestos, los cuales se orientaban a reproducir el sistema social establecido para la toma de Peñalolén.

Esta “división social del trabajo” en clave *durkhemiana*, estaba dirigida a la habilitación del espacio social y a la formación política de los miembros de “La voz”. Estas dinámicas ya habían sido identificadas en el otrora movimiento de pobladores, en tomas como “La Victoria” o “Nueva Habana”. De este modo, es posible asociar una actualización de aquellos sentidos históricos de unidad y organización por parte de “La

voz” para “demostrarle al país que [podían] levantar una población a partir de sus propias capacidades” (Cortés, 2014: 245).

“Lo recuerdo como emocionante porque íbamos a tener agua en nuestras casas, había que picar en las noches, que no nos fueran a pillar que estábamos haciendo el arranque de al frente, era así como bien entretenido... las relaciones en ese tiempo eran muy buenas, en ese tiempo, muy buenas, luchando como unidos todos”
(Pobladora, La voz)

Como es posible apreciar en la cita anterior, “La voz” no sólo le demuestra a la oficialidad y al resto de la sociedad civil sus capacidades, sino también a ellos mismos, quienes potencian su organización a través de los logros adjudicados a la colectividad. En efecto, la autoestima del grupo se favorece en medida que el proyecto colectivo se materializa en obras concretas. Son estas transformaciones del espacio las que van significándose y plasmándose en la memoria de los pobladores como hechos históricos, en los que el ‘nosotros’ se empoderó al volverse el canal a partir del cual la organización alcanzaba sus objetivos. Por consiguiente, el ‘nosotros’ constituye la célula del proyecto colectivo.



Foto facilitada por la pobladora Carolina Sanhueza de su álbum fotográfico personal. La foto se corresponde con el túnel cavado por los propios pobladores para lograr una red de cañerías que suministrara agua a las casas. A través de éste, los pobladores mejoraron la calidad de vida que estaban teniendo dentro de la toma de terreno. El esfuerzo colectivo que significó la construcción de este túnel cohesionó la pertenencia de los pobladores a “La voz”, constituyéndose un hito de la organización.

De acuerdo a ello, el componente comunitario era base fundamental del proyecto colectivo, pues era el principio necesario para alcanzar lo que el discurso ético y político definía como horizonte.

“Se hacían fogones, un círculo grande donde nos juntábamos todo el cuadrante, ahí tomábamos todos once, todos comíamos el mismo plato de comida, los niños todos jugaban, todos se cuidaban en círculo, éramos muy, muy unidos...” (Pobladora, La voz)

“... hacer una olla grande con tallarines y que tengai que poner tu plato para que te den comida, esa experiencia era... y quedaban buenos los tallarines po’. Buenos quedaban, ricos. Cuando decían ‘ya, ¿quién sabe hacer pan?’, y hacíamos pan, hacíamos harto pan para todas las familias... entonces... qué más... nosotros somos del campamento” (Pobladora, La voz)

Así como se observa en las citas anteriores, la cotidianeidad se encuentra significada a partir de dinámicas comunitarias que alimentaban la unidad de la organización. Las relaciones sociales logran conducirse de manera simbiótica, construyendo una igualdad entre el ‘yo’ individual y el conjunto (el campamento), dotando de sentido el mundo compartido. En palabras de Zemelman, considerando la diversidad de tramas relacionales heterogéneas en el mundo actual, “[el sujeto se ve enfrentado a] *la necesidad de ocupar un espacio en el que tiene lugar el reconocimiento a pertenencias colectivas, lo que se acompaña de la conformación de una subjetividad social particular*” (Zemelman, 2010:357). En definitiva, la acción colectiva que los convoca y reúne les permite desarrollar una densa trama interna. El potencial de “La voz” radica en su capacidad para definir un ‘nosotros’, o una subjetividad constituyente con la cual los pobladores se sienten identificados. La instalación de un sentido colectivo de acción está en coherencia con la reafirmación de relaciones cercanas, permitiendo constituir una experiencia colectiva homogénea y arraigada en todos sus participantes.

“Hacíamos fogatas para apañar el frío, hacíamos con mi cuadrante, porque así se llamaban los grupos de personas que nos juntábamos como comité. Quiero decirles que hacíamos ollas comunes y todos compartíamos como una gran familia...”
(Pobladora, La voz, Concurso cuentos)

La vinculación, por tanto, se correspondía con la emergencia de sentimientos de solidaridad, desarrollándose una confianza entre los pobladores al orientar sus acciones en función del mismo proyecto colectivo. El todo era percibido como superior a la suma de las partes. En este sentido, la toma de Peñalolén –en la parte de “La voz”- se constituía por una doble dimensión: política y social, las cuales se disponían en términos de red, asegurándole a “La voz” una unidad integrada de pertenencia. De este modo, el proyecto colectivo repercute en un engrosamiento del cuerpo social del comité. La generación de formas sociales recíprocas va potenciando el capital social del colectivo, facilitando la sustentabilidad del proyecto.

a.3) Síntesis

a) Esta primera forma de acción responde a la constitución del actor colectivo tras la toma de Peñalolén. En este periodo, la **finalidad** de la acción rebasa lo puramente instrumental, siendo posible advertir que las acciones de los pobladores se orientan mayormente a **construir una identificación común**. De acuerdo a ello, “La voz” se asemeja a lo que Dubet identificó como una experiencia de “integración social”, ya que buscaban rearticular un pedazo del mundo popular (Dubet, 2011), fuertemente golpeado luego de la instalación del modelo neoliberal.

b) En función de los **medios** dispuestos en esta forma de acción, éstos se conducen hacia la administración del sistema social constituido. De acuerdo a ello, las potencialidades de “La voz” se encuentran en la instalación de un **ejercicio comunitario** y una **ética** que permite fortalecer el ‘nosotros’ tras la organización. Son estas estrategias las que facilitan el encadenamiento recíproco de las relaciones sociales. Esta situación ha sido observada ampliamente en el mundo popular, como forma de empoderar a la comunidad local a través de redes de camaradería e intercambio mutuo (Salazar, 2012).

c) De acuerdo a la **relación con el espacio** donde se desarrolló la acción, es significativo indicar la relevancia que cobra el terreno para el proyecto colectivo desplegado por “La voz”. En efecto, la **territorialidad** era uno de los componentes centrales en la **activación del ‘nosotros’**, así como también la habilitación del espacio,

en la cual la acción de cada poblador se volvió indispensable. De este modo, esta forma de acción colectiva es indisociable del espacio, al constituir la dimensión en la que se encarnan los dos puntos anteriores.

d) La forma de acción colectiva desplegado por “La voz” da cuenta de una subjetividad colectiva que los identifica. La constitución de este actor colectivo se inscribe en la emergencia de una “**memoria protagónica**” (Salazar, 2001), en medida que los pobladores ocupan el rol central al interior de sus relatos.

b) “LOS DE ABAJO”: LA ILUSION DE ACTUAR COLECTIVAMENTE

La segunda forma de acción colectiva registrada en los discursos de los pobladores es llevada a cabo por el grupo identificado como “Los de abajo”. Cabe recordar que esta agrupación coexistió con “La voz”, y representa otro modo de comprender los alcances de esta acción colectiva. Tal como se señaló anteriormente, “Los de abajo” no responden a un comité habitacional políticamente formado, sino más bien, obedecen a una constitución casual dada entre aquellos pobladores que llegaron individualmente al terreno, o ya residían en él y no se integraron a “La voz”. Por ello, al interior de “Los de abajo” hubo una ausencia de perspectivas que buscaran aglutinar las individualidades en un proyecto común y constituir un actor único, desarrollándose una experiencia orgánica que se movilizaba entre varios tipos de legitimidades.

“... como te digo, lo malo quedó abajo... pero dentro de lo malo igual habíamos gente buena. Entonces el que el tráfico en las esquinas, la basura, que la gente era cochina la de abajo, cachai, era un sinfín de cosas que no podis vivir. Las pandillas, un sinfín de cosas...” (Pobladora, Abajo)

En términos descriptivos, “Los de abajo” no cuentan con una representación que identifique internamente al grupo, lo cual repercute en una dificultad para articular una proyección externa. Retomando lo enunciado por Lechner (2002), “Los de abajo” encarnan la exclusión social, y por ende, no encuentran reconocimiento entre sus mismos integrantes.

“Para nosotros, los de acá abajo, fue terrible porque este sector siempre fue el más cagado... Nosotros, los pobres hueones de acá abajo, que no éramos mucho, éramos como quinientas familias no más, nosotros nos tocaba bailar con la fea”
(Pobladora, Abajo)

A su vez, al definirse como lo que no eran, los pobladores de “Los de abajo” tendieron a observarse de manera inferior frente al comité de “La voz”. Esta situación impactó en una ausencia de discursos que los aglutinaran y resolvieran como una parte autónoma dentro de “La voz” o como una realidad independiente.

De este modo, desde un posicionamiento metodológico, es difícil abordar a “Los de abajo” en términos unitarios, pues en su interior coexisten procedencias, expectativas y formas de interpretar la acción colectiva misma. En función de esto, es posible introducir en el análisis lo que Olson identificó como el problema del “free-rider o polizón”, entendiéndose con ello la acción de sopesar individualmente los beneficios y costos de participar en una acción colectiva, antes que la proyección política y social de la misma. *“Antes de invertir una gran cantidad de dinero o de tiempo y, en especial, antes de hacerlo repetidamente, el individuo racional reflexionará acerca de qué van a lograr mediante ese considerable sacrificio”* (Olson, 1985:213).

A partir de lo anterior, “Los de abajo” serán descritos en función de áreas temáticas surgidas en los discursos de los pobladores, permitiendo la comparación con el ejercicio de su símil, “La voz”. Además, se establecerán sus especificidades como forma de acción colectiva.

b.1) La emergencia de un caudillismo interno: lo político de la acción

“Todavía estábamos mirando para todos lados para ver cómo se iba a organizar la cosa y la gente me propuso porque me escuchaba hablar mucho y muy fuerte”
(Pobladora, Abajo)

Tal como lo señala Max Weber, es necesario observar el tipo de legitimidad sobre la cual se sientan las relaciones de dominación (Weber, 1979). De este modo, en coherencia a la ausencia de directrices políticas y sociales que definieran este sector de

la toma de Peñalolén, la dirección de este grupo la impusieron unos pocos pobladores amparados en sus características personales. En este sentido, la cita anterior permite presagiar la emergencia de un liderazgo del tipo carismático, en el cual una pobladora se adjudicó el rol de conducir este sector. De este modo, esta formación colectiva contó con un ordenamiento jerárquico improvisado en el que el liderato surgió con el transcurso de la acción.

“Ahí ganaba la que gritaba más fuerte no más, ella era chora, amiga de los pacos, del SERVIU... tenía mucho respaldo ella, porque arrastraba a mucha gente”

(Pobladora, Abajo)

A partir del párrafo presentado es posible inferir una forma de caudillismo al interior del sector de “Los de abajo”. Esto, en medida de que los líderes de esta parte de la toma accedieron al poder a través de mecanismos difusos e informales, ejerciendo un liderazgo más sujeto a sus condiciones personales y contactos que a convicciones políticas o ideológicas. De acuerdo a ello, al interior de este grupo dominan lógicas propias de la exclusión, como lo es que el <choro> acumule poder y respeto por su <gritar más fuerte>. Así, la dirección de la masa es asumida por líderes que se legitiman de manera particular, sin interesarse por empoderar al colectivo necesariamente. Dicho de otro modo, los representantes de este sector reproducen las lógicas disponibles en la hegemonía marginal, desplegando mecanismos de coacción y violencia simbólica sobre su cuerpo social. Estas racionalidades son parte de un mundo precarizado en el que es necesario demostrar física y materialmente la superioridad.

“... los pobladores iban para donde tú los llevabai en realidad... la gente sabía que todo lo que yo les decía a ellos era por el bien de ellos, si había que tener mucho cuidado... todos nos querían boicotear” (Pobladora, Abajo)

Tal como queda reflejado en la cita anterior, la emergencia del liderazgo caudillista se asocia a una situación en la que es necesario que alguien comande, pues la percepción dentro del sector de “Los de abajo” se asemeja más a un comportamiento colectivo sin trasfondo aparente, que a una acción organizada. De acuerdo a ello, la experiencia entre los pobladores de este sector es de mayor incertidumbre que dentro

de “La voz”, pues no cuentan con un referente en cual apoyarse. A partir de dicha situación, se comprende la emergencia de liderazgos que controlen y contengan la masa de pobladores.

Entre “Los de abajo” se experimenta una pérdida de control, en medida que se percibe que sus vidas dependen de circunstancias externas ante las cuales es necesario adaptarse para no ser atropellado (Lechner, 2002). Ante tal sensación, se aprecia la emergencia de una “manipulación” desde los dirigentes de “Los de abajo” para con su población, estableciendo entre los mecanismos para acumular poder el miedo y la construcción de una realidad ante la cual había que estar a la defensiva.

“Nosotros de acá abajo no teníamos opción... ósea, la A.P. decía ‘ya, esa hueona me miró mal’ y tú ibai... no lo cuestionabai, tú no cuestionabai. Tú no teniai ni voz ni voto, tú lo haciai no más...” (Pobladora, Abajo)

Así, tal como se observa en el extracto superior, los pobladores de este sector cedieron su individualidad al poder del líder, naturalizándolo y obedeciéndolo de manera irreflexiva. De acuerdo a ello, el sector de “Los de abajo” es un correlato de lo que se estaba observando en la sociedad durante dicho periodo, en el que la sumisión ante un orden instituido a espaldas y la mantención de éste acriticamente, son estrategias de buena parte de la sociedad civil para sobrevivir en él. Al no existir una construcción crítica de cómo se desarrollaba el sistema hegemónico, los pobladores de este sector se movilizan etéreamente, en medida que es vaporoso y multidireccional. En este sentido, entre “Los de abajo” se constituye una ‘realidad espejo’ del sistema, y no un marco cultural de sentidos propios que doten de contenido y significados la acción desplegada.

Por consiguiente, es posible asociar el sector de “Los de abajo” con una expresión de las repercusiones de un sistema económico y social que desatiende la integración social. Constituyendo, con ello, una disociación entre la plana dirigente y los pobladores anónimos que llegaron casualmente a esta parte de la toma (Tironi, 1986), quienes no contaban con un enfoque de derechos bien interiorizado.

b.2) La instrumentalidad como la expresión de la acción colectiva

“Mi interés era tener una vivienda para mí y toda la gente que iba a representar... Y en ese tiempo la voz queriendo hacer puras cagadas, si ni siquiera pelear por una vivienda, sino que ellos peleaban por el ideal de ellos, no por tener una vivienda”
(Pobladora, Abajo)

Tal como se observa en la cita presentada, “Los de abajo” no articulan el trasfondo político identificado al interior de “La voz”. Al contrario, lo que subyace en este sector es una elección racional de recursos para alcanzar lo puramente material, e incluso se aprecia una mirada ofensiva a las preocupaciones políticas de “La voz”. En efecto, entre “Los de abajo” se instala una racionalidad pragmática en que la toma debe decantar en una vivienda, sin acompañar dicho fin con objetivos que se practiquen en escalas valóricas o comunitarias. De este modo, una construcción de significados contrahegemónicos es percibida como un desvío hacia el acceso a la vivienda.

“Nosotros no íbamos a hacer ley rígida, nosotros íbamos a luchar por una vivienda, nosotros no teníamos por qué ser los verdugos de nuestra propia clase social”
(Pobladora, Abajo)

Sumado a la ausencia de un proyecto común para “Los de abajo”, también es posible observar un correlato ético flexible. A diferencia de lo registrado en “La voz”, donde lo social estaba regulado por la identificación de prácticas inadmisibles dentro del campamento, al interior de “Los de abajo” no existe el interés por establecer un marco disciplinar. La imagen presentada por la pobladora como “*verdugos de nuestra propia clase social*” es posible de asociar a la “conciencia dependiente” de Castells (2014), en la cual si bien hay conciencia de un mundo dividido en clases sociales, los cambios solo son vistos como mejoras materiales. De este modo, “Los de abajo” no buscan transformar la forma de las relaciones sociales en la era neoliberal, ni tampoco constituirse como un modelo de comunidad. Entre ellos existe una permisividad social, apelando a una libertad individual que es correlato de la ideología existente.

Para “Los de abajo”, la operación de tomarse el terreno no es sinónimo de instituir un orden comunitario alternativo, sostenido en base a relaciones fundadas en finalidades y medios colectivamente definidos. Al contrario, la acción está sujeta a un

objetivo concreto, por lo que la articulación de lazos de reciprocidad y confianza no son absolutamente necesarios. Considerando el liderazgo caudillista mencionado anteriormente, es posible elucubrar que el aspecto relacional no es comprendido como un recurso del sector. Pues, al descansar la cohesión interna en el carisma de un líder, la regulación social es un recurso incidental para alcanzar la vivienda.

b.3) La integración estratégica

“Ósea fue difícil, sí, con amenazas de muerte... porque habían casas donde vendían drogas... entonces habían problemas entre traficantes... después le dispararon a la Rosa Jiménez pensando que era yo. Y así empezó todo, ahí empezó a quedar la grande, quién mandaba más adentro” (Pobladora, La voz)

En palabras de Dubet, la integración estratégica sucede cuando *“la acción colectiva es menos una forma de solidaridad y de lazo social que una manera de satisfacer intereses, el don deja de ser una obligación de la integración para convertirse en un cálculo”* (Dubet, 2011: 120). Lo anterior se corresponde con los **vicios** que fueron desarrollándose entre “Los de abajo” en el marco de la toma de terrenos. Ante la ausencia de una construcción ética que regulara los comportamientos del sector, además de una proyección política instrumental y relaciones sociales que no encontraban ecos de reciprocidad y solidaridad, el sector de “Los de abajo” mostró prontamente prácticas coherentes con su situación marginal.

“Y lo más malo, como le digo, quedaron en la ocho... y les fue mal porque... empezaron a robarles a los mismos vecinos... mi mamá me decía ‘no te metai, si esos son mafiosos... si quedaba la cagada, a balazos, no se metía nadie. Nadie. A las tres de la mañana, disparos iban, disparos venían...” (Pobladora, Abajo)

De acuerdo a ello, en el sector de “Los de abajo” surgen expresiones corrosivas de lo social, donde los intereses personales se anteponen a lo comunitario. En este sentido, tal como se ha señalado anteriormente, la racionalidad pragmática de este sector no impidió integrar una amplia gama de estrategias para la sobrevivencia en situaciones adversas. En efecto, la inexistencia de un ‘nosotros’ sólido conduce a una ética multivariable entre los pobladores, repercutiendo en la atomización y aislamiento

de los individuos a partir de estos patrones de convivencia, debiendo éstos sortear su vida del modo que más le acomode.

En función de la última cita presentada, es posible interpretar la existencia de una sensación de inseguridad y miedo dentro del sector de “Los de abajo”. A través de la imagen del “mafioso”, los pobladores del sector se desentienden del Otro desconocido. El sentimiento de desconfianza e impotencia instalado vuelca a los pobladores hacia sus núcleos familiares, complicando la aparición de un cuidado recíproco entre ellos y sus vecinos, pues no se reconocen mutuamente.

En este sentido, pareciera ser que el sector de “Los de abajo” se presentó más como una oportunidad para los pobladores, los que si bien pueden haber ido en busca de una vivienda, sus trayectorias personales y modos como habían sobrevivido hasta ese momento rebasaban dicha necesidad. Esta afirmación se arraiga en la flexibilidad normativa que representa una toma de terrenos por no contar con una regulación externa como lo es la policía. A partir de esta condición, la ley entre “Los de abajo” fue apropiada de manera particular por cada poblador, validándose las razones estratégicas para mantener la toma en pie, y con ello, la variabilidad de ejercicios definidos como legítimos de manera individual.

b.4) Síntesis

a) Durante la etapa de articulación de la toma de Peñalolén, el sector de “Los de abajo” expresa un **fin pragmático** que se circunscribe al alcance de una vivienda definitiva. En efecto, la toma, más que una construcción simbólica de sentidos alternativos, se presenta como un espacio flexible que avala la orientación “instrumental con arreglo a fines” de la acción.

b) En el sector de “Los de abajo” los **medios** son entendidos igual de pragmáticos que el fin, por lo que se infiere la idea del “fin justifica los medios”. Los medios responden a una **integración estratégica** en la que cada poblador resuelve el modo como encarar sus necesidades.

c) En función de la **relación con el espacio**, entre “Los de abajo” hay una menor preocupación por la variable espacial. Al no gestar **ningún tipo de identificación territorial**, la toma no condiciona el marco referencial de los pobladores de este sector. Sin embargo, al desarrollarse prácticas ilegítimas para el orden dominante en su interior, la condición de terreno tomado sí representaba una oportunidad para algunos pobladores.

“Y yo sé que hay gente que nunca va a querer una solución. Que no quiere que el campamento se termine, se acostumbran a vivir en campamento, gratis. Son picantes, le hacen al tráfico y no quieren que esto se termine” (Pobladora, Abajo)

d) Considerando los puntos anteriores, a diferencia de “La voz”, en el sector de “Los de abajo” no hay una preocupación por instalar variables éticas o valóricas en el discurso de su organización. De este modo, la cultura de la pobreza que se encuentra en este sector se identifica como contracultural, por obedecer a patrones más bien ilegales y donde se observa lo que es tildado como la ‘vida fácil’ por parte de la institucionalidad (FSP, 2011). Cabe establecer que esta forma está en oposición a los valores promovidos por “La voz”, donde la responsabilidad, el esfuerzo colectivo o el compromiso dirigían su proyecto colectivo.

d) La forma de acción colectiva desarrollada entre “Los de abajo” no contó con la constitución de una subjetividad colectiva asociada a un proyecto común. Esta ausencia de un actor colectivo explica por qué los pobladores de este sector incurren en una **memoria fragmentada y dispersa**, expresión de una falta de protagonismo percibido entre los pobladores de “Los de abajo” en el trayecto de la toma de Peñalolén. Dicho esto, es posible concluir que “Los de abajo” se consideran a ellos mismos como los excluidos dentro de una población general ya excluida por el orden social externo.

c) LA DESCOMPOSICIÓN ORGANIZACIONAL DE AMBAS FORMACIONES COLECTIVAS

*“...y ahí ya como que empezó la división interna, la descomposición organizacional.
La voz de los sin casa, que había llegado súper organizada también*

se dividió. Entonces por eso te digo, llegaron a ser veintiocho comités”
(Poblador, La voz)

Si bien en la etapa de la instalación de la toma de Peñalolén fue posible advertir la existencia de dos formas sociales coexistentes al interior del terreno, “La voz” y “Los de abajo”, en el desarrollo de la toma es posible observar como ambas formas sufrieron una decantación similar de la acción. De este modo, lo siguiente es la descripción de lo sucedido en ambas formas, revistiendo la configuración que adoptó la toma de Peñalolén a tres años de su instalación.

Este periodo está marcado por los primeros acercamientos de actores formales externos, lo cual puede ser comprendido como una táctica política por parte del Estado. Pues estos contactos emergieron cuando ya existían ciertas evidencias de agotamiento de la sinergia social de la acción colectiva.

De acuerdo a ello, se describirán los principales aspectos de este periodo, para explicar cómo la acción estatal/ municipal/ o del propietario del terreno afectó en la trayectoria morfológica de la toma de Peñalolén.

c.1) La transformación de la acción colectiva

La manera como el Estado asimiló el conflicto de los pobladores fue con apatía en los inicios de la toma. Esta distancia era coherente con el giro neoliberal adoptado por el Estado durante la dictadura, el cual repercutió en el modo como la institucionalidad interpretó la situación en Peñalolén. Ésta, fue leída como un enfrentamiento entre particulares, cuestión que liberaba al gobierno de intervenir en la búsqueda por una resolución.

“Este es un caso muy especial, porque se trata de una toma de un terreno privado, y si bien tiene un impacto social significativo, es un conflicto entre particulares (...) Esa gente va a tener que volver a vivir donde vivían antes..., a menos que tengan capacidad de ahorro y de trabajo para buscar una solución”⁷

⁷ Jaime Ravinet, Ministro de Vivienda y Urbanismo (2001 – 2004), declaraciones encontradas en fuentes de segunda orden. (Cáceres, 2002:36).

Como se observa en la cita anterior, el Estado no asumió el conflicto de los pobladores de Peñalolén como una interpelación hacia la institucionalidad. Esta negación de la acción por parte de la institucionalidad repercutió en una dilatación del problema. De este modo, el paso del tiempo tuvo efectos perjudiciales para la unidad relativa alcanzada por “La voz” y “Los de abajo”.

“El Estado siempre manejó la información y siempre dijo ‘no, aquí Nazur fue el que autorizó y el que no pidió desalojo para para estas familias’ (...) Entonces el Estado dijo lo más fácil ‘ya, paga éste’. El Estado tampoco quiso asumir el rol de decir ‘no, esto no corresponde. Las tomas de terrenos no se permiten en gobierno democrático’, y tampoco hizo nada” (Poblador, La voz)

El Estado se desmarcó de la situación en Peñalolén al asumirla como una relación de intercambio entre los pobladores y Nazur. A partir de ello, la cita recién presentada da cuenta de cómo el Estado no vinculó la toma con un enfoque de derechos no cumplidos, “lavándose las manos” con la problemática de los “sin techo”.

Este modus operandi del Estado desestabilizó el empoderamiento popular alcanzado por los pobladores. Al no tener una referencia clara sobre con quién se negociaba la conclusión de la toma, se inició un debilitamiento progresivo de la identidad constituida.

“...el dueño era el Nazur, él nos tiraba la pelota mucho. Él nos ofrecía una cosa y el gobierno decía otra cosa. Íbamos a mesas los primeros años, de trabajo, de diálogo, y siempre nos decían una cosa y en el camino después nos decían otra. Como que vulgarmente nos tiraban la pelota para allá y para acá. Nunca había nada concreto”
(Pobladora, La voz)

Así conducido el conflicto de la toma de Peñalolén, los pobladores no encuentran un interlocutor válido con quién negociar la salida de esta movilización. En efecto, aun cuando los pobladores -de “La voz” mayoritariamente-, se habían presentado con un horizonte de expectativas bien definido, era imposible “ponerlo sobre la mesa” en ausencia de un referente externo legítimo. Es posible intuir que una vez superado el desafío simbólico de alcanzar la unidad entre los pobladores, la evolución de la acción

habría sido instalar su problemática dentro del orden dominante. De acuerdo a ello, el “nunca había nada concreto” del párrafo precedente, reviste el aislamiento con que la institucionalidad aprehendió a la toma, erosionando, progresivamente, el tejido social en su interior.

“...empezamos a hacer marchas, marchas por intermedio de la publicidad, por la tele, marchas sociales... un sinfín de actividades como para generar algún ruido y que se dieran cuenta (...) porque en ese tiempo la única respuesta que se dio oficial era que era un problema entre particulares, ósea, cuando dan una respuesta así qué significa, que toda esta gente no existe” (Pobladora, Abajo)

Tal como se señala en la cita anterior, ante una indiferencia estatal, los pobladores se vieron forzados a intensificar la visibilidad de su acción en el espacio público. Sin embargo, el abordaje desarrollado por la institucionalidad -muy coherente con una postura neoliberalista- entendió la pobreza en términos de ingresos administrados por los sujetos, y no desde las necesidades de los actores (FSP, 2013), dando como resultado una invisibilización de la causa pobladora. Esta ausencia de reconocimiento al esfuerzo realizado por los pobladores para encontrar colectiva y activamente una solución, terminó por degradar la autoestima social del grupo (Márquez, 2008)

“Por lo tanto, ayudas sociales nunca llegaron, de ningún tipo. Mucha gente perdió incluso asignaciones familiares por el tema de que no se encuestaban a las familias, no se reconocía el campamento como tal. Si necesitabai una encuesta teniai que ir a la casa de un familiar y encuestarte como allegado” (Poblador, La voz)

Además de no reconocer la lucha que los pobladores estaban dando para resolver de manera directa su condición de “sin techo”, el Estado comenzó a pauperizar la realidad de los pobladores de manera indirecta, a través del aumento de los costos de mantener la movilización activa. Tal como se señala en el fragmento, al ser una toma de terrenos, los pobladores no contaban con una dirección válida que les permitiera recibir sus asignaciones sociales. De este modo, la pobreza comienza a sentirse al interior de la toma, en medida que los beneficios sociales son cortados debido a la

condición de ilegalidad en la que se encuentran, y la no institucionalización del asentamiento como un campamento.

“Entonces eso influyó también, más que la gente perdía sus cosas sociales. Como era el tema de no sólo de asignación familiar, el tema del Chile Solidario, Programa Puente. Todos esos programas al interior del campamento no existían. Influyó bastante el hecho de que el Estado no quisiera reconocer a la toma en sí como campamento en términos de composición social” (Poblador, La voz)

La manera como se desarrolló la institucionalidad trascendió hacia el interior del terreno de Peñalolén. El no reconocimiento de la acción sobrellevada por los pobladores, afectó extendidamente la trama de sentidos que se habían desplegado en los primeros años de la toma, dando pie para el cuestionamiento de los pobladores a la acción conducida, facilitando la descomposición social generalizada. Cabe establecer que esta situación repercutió de igual manera en “La voz” y “Los de abajo”, frustrando el alcance colectivo de la solución habitacional.

Lo pasamos mal sí, porque cuando tú vives así en toma tus obligaciones cambian. Por ejemplo, mi papá tenía que trabajar, a mí me tocaban las guardias, lo que era la bomba de ocho a ocho, de ocho del día a ocho de la noche, o de ocho de la noche a ocho del día, así eran las guardias. Entonces igual era complicado, porque tampoco tenis... no podis surgir. Cómo vay a surgir si tu obligación es esa. Porque si no, te desalojaban” (Pobladora, Abajo)

La toma comienza a ser calculada en razón de costos y beneficios por parte de los pobladores de manera individual. La movilización ya no representa los sentidos de su fundación, así como tampoco existe una colectividad empoderada que puede aguantar los perjuicios de permanecer en la acción. Como se aprecia en la cita anterior, “estar en toma” había trastocado la experiencia cotidiana de sus participantes, impidiendo el surgimiento personal, y asimilándose cada vez más como una carga que un espacio de realización.

“Llegó el colapso de la gente que lo único que quería era irse del campamento. Ósea, si venía alguien y te ofrecía en bandeja una casa, se iban. No importada dónde fuera” (Pobladora, La voz)

Así, con un gobierno y un dueño del terreno que no se muestran en apariencia interesados en resolver la situación, la dilatación del conflicto reproduce en el terreno sentimientos de angustia y ansiedad por lograr la vivienda definitiva, sin importar el horizonte de sentidos con el que habían llegado a instalarse en el terreno. A tres años de haber establecido la toma de Peñalolén, los pobladores empiezan sucesivamente a sobrevalorar el fin instrumental por sobre otros aspectos más políticos, sólo deseando con ello resolver su necesidad material.

En este periodo es posible advertir cómo el proyecto colectivo fue desvaneciéndose en medida que el futuro del colectivo se debilitaba. Ante tal desgaste, la inmediatez se impuso como tiempo prioritario en la experiencia de los pobladores.

A partir de lo anterior, es posible identificar la habilidad política con la cual el Estado manejó el conflicto, erosionando el tejido social articulado a través de la indiferencia. La apatía hacia el conflicto y la retención de los beneficios sociales por parte de la institucionalidad, fueron aspectos suficientes para encender la alerta de que la movilización no estaba funcionando, perdiéndose el ímpetu inicial establecido por los pobladores.

c.2) La estigmatización de la identidad pobladora

“Se estigmatizó mucho de que la gente era delincuente, de que habían entrado al terreno gente que no era de la comuna, que eran de La Pintana” (Poblador, La voz)

En orden a los elementos que se habían señalado como constituyentes del ‘nosotros’, la territorialidad y la pertenencia hacia la comuna de Peñalolén era uno de los componentes transversales dentro de “La voz”. Esta condición los diferenciaba del sector de “Los de abajo”, quienes no eran necesariamente de la comuna, ni se definían en relación a un interés territorial. En este sentido, al construirse una imagen pública que generalizaba una de las formas sociales de la toma (“Los de abajo”) en todo su

entramado social, desacreditaba la identificación política y social elaborada por “La voz”. Esto agudiza las tensiones internas del terreno al fortalecer la diferenciación entre los pobladores.

“Entonces cuando el gobierno empezó a decir que estos son delincuentes, son aprovechados y quieren saltar la lista y que no, que aquí, que allá, que los programas, que un montón de gente y qué sé yo... Entonces creó una imagen del campamento” (Poblador, Abajo)

Así, el Estado construye un discurso negativo en torno a la toma manejando la percepción pública a través de una atribución de prejuicios. Esta manipulación repercute en un deterioro de la legitimidad alcanzada en el espacio público por parte de la toma, interfiriendo en el abordaje mediático hacia ellos. En este sentido, el Estado invalida el ejercicio de la toma de Peñalolén en la opinión pública a través de la metáfora del delincuente, definiéndola como una instrumentalización de la acción para no esforzarse. Esta “utilización” de la acción permite que el problema se indique como de un grupo de inadaptados, y no en función del enfoque de derechos que efectivamente “La voz” había intentado instalar.

“Muchas veces les preguntaban ‘y usted, ¿dónde vive?’, ‘no, yo vengo de ahí del campa....’, ‘ah, no, aquí no”

En definitiva, ante el modo como operó el Estado, sumado al halo negativo con que se manipula la imagen de la toma para la opinión pública, la subjetividad colectiva construida por los pobladores es batida a partir de las prácticas estigmatizadoras. En efecto, al ponerse en discusión las bases de la identidad pobladora, el entorno inicia una clausura de los canales de participación de esa población, marginándolos y castigándolos por pertenecer a un grupo de acciones ilegítimas para los términos del sistema.

c.3) La extinción de lo colectivo

“Al final empezaron a quebrar el movimiento... Claro, y lo lograron. Tarde pero con plata, con espacios, con cosas, lo lograron... Y quedamos a la deriva muchos. Esto fue, quedó la locura” (Pobladora, La voz)

Ante la distancia del Estado, la conflictividad comenzó a situarse dentro de la frontera de la toma. Los recursos de “La voz”, como lo era la solidaridad, la confianza, la reciprocidad y la constitución de un sentido común hacia el cual avanzar, empezó a decaer en medida que lógicas corrosivas de lo social se *tomaban* el espacio. En este sentido, el ‘tiro de gracia’ efectuado por el Estado en contra de los pobladores fue desgajar su unidad a través del ejercicio de relaciones clientelares con los dirigentes de la toma. Así, gracias a un intercambio extraoficial, los dirigentes logran comprometer la salida del campamento.

Y eso, los primeros tres años, los primeros dirigentes... uff... mucha plata a los bolsillos, demasiada. Osea, muchos, muchos dirigentes hicieron muy mal la pega y se dedicaron a lucrar” (Pobladora, La voz)

De este modo, la toma dejó de encarnar una acción política para convertirse en un insumo económico para quienes se encontraban a la cabeza de ella. Las lógicas que se despliegan en este periodo son similares a las indicadas al interior de “Los de abajo”, en medida que responden a una moral y confianza quebrantada.

“...también había gente muy mala, algunas personas les quitaron muchas cosas... hay gente que la engañaron con su ahorro, con su subsidio. Gente que como muchos firmamos sin saber lo que firmábamos...” (Pobladora, La voz, Concurso de cuentos)

“Y hubieron dirigentes desgraciados que aquí mismo, que se vendieron y nos dieron... nos compraron nuestra salida... después supimos que los dirigentes se quedaron con nuestra plata, ellos se compraron camionetas, se fueron a la casas más bonitas que tiene este país” (Pobladora, La voz)

Tal como se observa, comienza un proceso de degradación valórica y moral al interior del campamento en manos de los dirigentes de la organización. La masa de

pobres desesperados conduce a la emergencia de una situación vertical entre los dirigentes y los pobladores comunes, donde los primeros tienden a manipular y aprovecharse de su condición de poder. El sentido de la acción transita desde una identificación colectiva correspondiente a la posición estructural en la cual se encontraba “La voz” y “Los de abajo”, hacia una acción de corte abiertamente individualista. El ambiente de desazón que se encuentra en el campamento asoma como un caldo de cultivo que termina reforzando la situación empobrecida.

Considerando que son los dirigentes quienes funcionan como puentes entre el exterior y la toma, terminan centralizando información, la que se vuelve el capital más relevante en este periodo. De este modo, al igual que en la “Granja de los Animales”, la ignorancia determina una sumisión y credo acrítico de los pobladores comunes frente a los dirigentes.

“... hay dos hueas que influyen mucho, en que una persona haga bien o mal su trabajo. Yo creo que un dirigente que tiene que ver mucho con plata y poder se corrompe. Cachai, el tema de las cuotas sociales, el tema de pedir plata, el tema de hacer un trámite y pedir plata... eso corrompe” (Pobladora, Abajo)

Así, se comienza una progresiva desarticulación del grupo de pobladores, desplegándose sentidos múltiples y unitarios que terminan soterrando el tejido social del colectivo. Esto es vinculable con una opción valórica adoptada por los dirigentes, distinta a la desarrollada en el primer periodo del campamento, impactando de manera negativa sobre las construcciones de sentido alternativas identificadas dentro del ethos de “La voz” en su etapa inicial.

Es pertinente indicar que el párrafo anterior se está significando con la perspectiva del tiempo, en medida que la memoria conecta la sucesión de momentos. Dicha disposición no era tan nítida cuando se estaba inmerso en la situación descrita.

“Si este hueón tenía buenas ideas, sabís lo que pasa cuando se mete la política deja la caga. Este hueón se volvió a la política y empezó a ver sus intereses personales por sobre la de la comunidad...” (Pobladora, Abajo)

La última cita expresa un creciente debilitamiento de los sentidos colectivos, multiplicándose las acciones que se correspondían con encontrar soluciones de manera individual. Este procesamiento se encuentra muy en sintonía con la incorporación de lógicas capitalistas dentro de la trama de la acción colectiva, tal como lo señalan otros estudios; *“en el seno de la conciencia popular se ha integrado las supuestas ventajas de la conducta individual. En el marco de la hegemonía del individualismo neoliberal, los problemas particulares sustituyen a los problemas sociales, abriendo paso a una práctica disociada”* (Goicovic, 1996:12).

Esta situación es propia de lo que se denomina “efectos perversos de los programas sociales”, en medida que se focalizan las capacidades individuales en desmedro de las prácticas colectivas (Posner, 2012).

La emergente disociación que se instala en el terreno separa lo político de lo social. El posicionamiento dentro del ordenamiento de la toma, pasa a ser un capital que sitúa a algunos pobladores favorablemente por sobre el resto. Los dirigentes dejan de ser representantes de un estado de cosas, y más bien velan por sus intereses personales considerando la posición aventajada con respecto a los otros pobladores. Así, la acción colectiva se transforma en un despliegue instrumental y estratégico, una vía para lograr una situación económica superior a la de sus vecinos.

“...la que tomaba todo siempre era la A. P. A mí me habían mandado como dos camiones para mi gente y nunca llegaron, la A. P. los atajaba afuera... eh... ‘buscamos a M. S.’, ‘sí, soy yo’, ‘ya, aquí le traemos...’. Se hacía pasar y nos robaba la cosas, la A. P.” (Pobladora, La voz)

“Entonces la gente reclamaba po, y los dirigentes decían ‘¿ah, usted está reclamando?, váyase del comité’, y tiraban un par de chuchas y chao no más po”
(Pobladora, La voz)

La transformación de los sentidos asociados a la acción colectiva, tuvo como consecuencia directa acciones y relaciones que degradaban la forma original con que la toma se había instalado en el terreno. Como es posible de apreciar en ambas citas presentadas, una vez que los dirigentes se volcaron a sus beneficios personales y los

pobladores a la inmediatez por salir del campamento, se produjeron vicios y manipulaciones propias de una situación de sobrevivencia.

“...y mi mami estaba así como ‘ya vámonos, ya, no importa lo que sea, da lo mismo, departamento, lo que sea, usted nos quiere mandar a chunchunco city, nos vamos a chunchunco city’” (Pobladora, Abajo)

Surge un “presentismo” entre los pobladores, donde el futuro se diluye en función de una exacerbación del tiempo presente (Harvey, 1990). Como consecuencia del debilitamiento del horizonte de expectativas, se observa un creciente proceso de fragmentación, apoyado en la ausencia de articulaciones identitarias sólidas y lazos sociales que soporten la continuidad de los pobladores en el tiempo.

Con el actor colectivo dividido, se retoma una situación de marginalidad social, donde la otredad y la diferenciación social son ecos de la manera como el orden político aborda estratégicamente los conflictos colectivos. Parafraseando a Goicovic, al ser el mundo popular incapaz de constituirse como un actor sólido, la amplia masa de excluidos sociales ya no representa una amenaza para el sistema, validando el ejercicio del orden social sobre ellos.

c.4) Síntesis

“La voz era demasiado cerrada, ellos fueron los culpables de haber quebrado porque ellos querían hacer una isla dentro de este país, una ley muy revolucionaria”
(Pobladora, Abajo)

Tal como lo señala Berman, *“cualquier forma imaginable de conducta humana se hace moralmente permisible en el momento en que se hace económicamente posible y adquiere <<valor>>; todo vale si es rentable”* (Berman, 1989:108). Lo sucedido en la toma de Peñalolén es una buena expresión de las repercusiones del sistema capitalista en los tejidos sociales. Esto, porque aun cuando “La voz” intentó desplegar acciones y relaciones autónomas con respecto al orden circundante, fueron esfuerzos insuficientes considerando la fuerza de las dinámicas socio-políticas y económicas hegemónicas en el periodo de instalación de la toma.

Como es posible de anticipar, este periodo no se corresponde con una forma de acción colectiva, sino al contrario, da cuenta de su dispersión. En este sentido, existe una ausencia de **finés, medios y relación con el espacio**, coincidiendo, más bien, con una reinterpretación por parte de los pobladores de la acción desplegada hasta ese momento.

La indiferencia con que el Estado abordó esta acción colectiva implicó un desgaste del empoderamiento popular alcanzado por la toma hasta ese momento, logrando que los pobladores se tornaran hacia ellos en busca de explicaciones. Este giro del lugar donde se establece la conflictividad, introduce el foco problemático dentro del terreno, repercutiendo en un creciente desencanto para con la organización y comunión pobladora.

“Ahí nos dividimos todos, ya hasta los vecinos no nos mirábamos más... nos enemistamos, no sé, no nos hablamos en las calles, nos dejamos de saludar”

(Pobladora, La voz)

Expresión de lo anterior, es la degradación ética y social observada al interior de la toma. En este sentido, los principios que orientan las acciones y los tipos de relaciones consecuentes, se condicen con una construcción política definida únicamente en términos instrumentales y estratégicos, abandonando el principal insumo de “La voz”: la unidad social. De acuerdo a ello, las acciones no encuentran un fundamento futuro hacia el cual encaminarse, y al contrario, se encadenan en función de la sobrevivencia y el pragmatismo.

Así, se instaló una privatización de la lucha por la vivienda en manos de cada familia. El progresivo cese de las relaciones de camaradería se observa en el crecimiento “hacia dentro” de los núcleos familiares instalados en el terreno, los que abandonaron los espacios comunes y las dinámicas comunitarias, para relegarse en el interior de sus casas autoconstruidas, a la espera de la posible solución.

A partir de lo ya señalado, es posible comprender por qué esta degradación organizacional no puede ser considerada una forma de acción. En efecto, al atomizarse ambas formas sociales originales, los componentes de la acción para este periodo

están en transición hacia una nueva definición de la acción colectiva. Por ello, la descripción de este momento al interior de la toma de Peñalolén es fundamental para comprender las transformaciones de sentidos al interior de este fenómeno social.

d) LA RESTRUCTURACIÓN DE LA ACCIÓN COLECTIVA

Considerando el periodo de la descomposición organizacional, anteriormente descrito, la acción se encuentra fracturada y emocionalmente debilitada debido a la sensación de fracaso del proyecto colectivo en manos de los dirigentes. Este contexto permite al Estado intervenir el territorio de la toma, resolviéndola de manera parcelada con una primera gran erradicación. Entre los años 2005 - 2006 el campamento se reduce en un sesenta por ciento. La solución obtenida permite que la gran mayoría de los pobladores erradicados residan en la comuna, en los conjuntos habitacionales conocidos como “*casas chubis*”, haciendo alusión a su tamaño y colores.

“Fue trágico, humillante, yo creo que... mira, penca, frustración, rabia, humillaciones, no saber qué hacer, depresión pero así full desconcierto.... Así me sentía, así nos sentíamos todos. Porque mucha de la gente que nosotros quedamos no entendíamos, ¿a dónde teníamos nuestra chubi?, peleamos por nuestra chubi, nos cagamos de hambre por la chubi cachai, pasamos las de Kiko y kako por la chubi, y vay al SERVIU y preguntai, y te dicen ‘no señora, a usted la reemplazaron por Juanito Los palotes’, y vay haciendo averiguaciones... ‘¿cómo, uno de nosotros se las vendió a estos viejos?’” (Pobladora, Abajo)

Como se observa en la última cita presentada, lo que queda en el campamento son pobladores estafados, heridos, desorientados. Muchos de ellos, aun teniendo el ahorro necesario fueron dejados fuera de las soluciones habitacionales, y debieron soportar el lado más amargo de la movilización: cargar con una toma que se había erradicado tanto para los medios como para la oficialidad. Además, se encontraban moralmente muy disminuidos al haber sido testigos de cómo sus dirigentes habían vendido sus ideales.

“Hubo gente que quedó sin solución, por ejemplo la G., otros quedaron afuera... otros no tenían las lucas, se quedaron ahí por no tener las lucas. Otros se quedaron

porque les gustaba vivir gratis. Otros, porque el dirigente los dejó afuera, así no más, así de simple. El P. L. se aprovechaba mucho de la gente, 'no mira, págame tanto y yo te voy a dar una casa esquina', y nunca fue po" (Pobladora, La voz)

"Ellos se quedaron tirados porque... porque los dirigentes se metieron con el narcotráfico, entonces a los dirigentes no les convenía terminar por nada del mundo eso" (Pobladora, Abajo)

Tal como se observa en los fragmentos anteriores, en el campamento queda una heterogeneidad de pobladores que no encuentran un fundamento común con el que aglutinarse para apoyar su acción. Lo que reside en el terreno es contradicción, desesperación y frustración, desarrollándose una población sin ningún objetivo al cual aferrarse, vaciada de dirección.

"Aquí quedamos en un basural, expuestos a las infecciones, todo lo que habíamos construido se tapó y quedamos tirados" (Pobladora, Abajo)



Foto facilitada por Carolina Sanhueza de su álbum fotográfico personal. Autor desconocido. Se presume que fue capturada entre el 2005 y el 2006, cuando se estaba gestando la primera erradicación de la toma. Como es posible de apreciar, una vez pactada la primera salida de pobladores, el gobierno se apropia del espacio, desmantelándolo. Esta intervención reformula la identificación pobladora que permanece en el terreno, pues la épica es arrasada en manos de la oficialidad.



Foto facilitada por Atiliano Calderón de su álbum fotográfico personal. Fotografía tomada por él, el año 2006, una vez que se había producido la erradicación. Se observa en la imagen el producto de la intervención del Estado luego de destruir buena parte de las viviendas autoconstruidas por los pobladores. La fotografía es elocuente en transmitir la frustración, el fracaso, la exclusión y el abandono experimentados por los pobladores.

d.1) El periodo de subsidencia

“Y ahí se fue quedando la gente en el campamento. Más de quinientas familias quedaron ahí y nos empezamos a organizar de nuevo. Y empezamos a hacer alianzas con allegados de afuera. Nuestra primera intención era dejar establecido ante la opinión pública que el campamento todavía existía. Le dijimos una vez a Ravinet ‘oiga señor, usted cuando mire al campamento -ya había entregado las casa chubis-, se va a dar cuenta que hay gente, que quedó ahí gente, y los motivos fueron varios”

(Poblador, La voz)

De acuerdo a lo señalado por Salazar, los periodos de subsidencia surgen posterior a la derrota de los movimientos populares. En ellos, es posible dar cuenta de procesos de reagrupación de los colectivos, abandonando lo político, nacional y público,

para situarse en lo social, lo privado y lo subjetivo (Salazar, 2001). Por ello, parafraseando a Latour, “reensamblar lo social” es la prioridad de esta forma de acción. Tal como se observa en la cita dispuesta, se intenta devolver a los pobladores una proyección para el tiempo futuro, una épica, cuestión que implica resignificar la acción para restituirle los sentidos a la lucha emprendida.

Para el grupo que queda, el pasado compartido no es una fuente de identidad, sino al contrario, es el fracaso del presente el que emerge como una posibilidad de reaglutinar los pedazos que dejó la organización disuelta.

“Esta el window, el ventana Corvalán, ese hueón se quemó a lo bonzo para mostrar que todavía quedábamos gente. Que todavía quedábamos familias. Ese era, porque en ese tiempo, cuando se estaba haciendo el tema de las chubis, en toda la prensa salía ‘la gran erradicación’, pero en ningún parte decía ‘oye, ojo que queda más gente acá’. Para toda la gente quedó en el inconsciente que nos habíamos ido, y por eso, todas esas cosas que se hicieron era para dar a la luz que nosotros todavía existíamos. Y todas esas movilizaciones la hizo la gente que no era de la directiva antigua, sino que era gente nueva que quería salir adelante...” (Pobladora, Abajo)

Así, recuperar las confianzas en el plano local y vecinal era el desafío que debían enfrentar los pobladores que permanecieron en el terreno. Por tanto, este periodo de la acción colectiva se encuentra atravesado por las interacciones y relaciones que deben, por una parte, reposicionarla en el espacio público, como así también retomar la senda que se había perdido antes de la erradicación. De algún modo, se debe derribar el aislamiento con que la opinión pública se refería a la toma de Peñalolén.

De acuerdo a ello, analizando el párrafo anterior, es posible observar la necesidad de intensificar las estrategias para que el espacio mediático no olvide a los pobladores de la toma. La mayor preocupación era lograr el objetivo a partir del cual se habían instalado en el terreno, y esa intención no terminaría hasta alcanzar la vivienda definitiva. Se constituye, de esta manera, un nuevo espacio social, el cual si bien emergía en las prácticas individuales o de colectivos pequeños, de todas formas

fortalecían la identidad del grupo, al manifestar que los pobladores de Peñalolén no habían desaparecido.

“En ese tiempo estaban las famosas casas Renca, y yapo, yo me asocie con ellas porque la mina era como... como que ‘no, no se preocupen, yo voy por el pueblo, con él, yo voy a todas porque yo fui estafada y porque creo en que las cosas se hacen limpias’” (Pobladora, Abajo)

En este sentido, las dimensiones existenciales de la experiencia, como lo son las definiciones del “ser y el estar”, surgen como aspectos que permiten reunificar al grupo, pues los que se habían quedado en el terreno estaban atravesados por el engaño. A pesar de que la unidad ya no descansaba en el componente territorial, y de hecho, pesaba mucho más una concepción instrumental de la acción, se seguía valorando la asociatividad como estrategia para lograr la vivienda. De acuerdo a ello, los pobladores, a pesar de lo herido que estaban, se reposicionaron a través del ejercicio de relaciones solidarias que lograran atenuar y cicatrizar el dolor por las expectativas no cumplidas.

“De ahí empezamos a hacer alianzas con los comités, con la intención de retomar el terreno. Y se organizaron distintos comités, también afuera, con dirigentes que habían tenido bastante experiencia en términos de organizar familias... y formamos una alianza entre gente que vivían dentro del campamento y gente que se organizó en comités de allegados, y empezamos a dar la discusión” (Poblador, La voz)

Así, los pobladores, primero aisladamente, luego en pequeñas fracciones grupales, vuelven a recomponerse. La organización devolvía los aspectos intersubjetivos a los pobladores, quienes re-depositaron sus esperanzas en proyectos reducidos a plazos concretos y en función de un horizonte material.

De acuerdo a lo señalado por Zemelman, es posible distinguir en este periodo de latencia -en palabras de Melucci- la fase de la experiencia grupal. En este sentido, si bien producto las lógicas de poder y maximización de los beneficios individuales -anteriormente indicados- se disolvió la construcción del ‘nosotros’, de todos modos los individuos mantuvieron la afinidad con el ideal de los nucleamientos. Lo grupal sigue siendo la opción para alcanzar la vivienda. Sin embargo, la forma de lo grupal difiere de

las otras lógicas identificadas, ya que la inclusión al grupo está más dado por una expectativa instrumental, donde la activación de una subjetividad colectiva no se encuentra dentro de los planos de acción de los pobladores.

¿Es posible volver a apropiarse del contexto para incorporar nuevos contenidos a la acción y rearticular una subjetividad constituyente para el grupo de pobladores? ¿Es posible constituir un nuevo proyecto?

d.2) La retoma como una expresión visible de la “nueva” acción colectiva

“Nosotros quedamos como quinientas familias al interior del terreno, pero habían mil allegados, entonces nosotros decíamos ‘ok, estamos dando la pelea desde adentro del terreno, pero también desde afuera. Si ustedes (el Estado) no acogen la demanda de buscar la solución en el terreno de Nazur, o nos compran otro terreno, o nosotros nos tomamos el terreno. Y ese siempre fue el gallito. Entonces nosotros dijimos ‘nos vamos a tomar el terreno de Nazur’ y fue como una amenaza pública, no así escondidos” (Poblador, La voz)

La reinstauración de una orgánica al interior del terreno estuvo dada por la inserción de la práctica que ha constituido al poblador por excelencia, esto es, volver a tomarse el terreno. En este sentido, la reconstrucción del ‘nosotros’ no sólo atiende a las consecuencias negativas del periodo anterior, sino que la retoma aterriza nuevamente la pertenencia del colectivo a un espacio concreto, al mismo tiempo que se refuerza lo compartido, resignificándose la lucha. De acuerdo a ello, el ejercicio de repoblar el terreno, permite inferir la existencia de un trasfondo político que devuelve al colectivo y a la unidad la llave para transformar sus condiciones de existencia.

“Bueno ok. Si paralelamente estaba el camino legal que decíamos nosotros, vamos al ilegal que era la toma. Entonces empezó quedando atrás este camino y se siguió avanzando en el otro y se hizo la retoma” (Poblador, La voz)

De este modo, la naciente organización logró empoderarse al devolver la acción a los pobladores, terminando con ello el estado de suspensión en el que quedaron luego de la primera erradicación. En efecto, la retoma permitió que recirculara la

sinergia social que había constituido la toma en primera instancia, dando cabida a una actualización de los sentidos que la organización anterior había sembrado, y que eran valorados por constituir los principios de la unidad. La pertenencia era canalizada por este resurgimiento de la asociatividad pobladora, cuestión que facilitaba el compromiso de los pobladores con el colectivo.

“Por la doce se trató de hacer, y por la ocho se trató de hacer... hacer una retoma.

Se convocó a una cantidad de allegados de afuera, que vinieran a tomarse el terreno, en la cual nosotros como familia de lo que era la toma, les íbamos a apoyar.

Tú comprenderás que llegaron trescientas familias... con trescientas familias...

Entonces trataron de meterse aquí, meterse entremedio de las casas y toda la huea, y no pudieron porque había carabineros por todos lados...” (Pobladora, Abajo)

Sin embargo, si bien se había dado inicio a una nueva etapa de producción simbólica, el proyecto no logró convocar a un grupo que pudiera contener la represión ejercida para reducir la acción. Ante la ausencia de un ‘nosotros’ bien constituido el proyecto no alcanzó ni siquiera a instalarse nuevamente en el terreno. Los costos de participar en la acción, que eran conocidos por lo que estaban dentro y fuera del campamento, eran demasiado altos en relación al improbable acceso a la vivienda propia. Así, con una acción colectiva que no cuenta con el respaldo social suficiente, la institucionalidad logra una rápida dispersión del proceso que ni siquiera alcanza a desplegarse.

d.3) La expropiación definitiva del terreno

“No resultó. Entonces nosotros dijimos ‘bueno, cuál es el camino a seguir después de haber quedado con todos los cartuchos quemados’, no nos resultó el tema de la retoma y la gente con impotencia” (Poblador, Abajo)

Luego del fracaso de la retoma, los pobladores se encuentran desorientados sobre las acciones posibles a seguir. En efecto, el terreno fue intervenido por la institucionalidad, colonizándolo a través de la instalación de un retén de carabineros que facilitaba la contención de cualquier intento de irrumpir dentro de él. Esta modificación de las fronteras de la toma transformó la identidad del lugar. El interior ya

no se correspondía con un espacio autónomo para los pobladores, dejando de constituir el componente espacial la identidad del grupo. El terreno, al dejar de pertenecer en términos simbólicos a los pobladores y al volverse un lugar intervenido por el Estado, sucumbió a una resignificación y readecuación de los sentidos asociados al espacio por parte de los pobladores. Por consiguiente, la producción simbólica asume al terreno como un lugar de paso, un “no lugar” (Auge, 2000).

“Hasta que un día me entero que el terreno de nosotros rebotaba porque no había densidad. Porque la densidad del terreno no era apta para construir viviendas básicas” (Poblador, Abajo)

Como se aprecia en el extracto anterior, la oficialidad, para contener los avances de la acción pobladora, establece una respuesta técnica que logra aplacar todo el entramado simbólico que los pobladores habían constituido dentro del terreno. El espacio no podrá ser habilitado de manera definitiva. De este modo, la consciencia de que los pobladores pueden transformar sus condiciones de existencia a través de la unidad y la lucha es vaciada de sentido al ‘chocar’ contra las lógicas tecnocráticas del Estado. De acuerdo a ello, al ser excluidos de la solución habitacional y al privarlos de constituir una experiencia colectiva que defina su futuro en sus términos, los pobladores quedan desmoralizados y sin campos de acción posibles. La espera de alguna solución es la actitud que define mayormente este periodo dentro de la toma. En efecto, el terreno deja de ser un espacio productor y constituyente de lo social, para reducirse a su pura propiedad física. Esta transformación afecta la sensación de seguridad al interior del terreno, pues al ser una población en tránsito, el Estado tiene la posibilidad de disponer de ellos según crea conveniente. Con ello, se invisibiliza la acción y la demanda colectiva, identificándolos como pobres a los que hay que otorgarles asistencialidad –a través del subsidio- para que logren un techo.

“Y aquí, supuestamente aquí, aquí donde estamos ahora, íbamos a estar un año solamente, nada más. Pero seguimos aquí. Ya vamos a cumplir seis años aquí arriba. Desde la reubicación que íbamos a estar por un año, ya llevamos seis”
(Pobladora, La voz)

En consecuencia, los pobladores vuelven a vivir la sensación del fracaso organizacional. Al ser el espacio el marco en el que se instituyó la acción colectiva, ésta fue perdiendo progresivamente sentido en medida que el terreno tomado ya no era una posibilidad de concretar lo que los pobladores se habían dispuesto originalmente. En definitiva, tal como lo conceptualizó Lefebvre, al arrebatárles a los pobladores un marco de su experiencia, se trastocan las dimensiones constituyentes de ella. Esto es, el espacio percibido, que ahora era privatizado perpetuamente; el espacio concebido, que ya no referiría más una construcción identitaria; y el espacio vivido, el cual lentamente pierde la apropiación simbólica al determinarse la imposibilidad de albergar el sueño de los pobladores (Lefebvre, 1974).

d.4) Síntesis

Con el grupo quebrado a partir del avance de lógicas corrosivas de lo social por un lado, más un oportunismo por parte del Estado para negociar diferenciadamente con algunos dirigentes, se desarrolla la primera gran erradicación del campamento. Entre los que quedaron en el terreno se asume el fracaso del proyecto colectivo instalado por “La voz”, volviéndose necesario nuevos liderazgos para alcanzar la vivienda definitiva. Si bien la autoestima social de este periodo se encuentra debilitada, se instala una confianza entre los que permanecen en el terreno, al identificarse como igualmente engañados. En este sentido, se desarrolla una empatía entre los que permanecieron en el campamento, sentimiento que les permite volver a organizarse y refundar la toma de Peñalolén en aras de lograr el objetivo de la vivienda.

Sin embargo, en esta rearticulación de la acción colectiva, el Estado establece, por primera vez, la inhabilidad del terreno para soportar la construcción de una población en su interior. Este despojamiento de la dimensión espacial de la acción, repercute en un vaciado de los sentidos incorporados a la toma por parte de los pobladores. Así, los pobladores quedan sujetos al trato de la institucionalidad.

A partir de lo señalado por Ranciére, *“finalmente (...) surge una evidencia doble: la evidencia de que las formas de dominación que obtienen hoy en día nuestras sociedades son indestructibles, y la evidencia de que aquellos que se rebelan contra*

aquellas formas de dominación, serán los mejores cómplices del sistema” (Ranciére, 2010:86), es posible advertir el ocaso de esta acción colectiva pobladora

a) Dentro de esta etapa de la acción es posible identificar la presencia de un único **fin** extendido por todo el campamento. Considerando lo sucedido anterior a la primera erradicación, la resignificación de la acción se orienta en reconstituir el ‘nosotros’ para **alcanzar la vivienda**. Retomar la visibilidad permite devolver piezas de identidad a los pobladores, reorganizándose en función de un horizonte de expectativas concretas.

b) En relación a los **medios** operados en este tramo de la acción, se encuentra un **sentido de colectividad estratégico**. Ante ello, es necesario reunificar la base social pobladora para contar con el capital social que reactive la acción. Por ello, los sentidos asociados a la acción manifiestan la contradicción entre la desconfianza y la persistencia de lo social, en medida de que se comprende que la colectividad es la vía para alcanzar el objetivo dispuesto. De acuerdo a ello, dentro de esta paradoja se inscriben los límites y las potencialidades de esta fase de la acción colectiva.

c) La **relación con el espacio** cobra vasta importancia en esta forma de la acción colectiva. En efecto, por un lado el debilitado ‘nosotros’ lograba materializarse en el terreno a través de una retoma que permite reagrupar al cuerpo social de los pobladores. Sin embargo, una vez que el **espacio es negado como marco en donde se sitúa la experiencia de los pobladores**, el ‘nosotros’ queda totalmente desprotegido del exterior, inhabilitándose como referencia modeladora de los sentidos contenidos dentro de él. En otras palabras, el espacio deja de habitarse en medida que las prácticas sociales inmersas no conducirán hacia el logro del objetivo concreto, debilitando la noción de necesidad del colectivo y reforzando una entrada individual como la posibilidad para acceder a una vivienda.

d) La forma adoptada por la acción colectiva de este periodo de la toma se encuentra dependiente del manejo de la institucionalidad. En este sentido, la estrategia de exclusión liderada por el Estado permite introducir lógicas de individualidad que aseguran la sobrevivencia particular. El proyecto común, por tanto, no encuentra un

espacio concreto donde situarse y, de hecho, se instala la cultura dominante como vía plausible para acceder a la vivienda. El diagnóstico del problema social ya no sirve como potencial de la acción, pues el elemento motivacional –el terreno- está desarraigado de la experiencia colectiva. Los pobladores, desanclados de su territorio y de su acción, quedan a la deriva, a la espera de manos externas que los consideren.

“No encuentro que haya sido una buena organización porque los ideales era luchar este terreno. El concepto de irte a una toma es tomarte el terreno. Y se te construye donde tú te tomas. Yo siento que fue... no siento que haya sido como algo significativo para las personas en general” (Poblador, Abajo)

d) Queda en evidencia la transformación de la acción pobladora a partir del manejo estatal. Los pobladores se reconfiguraron como un eco de las disposiciones de la institucionalidad, y no de manera independiente como lo habían hecho hasta ese momento. Así, la forma adoptada por la movilización en Peñalolén no encuentra una apariencia definible, pues tanto los medios como la relación con el espacio les son despojados a los pobladores, repercutiendo sobre el modo como se interpreta la finalidad de la acción. De esta manera, la **memoria se orienta al presente** en este periodo, concentrándose en una asimilación negativa de lo desplegado por los pobladores, pues pierden en ella la capacidad de acción y transformación de su situación social. Esta enajenación de su producción simbólica repercute en el modo como se identifican ahora dentro de la toma, definiéndose más por su condición de pobreza y no por el actor colectivo desplegado.

e) EL PREDOMINIO DE LO INDIVIDUAL SOBRE EL COLECTIVO

Para esta última categoría, se hará uso tanto del material discursivo de las entrevistas, como de las imágenes capturadas durante el taller de dibujo y fotografía. Entre ambos materiales se logrará construir un correlato de lo observable de la acción colectiva hoy, así como también revelar las valoraciones existentes en torno a la experiencia compartida.

Cabe establecer que, por razones obvias, esta forma de acción es la única que cuenta con material visual levantado por la misma investigación, implicando hacer uso

de una metodología específica, que permita comprender el lenguaje visual en los mundos sociales de sus productores. De acuerdo a ello, el análisis de las imágenes se construyó “artesanalmente”, más próximo a las intuiciones que a un método estricto. Pues, tal como lo señalan números autores, *“la integración de imágenes sigue siendo hoy en día un problema para el investigador, ya que éste se ve ante la situación de tener que ir más allá de las formas tradicionales (...) superando la “censura del pudor científico””* (Barboza, 2002:406).

En este sentido, el trabajo con los archivos visuales en esta investigación está influenciado por la propuesta de análisis documental elaborada por Karl Mannheim (1995). A partir de ello, dentro de una fotografía o dibujo se reconocen tres niveles coexistentes: el relacionado con la **descripción de elementos internos** que se encuentran manifiestos en la fotografía; otro, asociado a los **acontecimientos externos** a la imagen, es decir al lugar social desde donde es producida la obra; y el tercero es la **integración de ambos niveles anteriores** en una interpretación de la imagen, considerando tanto su contenido interno como la información social en relación a ella.

e.1) La negación de la identidad pobladora

“Pero la gente, la mayoría, va a llegar allá, a su metro cuadrado y se va a encerrar, no quieren compartir nunca más, porque quedamos hasta acá (señala la coronilla) de ‘que tienes que ir para allá’, ‘que tienes que pagar esto’” (Pobladora, La voz)

En función del periodo anteriormente identificado, se dio un giro con respecto a las formaciones colectivas que constituyeron al actor en Peñalolén. En este sentido, esta última etapa de la toma es conducida por un sujeto en tránsito que no logra desplegar sentidos que superen lo únicamente instrumental e individual. Es pertinente indicar que la cita anterior da cuenta del tiempo más actual de la acción, y como tal, existe un sentimiento cruzado por las condiciones de presente. Esta “falta de distancia” con respecto a los últimos acontecimientos al interior de la toma, puede explicar por qué los pobladores se distancian de la organización pobladora como vía para la integración social.

De acuerdo a ello, la toma manifiesta una realidad similar a la observada a lo largo del sistema social, en medida que el miedo y el rechazo al Otro vuelven a instalarse en la práctica cotidiana. Esta inserción define una diferenciación entre pobladores, legitimando las lógicas hegemónicas que desvinculan a los cuerpos sociales a través de la competencia entre ellos.

“La vida es muy cruel a veces. Te enseña a palos que no hay que ser tan confiada, que no hay que ser tan entregada con la gente. La vida es realmente cruel”

(Pobladora, Abajo)

La acción colectiva tras la toma de Peñalolén, a partir del repertorio de conductas propuesto por el sistema dominante, queda atrapada en prácticas antisociales como el engaño o el aprovechamiento entre pobladores, determinando el trascurso de este proceso. Así, el sentimiento que persiste es pesimista con respecto a la colectividad, y al reconocimiento de ella como un marco de referencias identitarias. Lo que se instala es una diferenciación y una desconfianza con respecto a las racionalidades ajenas. El Otro se presenta como un extraño que siempre puede introducir lógicas corrosivas o legitimidades alternativas a lo social. En definitiva, luego de quince años en toma, la comunidad tras la acción colectiva no se presenta como un garante de solidaridad, confianza o reciprocidad. Efecto de lo anterior, es la no identificación de los pobladores en sus vecinos, dificultando el reconocimiento entre ellos como grupo social.



Dibujo realizado por Darling Estrella durante el taller 'dibuja tu toma' efectuado dentro de esta investigación.

Considerando lo señalado, tal como se observa en el dibujo, la vivienda, constructora de la identidad del poblador por antonomasia, se presenta sin ningún tipo de detalle. Sólo una chimenea prendida en un día en el que claramente brilla el sol. Esta disposición permite inferir la valoración del “calor” para la niña que hizo este dibujo, tanto externa como internamente, cuestión que puede ser relacionado con la expectativa del hogar, antes que la vivienda en concreto.

Además de ello, a diferencia del resto del dibujo, la casa quedó en color lápiz mina, y evidentemente representa el lugar de menor preocupación al interior de la trama simbólica presentada por este dibujo. En efecto, de acuerdo a todos los elementos planteados en la imagen, la vivienda no sólo es secundaria, sino que incluso es posible interpretar una negación del elemento central que define al poblador.

“Ya no puedo echar el tiempo atrás pero si yo hubiese decidido, si hubiese podido decidir, yo hubiese preferido no llegar para acá. Las penas más grandes las he pasado acá, las humillaciones más grandes las he pasado acá” (Pobladora, Abajo)

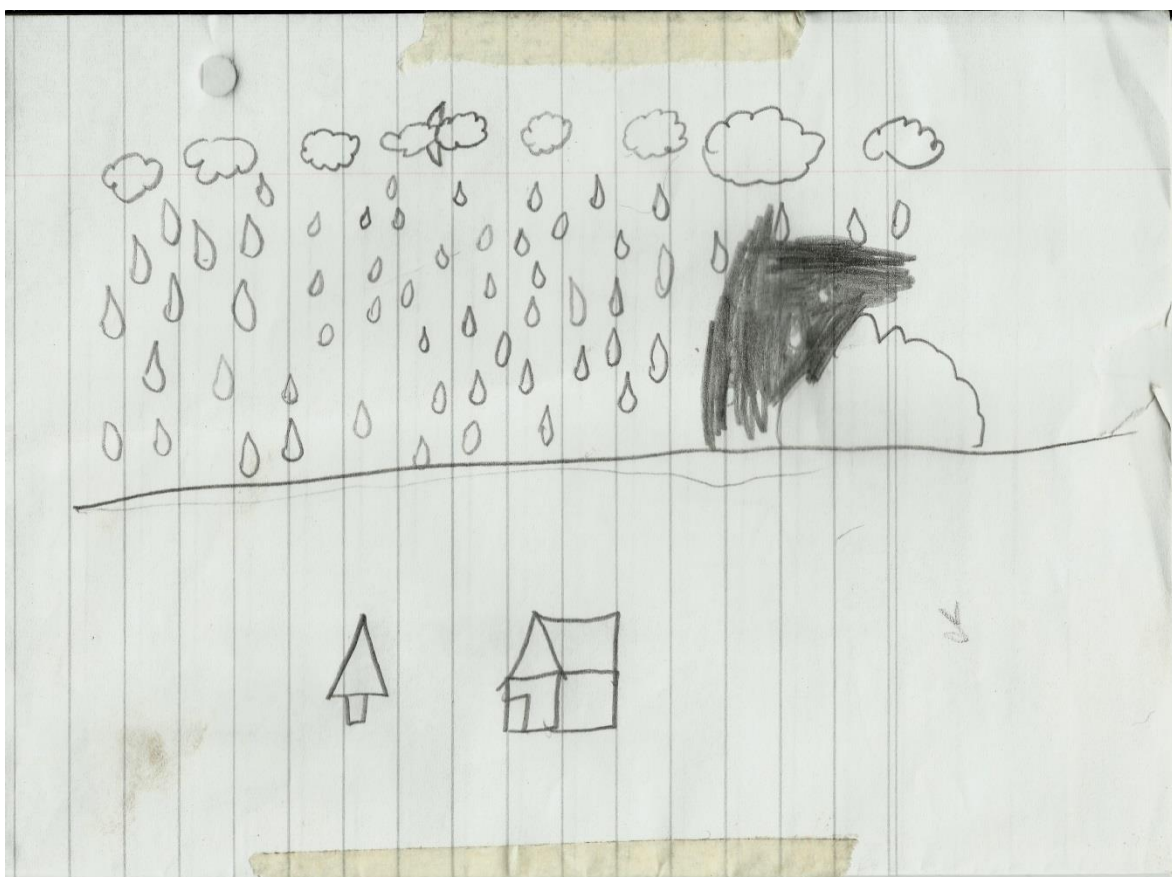
A partir del extracto anterior, es posible indicar el modo como se instaló la ingratitud de haber participado dentro de esta toma de terreno. Es pertinente destacar que esta entrevista se realizó antes de que los pobladores obtuvieran el subsidio para sus viviendas definitivas, por lo que la característica que cruza este momento es la desazón de no tener ninguna certeza para el futuro. A partir de ello, se entiende la percepción de “arrepentimiento” que surge entre los pobladores que permanecen en el terreno, pues parece ser que nunca imaginaron la prolongación de esta acción colectiva.

Además, cabe recordar que en términos emocionales, el presente pesa más en las memorias de los pobladores que el pasado, resignificándose la experiencia total a partir de los últimos sucesos.



Dibujo realizado por Vicente Aldea en el marco del taller 'dibuja tu toma', efectuado dentro de esta investigación.

En función de lo anterior, es comprensible la construcción de mundo del último dibujo presentado. Es posible apreciar en éste el modo como el piso de barro acapara la escena. Se advierte su infertilidad, dureza y frialdad, en oposición a la casa, que es un objeto de menor importancia en relación al suelo. De acuerdo a ello, considerando el valor de uso que los pobladores otorgaron al territorio, constituyéndolo un componente en la construcción de su identidad, es factible reafirmar este creciente proceso de negación percibido dentro del campamento. Al presentarse un suelo hostil, inorgánico, e incluso lejano con respecto a la vivienda, es posible interpretar una distancia en relación al terreno, en el sentido de que éste no pertenece ni permite la vida. Por lo tanto, se presume que la identidad queda desarmada a partir de la ilusión no cumplida de la instalar la vivienda en el lugar donde se asentó la toma.



Dibujo realizado por Pablo Toro durante el taller 'dibuja tu toma' en el marco de esta investigación.

El último dibujo presentado permite consolidar esta dislocación de la acción en la construcción de las identificaciones de los pobladores. Tal como se observa, hay una casa y un árbol dentro de un escenario no muy favorable. De hecho, es posible apreciar la lluvia y la noche como elementos aportados desde el mundo personal del niño en su dibujo. La presencia de estos fenómenos, que se asocian a un ambiente adverso, especialmente en una toma de terrenos donde ni las casas ni el suelo poseen la impermeabilidad necesaria, permite interpretar que la consecución de la vivienda ha estado trazada por aspectos más bien complicados. Incluso, aquí es posible especular que estos aspectos se encuentran afuera de las manos de los mismos pobladores, favoreciendo la desarticulación de la autoestima social al arrebatárles su capacidad de incidencia y acción.

En función de los dibujos presentados es posible concluir una suerte de **memoria incorporada** entre los niños, en medida que sus imágenes reflejan de manera considerable la historia desarrollada por sus padres.

e.2) La supremacía de lo individual

Así, en medida que la identidad pobladora ya no encontraba perspectivas de futuro en las cuales aferrarse de manera común, emerge desde el cuerpo social una sobrevaloración de lo que se ha conseguido en términos individuales a través del esfuerzo y el sacrificio. Ante el menosprecio de la subjetividad pobladora por estar asociada al colectivo, se refuerza la identidad individual, siendo este referente lo que se rescata de haber pertenecido a esta acción colectiva.

“Esta toma está llena de simbolismos. Yo creo que el símbolo más grande es el del sacrificio. El sacrificio de todas las personas” (Poblador, Abajo)

Tal como lo señaló el informe de “Voces de la Pobreza” (FSP, 2011), el sacrificio es el valor que define la cultura del esfuerzo, coherente a las “lógicas del emprendedor” que se transmiten en la actualidad. De acuerdo a ello, el sacrificio parece estar más asociado a una idea de soportar la situación estructural en la que los pobladores se encuentran inmersos, asumiéndolo como parte de su determinismo social. De este

modo, subyace una sumisión al orden dominante, incorporando las matrices hegemónicas a la valoración de la acción colectiva.

En este sentido, lo individual se realza porque el esfuerzo se concreta en una acumulación de bienes propios. A diferencia de la construcción colectiva, en la cual los hitos del esfuerzo no eran acaparados ni podían ser apropiados por un individuo particular, desvaneciéndose su valoración.





Fotografía superior tomada por Yessica Pino. Fotografía inferior tomada por Viviana González. Ambas capturadas en el marco del taller de 'fotografía desechable' realizado por esta investigación.

Considerando lo anterior, no resulta extraño que la mayoría de las fotografías tomadas por las pobladoras se concentren en el interior de sus viviendas, expresando un predominio de lo privado por sobre lo público. La construcción externa de la toma no resulta interesante de capturar para las pobladoras, pues en lo común no encuentran referencias identitarias ni simbólicas que quieran rescatar a través de las fotografías. De este modo, las pobladoras se reflejan en lo conseguido a través de su esfuerzo individual, únicas pertenencias en las cuales demarcan su constitución como sujetos. Por ello, ante la solicitud de 'fotografiar aquello que quieren llevarse a sus casas nuevas', el primer impulso es capturar la imagen del living de la que será su antigua vivienda, espacio público por excelencia del núcleo íntimo. Es decir, el recuerdo que las pobladoras quieren perpetuar es la imagen del espacio público que construyeron a lo largo de estos años, a pesar de encontrarse en una situación de pobreza. En efecto, lo que se realiza es lo privado, no la experiencia colectiva de habilitación espacial.



Fotografía superior tomada por Fabiola Cristi en el marco del taller de 'fotografía desechable' realizado por esta investigación. Fotografía inferior tomada por Romina Hermosilla en el marco del taller de 'fotografía desechable' realizado por esta investigación.

En ambas fotografías es posible advertir la vivienda particular con personajes integrantes de ella, abstrayendo el entorno de la imagen. En este sentido, predomina en las fotografías de las pobladoras una individualidad arraigada en lo que sí les pertenece dentro de la toma de terrenos. Cabe establecer que lo que se atomiza es la unidad familiar, replegándose en conjunto a su espacio privado. Es relevante esta distinción, pues la individualidad no opera en un plano donde las relaciones familiares se fragmentan, sino que es la familia la que obra en términos unitarios. Esto es posible de asociar a la trayectoria de la acción ya identificada, en la cual quedó en evidencia el modo como la propiedad aglutina las referencias de estos pobladores, en evidente oposición a la constitución de una comunidad de la que todos son parte.

Sin embargo, aun cuando la propiedad es el lugar de construcción simbólica entre los pobladores al ser expresión de las luchas y sacrificios sostenidos en el tiempo, también es posible vincular dichos esfuerzos con las oportunidades logradas a través del asentamiento en un campamento.

“Entonces yo te digo... para mí el campamento no ha sido mi segundo hogar, ha sido mi primer hogar, ha sido todo. Yo aquí crecí. Aquí hice mis cursos, me perfeccioné, me ayudé yo misma a ser mejor, fui a la Universidad... porque en un campamento hay muchos beneficios que tú tenís que aprovecharlos. Tenemos gente buena que viene a ayudarnos, a ofrecernos una mano, como el Techo para Chile y el Infocap y yo aproveché todo eso” (Pobladora, la voz)

En este sentido, más que una identificación con los hitos de la colectividad, la subjetividad de los pobladores se constituye en torno a lo logrado gracias al esfuerzo personal. No es la imagen del actor - poblador la que representa a la población que permanece en la toma, acercándose más a la imagen de la pobreza que lucha para salir adelante. De acuerdo a ello, estar asentados en un campamento es una oportunidad de desarrollarse individualmente a través de los programas de asistencia dispuestos por instituciones externas. Incluso, surge una distinción entre aquellos que sí aprovecharon

los beneficios de su condición social, y los que se mantuvieron en la lógica de la exclusión y el aislamiento.

Así concebido, la integración que los pobladores definieron en su etapa más activa en términos de derechos sociales, pasa a ser ahora un capital que se “gana” a través de disposiciones personales. A partir de ello, si alguna vez el empoderamiento popular renegó de la contribución externa⁸, lo que existe en la actualidad no sólo no niega la asistencialidad, sino que la vuelve la opción para superar la precariedad individualmente.

“Después nos hicieron cursos de parvularia, después un curso de moda, después otro curso y después... y así, y aproveché todas las oportunidades y ahora soy asistente de enfermera, estudié enfermería y después FOSIS me dio este cuento de una beca en el Instituto profesional Providencia y me capacité más a full y así”

(Pobladora, La voz)

En este sentido, subyace una pretensión de acumular capitales de manera individual, que permitan un mejor pasar al poblador y su núcleo familiar. Para este periodo de la toma, la colectividad no implica beneficios, ni siquiera es mencionada en términos de activo. Luego de todas las formas adoptadas por lo social, lo que trasciende en esta etapa es una sobrevaloración del esfuerzo personal. Así, los pobladores se alejan de aquellas prácticas políticas y comunitarias que implicaban la situación de la toma, y concentran sus energías en el aprendizaje personal. Es esta vía la que los sujetos legitiman como forma para superar su situación de pobreza.

⁸ *“Nunca nosotros necesitamos la ayuda de nadie de afuera...”* Pobladora, La Voz.



Fotografía tomada por Alejandra Guzmán e n el marco del taller de 'fotografía desechable' realizado por esta investigación.

Como se aprecia en la imagen, las pobladoras demuestran para el exterior que ellas sí se preocupan de capacitarse y de que sus hijos se preparen de mejor manera ante las exigencias del sistema. La intimidad es el espacio próspero para resolver la integración social al sistema, no en el espacio público ni de manera visible.

“Uno tiene que ser humilde, decirle a los vecinos, darles responsabilidades, que no todo se los tienen que dar. Porque, por ejemplo, hay varios que les pusieron las lucas para salir de la toma, entonces no po, uno tiene que sacrificarse, saber lo que cuesta y así van a querer más su casa. Porque les costó, si te dan todo regalado... pucha, hay vecinos que ni siquiera barren su pedazo de calle, entonces no sienten esa obligación de ‘ay mi casa, la quiero bonita’, entonces ahí hay que enseñarle al vecino” (Pobladora, La voz)

A partir de la cita anterior, para un poblador la propiedad está estrechamente vinculada al sacrificio, y como tal, el valor simbólico de la propiedad es tanto mayor si ésta ha significado esfuerzo y trabajo. En este sentido, no deja de ser interesante que la

experiencia vivida durante los años en que la movilización pobladora era activa no se signifique a partir de una idea de esfuerzo. El sacrificio surge en medida que los pobladores tuvieron que desarticular sus tramas de sentidos alternativas y ser parte de las lógicas de subsidios y ahorros, situándose desde ahí la construcción de la intersubjetividad. Los costos de haber participado en la toma no son significativos en el presente, como sí el haber encauzado la individualidad en los horizontes de sentidos hegemónicos. De este modo, se integran las lógicas del ahorro, de capacitarse en un plan de formación de Techo para Chile, etcétera, como expresiones que manifiestan el interés y esfuerzo para superar la situación de pobreza.

e.3) El aprendizaje

“Era como... acá, experiencias muy bonitas hubieron. Acá yo aprendí a ser una buena mujer. Ser luchadora, emprendedora, con miras de ver la vida en otro punto, no del lado que me habían enseñado”

(Pobladora, La voz)

Si bien los apartados anteriores dan cuenta de una toma en la que la imagen del actor poblador parece no encontrar lugar, de todos modos existe un espacio para dar cuenta de las valoraciones y significados que la toma albergó para sus participantes. Cabe recordar que estas valoraciones pertenecen sólo al reino individual e íntimo de cada poblador, pues en un comienzo de esta investigación, tal como se consignó en la etapa de exploración etnográfica, no hubo ningún interés por reunirse colectivamente a compartir las experiencias vividas en la toma.

En este sentido, como se aprecia en el fragmento anterior, si bien no se enaltece la acción colectiva, sí es posible dar cuenta del bagaje personal desarrollado al interior del terreno, surgiendo una valoración de la lucha dada a través de otorgarle un sentido positivo a la experiencia. Así también, al ser el campamento un lugar de profunda heterogeneidad, tal como ha sido indicado en las formas anteriores, la socialización dentro de él sí permitió el contacto entre pobladores de distintos orígenes. A partir de estos encuentros se constituyó un espacio para la emergencia de nuevas

interpretaciones sobre la realidad, a través de la fusión de sentidos gracias a la relación entre pobladores.

“Ósea, yo no tengo que leer un libro para decirte cuál es el dolor que uno sufre siendo pobre, la discriminación que uno sufre por vivir en un campamento y las alegrías que aprendí viviendo en un campamento... Por eso nunca hay que sentir vergüenza de donde uno ha salido porque este campamento ha sido una Escuela”

(Poblador, Abajo)

No obstante lo anterior, la construcción de subjetividad se mantiene en función de la imagen del pobre reproducida por el orden social dominante, cuestión que reviste tintes políticos. En este sentido, lo que la toma deja entre sus pobladores, a quince años de su instalación, es la experiencia de la pobreza más dura, de la exclusión y el rechazo social. Sin embargo, tal como se señaló en el punto anterior, el empoderamiento en este tramo de la acción se asocia al sacrificio de “soportar esa pobreza” con orgullo, orientándose a una construcción de sometimiento individual.

De acuerdo a ello, la valoración positiva hacia la toma está dada por su conceptualización como “Escuela”, es decir, el lugar por excelencia del aprendizaje. Sin embargo, esta acentuación refiere a las experiencias y relaciones sociales surgidas al interior del terreno, y no da cuenta de los aspectos más politizados de su constitución.

“Aquí uno aprende a conocer a la gente. Sabis cuando alguien te está mintiendo, ósea cachai que te está engrupiendo. Te está ‘llorando la casa’ como decimos entre nosotros” (Pobladora, La voz)

De este modo, la toma representa la diversidad social en un territorio. Es el lugar donde llegaron múltiples principios normativos, éticos y políticos en busca de un espacio para realizarse colectivamente, a diferencia del discurso neoliberal en el que se valora el beneficio personal. En consecuencia, la experiencia en la toma es una entrada a todo tipo de racionalidades, de motivaciones y patrones de conductas, volviéndose comprensible las dificultades internas para mantener esta acción colectiva.

Al analizar el último extracto presentado, vale detenerse en la idea de “estar llorando la casa”, propio de una población en que las estafas han sido una realidad presente, y donde la victimización es parte de las estrategias de los pobres para abogar asistencia. Este reconocimiento es también uno de los aprendizajes que dejó la vivencia al interior de la toma de Peñalolén, donde la desconfianza y la incredulidad de los pobladores frente a sus vecinos es una actitud estratégica para no ser nuevamente engañados.

e.4) La toma de los niños

En consideración a la atención al material visual de las pobladoras, en los que había una tendencia a capturar el interior de la vivienda, concentrándose en sus pertenencias y lo propio dentro del campamento; bien vale hacer la comparación con el mundo de los niños, en los que las fotos dentro de sus casas son inexistentes. Al contrario, todas presentan la amplitud del espacio, e incluso es posible observar la vida social al interior del campamento en ellas. De acuerdo a ello, los niños representan la panorámica, e incluso reproducen un tejido solidario al no diferenciarse dentro del terreno.

Muestra de lo anterior son las imágenes que rescatan el ejercicio de la comunidad, ahí donde el “ser y el estar” se consumen en un mismo tiempo y espacio, dejando de lado los aspectos más individuales de la acción.



Fotografía tomada por Alfonso Calderón en el marco del taller de 'fotografía desechable' desarrollado por esta investigación.

Las fotos panorámicas son propias de los niños, cuestión que se relaciona con la no consideración de los límites que sus padres se imponen por el miedo a la exclusión y a demostrar "pobreza". En definitiva, los niños no tienen nada que esconder, y por ende, dan cuenta en sus fotografías de la vida cotidiana de la toma, en los pasajes, en el encuentro entre vecinos para compartir un mate, etcétera.

Sumado a lo anterior, los niños tienden a valorar positivamente el espacio común de la toma, lugar donde juegan y comparten con otros chicos. De acuerdo a ello, el espacio es significado en términos de uso, a diferencia de lo sucedido con sus padres. En este sentido, al convivir en casas en las que muchas veces se encuentran instaladas al menos dos familias, no existe lugar para desarrollarse dentro de ellas en términos infantiles, es decir, para jugar, correr y compartir con otros niños. Por ello, la casa es el espacio para dormir, y afuera de ella, se encuentra la interacción y la vida activa.

De hecho, reafirmando lo anterior, muchos niños lamentan dejar la toma para irse a un departamento, pues dicho emplazamiento restringirá su socialización.



Fotografía tomada por Jean Paul Cristi en el marco del taller de “fotografía desechable” realizado en el marco de esta investigación.



Fotografía tomada por Juan José Pino en el marco del taller de “fotografía desechable” realizado en el marco de esta investigación.

Como se aprecia en las imágenes anteriores, lo que la experiencia de la toma deja en sus niños es la amplitud del espacio, mostrándolo con orgullo en sus fotos. Evidentemente, la construcción de “pobreza” o de “toma de terreno” presente para ellos está muy poco desarrollada, pues la condición en la que viven es la única que conocen. De este modo, tal como lo señala Salazar, *“si hay algún punto donde es posible comenzar a trabajar sistemática y masivamente el capital social, es con los niños llamados en “situación de riesgo”. Y aquí está todo por hacer”* (Salazar, 2001:21). Esto, considerando la porosidad de las estructuras con la que los niños interpretan su experiencia, facilitando la inmersión de sentidos colectivos a su constitución como sujetos.

En consecuencia, las redes de intercambio y de sociabilidad presentes en la toma surgen más entre niños que entre sus padres. Como tal, los niños son una oportunidad para repensar las consecuencias de la memoria en el presente, así como también para volverla una potencialidad para transformar las condiciones de atomización de la actualidad.

e.5) Síntesis

En relación a la forma actual observada en la toma, es posible establecer que la identificación que más rige al interior del campamento es la del pobre que no cuenta con las dimensiones básicas cubiertas. De este modo, la referencia identitaria de estos pobladores es la falta de propiedad, no la acción política ni la construcción comunitaria.



Dibujo realizado por Javier Estrella durante el taller 'dibuja tu toma' efectuado por esta investigación

En efecto, el dibujo presentado es una buena ilustración de cómo los niños entienden la problemática de la propiedad. Ante la solicitud de 'dibuja tu toma', uno de los participantes del taller presenta una narración gráfica donde la casa que establece como propia ("*mi casa linda*"), resulta no pertenecer a él en el siguiente cuadro ("*no es mi casa*"). Esta referencia puede indicar que persiste la ausencia, el diagnóstico que dio vida a la toma en un primer momento, y cuya interpretación no reside en una convicción política, sino que es una problemática social que revela un pasar material y simbólico propio de los pobres.

a) Las **finalidades** de esta última forma de acción registrada se orientan de acuerdo a las **necesidades individuales del día a día**. No existe un ideal común que permita concentrar las energías de los pobladores que se mantienen en el terreno. Las acciones encuentran en el orden individual y el esfuerzo personal los sentidos suficientes como para mantenerse dentro del campamento. El discurso que se reproduce da cuenta de la inmersión del sistema dominante en el cuerpo social, sobrevalorándose la cultura del emprendedor por sobre cualquier otra lógica de acción. El valor está en el ser, pero en el ser individual, donde a través del sacrificio del ahorro se logrará dar una casa a los hijos. En definitiva, la fuerza para mantenerse en la lucha la obtiene cada poblador de manera particular.

b) Los **medios** resultantes de esta forma de acción se encuentran en coherencia a la atomización que atraviesa el campamento. De acuerdo a ello, las relaciones sociales no son activadas como potencialidades de esta acción, y al contrario, éstas emergen **intermitente para resolver cuestiones concretas** de la cotidianeidad. En este sentido, en esta etapa de la toma el tipo de relación que se desenvuelve funciona más como un obstáculo del campamento, pues coopera en la reproducción de sentidos individualizantes e instrumentales.

c) Como ya fue mencionado en la forma anterior, la **relación con el espacio** se volvió **insignificante** luego de que éste fuera privatizado por parte de la institucionalidad. De este modo, lo colectivo de la acción pierde su marco espacial, fragmentándose el cuerpo social que quedó en su interior. En consecuencia, el sentido que se instala en el campamento es la negación de la identidad pobladora, pues está se encontró arraigada en una dimensión práctica, utópica y territorial que no tiene eco en la realidad del campamento actual.

d) La memoria resultante de este último proceso social está perturbada por el despojo del marco espacial, fundando una **memoria del tipo retrospectivo**, obsesionada con el pasado más próximo, *“desarmando la energía que mira hacia el futuro”* (Salazar, 2001: 18). Sin embargo, es pertinente indicar que tal vez no ha pasado el suficiente tiempo dentro de esta última fase de la acción en Peñalolén, y por ello la memoria se encuentra estacionada en las percepciones negativas del presente con respecto a la acción colectiva.

IX. REFLEXIONES FINALES

En esta investigación se intentó avanzar hacia una vinculación de las identificaciones sociales adoptadas por los pobladores, con las formas de acción constituidas al interior de la toma. Considerando el carácter de los sentidos que se fueron actualizando en el presente a través de las memorias, fue posible asociar valoraciones atribuidas a la acción colectiva con una construcción de subjetividad particular por parte de los pobladores. A través de esta línea, se observó cómo la producción simbólica de ellos configuró sentidos alternativos a los dominantes, posibilitando la emergencia de identificaciones que encarnaban la variación, en distintos grados, del orden hegemónico.

De este modo, las conclusiones se orientan a responder “las formas de acción registradas al interior de la toma”, las cuales son distinguidas a partir del modo como se relacionaron las identificaciones de los pobladores con el sentido de su acción. De acuerdo a ello, los tipos de acción pesquisados dan cuenta de la manera como la “**lucha**” se fue moldeando, repercutiendo en la construcción de nuevos sentidos para la **identificación personal**.

En relación a la “lucha”, fue posible advertir un tránsito y una resignificación de su definición por parte de los pobladores. En un primer momento, la lucha se construyó en la interpelación a un “Otro” afuera del campamento, identificándose con conceptos del tipo “*<éramos estratégicos>, <estábamos en lucha>, <éramos pobladores bien puestos>*”. Es decir, se situaban en oposición a un “enemigo”, ante el cual había que defenderse para proteger la construcción social de los pobladores. Sin embargo, el paso del tiempo y la entrada manifiesta del Estado a la situación, dio como resultado una lucha que se arraigaba dentro del campamento, en otras palabras, un conflicto entre pobladores. Esto es coherente a las lógicas con las que se posiciona el Estado en las poblaciones marginales, en las que se instalan prácticas competitivas entre los sujetos para acceder a beneficios sociales. Esta “perversión” de las políticas sociales, implica que el “Otro” es encarnado por el vecino, fragmentando el tejido social de los pobres.

La transformación de la lucha se observa también en la reconversión del individuo, quien se sacrifica de manera personal para concretar el ahorro necesario para acceder a una vivienda. La lucha ya no compromete al conjunto, como fue posible de observar en la variación de fines que se fueron desarrollando al interior de la toma. Lo que se termina imponiendo en el marco de la lucha dada por los pobladores es una ética del esfuerzo y el mérito personal, además de una interpretación del “éxito” como el alcance de una vivienda.

De este modo, la lucha se moviliza desde la defensa del actor colectivo en cuya subjetividad se arraiga un proyecto propio (Falero, 2007), hasta el repliegue individual, que no cuenta con ningún tipo de referente más allá de ellos mismos, y la idea de <salir adelante> a través del esfuerzo personal. Ejemplo de ello son los hallazgos en las formas identificadas, en las que originalmente alcanzar la colectividad era el fin de la acción, revelándose con ello preocupaciones políticas, éticas y sociales. Luego, la unidad social pasa a constituir una estrategia para resolver problemas concretos del día a día, configurándose un manejo individual de las necesidades. La lucha, por tanto, abandona su “tri-temporalidad”, en medida que el presente termina acaparando todas las atenciones de los pobladores, en desmedro de una proyección a futuro. En este sentido, de la mano con la inserción de la vivienda como el objetivo último y concreto de la acción, los pobladores fueron relegando la experiencia comunitaria y la territorialidad al margen de los fines de esta acción colectiva.

La variación en el sentido de la acción de los pobladores, expresado en el modo como la “lucha” se fue reinterpretando, implicó la modificación de los sentidos identitarios, en medida que el poblador debía mantener para él una unidad coherente de la imagen de sí mismo. De acuerdo a ello, fue posible distinguir un “primer yo” entre los pobladores de “La voz”, el cual se movilizaba entre lo individual y lo colectivo indistintamente. De este modo, la potencialidad de la acción de este grupo de pobladores se encuentra en la fortaleza interna de su organización, alcanzado altos grados de cohesión a través de una identificación orientada a la integración, compartiendo y regulando con ello la normatividad y las expectativas de la acción.

Sin embargo, el declive de la acción colectiva se encuentra dialécticamente relacionado con los cambios producidos en el nivel de las identificaciones adoptadas por los pobladores. En efecto, una vez que la acción se desapegó de los sentidos colectivos y comunitarios, tendió a incorporar concepciones hegemónicas. Entre ellas, se menciona la imposibilidad de quedarse en el terreno, la obligatoriedad de presentar un ahorro para acceder a un subsidio por la vivienda, y la desarticulación de la frontera entre la toma y el exterior al instalarse un retén de carabineros al interior del terreno. Así, las identificaciones de los pobladores pasaron del empoderamiento hasta la pérdida de la autodeterminación. Esta última fase se manifiesta en la manera como los pobladores se comprenden actualmente, en la cual se alza la imagen de la pobreza que rige dentro del sistema, atendiendo mayormente a las necesidades materiales y requiriendo asistencia institucional para moverse dentro del espacio social. Es decir, los pobladores incorporaron las nomenclaturas dominantes para el despliegue de su acción, admitiendo las disposiciones de los sentidos orientados por el mercado y el ideal del emprendimiento individual.

Por consiguiente, lo que varía al interior de los sentidos de los pobladores es el “uso social de la identificación”, *“ya que una está sometida a un principio de integración y la otra a un principio de estrategia; el mismo stock de identidad se interpreta como un fin, o como un medio de la acción que busca ciertas ventajas”* (Dubet, p527). De acuerdo a ello, surge una “modernización subjetiva” de la imagen con que el poblador se representa a sí mismo, definiendo los límites de lo propio con respecto a lo ajeno, sobrevalorándose la intimidad privada. Esto último fue especialmente observado en los talleres de fotografía con las pobladoras, quienes tendieron a mostrar los objetos y espacios personales, infiriéndose una “estetización de la vida cotidiana” en medida que se fetichizaron los objetos privados por sobre la experiencia relacional o el territorio.

Así, los pobladores transitan desde una identificación arraigada en la producción social del espacio y el “derecho a la ciudad”, al repliegue del “yo” en la privacidad de la vivienda. Esta situación se relaciona, entre otras cosas, con la privatización espacial ocurrida durante la acción colectiva, en la que el terreno donde se instaló la toma fue inhabilitado para la construcción dentro de él. Este recurso político e institucional

repercutió sobre el sentimiento de pertenencia territorial de los pobladores, pasando a identificar el terreno como un “no lugar” (Auge, 2000), en medida que le fue despojada la historicidad y los simbolismos incorporados por ellos durante la acción colectiva. A partir de la racionalidad tecnócrata del Estado, se logra enajenar el terreno a los pobladores, constituyéndose una privación material que trascendió hacia la identidad (Touraine, 1999).

La instalación de una lucha en el presente también tiene repercusiones para el modo como el poblador inscribe su “yo” en el futuro, el cual se encuentra estacionado en un “presentismo” sin proyecciones muy sólidas (Harvey, 1990). De acuerdo a ello, el vaivén de la subjetividad de los pobladores circuló desde una expresión de subjetividad colectiva productiva (Zemelman, 1997), encarnada en una producción de sentidos propios que potenciaron la acción; hasta la des-subjetivación, o lo que es igual, la fijación de proyectos inmediatos e individuales sin inscripción histórica (Fernández, 1997), cuyos contenidos no refieren más allá de la sobrevivencia y la reproducción del discurso dominante.

Este proceso de “des-historización” de la experiencia de los pobladores implicó un encapsulamiento del proyecto político que los llevó a la toma en un primer momento, asumiendo de manera estoica los mandatos de la política habitacional frente a la cual se habían movilizadado quince años antes. Por consiguiente, considerando que los pobladores que residen en el terreno lograron el acceso a la vivienda a través de las lógicas regulares dispuestas por el sistema para ello, la acción colectiva desplegada perdió su sentido inicial al no conducir hacia ningún tipo de resultado. A partir de esto, surge una resignificación por parte de los pobladores de su acción y experiencia, posicionándose desde el ideal del sacrificio individual para emprender y superar la condición de pobreza. Con ello, surge una desvalorización de la importancia de la comunidad y la proyección política asociada a la acción.

De acuerdo a lo señalado, fue posible concluir una tensión al interior de las memorias de los pobladores. Esto, porque lo colectivo es asociado tanto al empoderamiento como a la desgracia, en el sentido de que el “nosotros” de la acción fue sucesivamente reduciéndose hasta sólo abarcar el núcleo familiar. De este modo, el

reconocimiento de la acción emprendida por parte de los pobladores queda sumergido y atrapado en el nivel de lo “no logrado”, y de la traición acaecida entre los mismos vecinos, reflejándose en una memoria actual definida en términos más individuales y victimizantes. Ejemplo de ello son las expresiones de los pobladores en relación a su presente, “<y seguimos aquí>, <no siento que haya sido significativo>, <la gente no quiere compartir nunca más>”, revistiendo una pasiva espera de la solución habitacional, una desvalorización de la acción colectiva y una fragmentación de la unidad pobladora respectivamente.

En conclusión, la memoria, como discurso, fue identificada como un canal en el que se observó el recorrido de las identificaciones sociales y de la acción dentro de la toma de Peñalolén. De este modo, considerando la selectividad con la que opera, aproximarse a la memoria fue una forma de comprender la imagen que los pobladores construyen y presentan de ellos mismos para enseñársela a otros. En palabras de Touraine, “*El individuo, si sólo se define como tal, acepta los llamados del mercado; en cambio, la subjetivación, que es voluntad de individuación, actúa a partir de la rearticulación de la instrumentalidad y la identidad, cuando el individuo se define de nuevo por lo que hace, por lo que valora y por las relaciones sociales en que se encuentra comprometido de tal modo*” (Touraine, 1999: 67-68).

Esta representación del “sí mismo”, por parte de los pobladores, permitió observar un correlato entre los sentidos asociados a las acciones como a su propias identificaciones; transitando desde una “*imposición a la sociedad instrumentalizada, mercantil y técnica, principios de organización y límites conforme a su deseo de libertad y a su voluntad de crear formas de vida social favorables a la afirmación de sí mismo y al reconocimiento del otro como Sujeto*” (Touraine, 1999: 90), al desarrollo de “formas patológica” de acción colectiva, donde el alcance de beneficios personales fue la finalidad estratégica para movilizarse al interior del terreno. Repercusiones de lo anterior fue la progresiva desarticulación de los niveles de la acción, expresándose en una autonomía de lo político con respecto a los intereses económicos. Esto, originó una fragmentación de la unidad relativa de la acción, manifestada en la amplitud de orientaciones normativas introducidas por los pobladores al terreno (Touraine, 1987).

a) Reflexiones en torno a la construcción del objeto estudiado

Considerando que la comprensión de esta acción colectiva está mediada por las decisiones teóricas y metodológicas tomadas por quien escribe, es pertinente esclarecer ciertas conclusiones al respecto.

En referencia a la perspectiva epistemológica a partir de la cual se ingresó a este fenómeno social, se establece lo siguiente. El enfoque construccionista permitió aproximarse al modo como se fueron fundiendo sentidos al interior de la toma de Peñalolén. Esta afirmación se sustenta en la posibilidad teórica de atender a la capacidad de modelamiento y producción de realidad que poseen los sujetos y grupos sociales (Gergen, 1973). Al mismo tiempo, el paradigma seleccionado contribuyó a un acercamiento crítico a los recursos teóricos que abordan la realidad como un ente establecido de una vez y para siempre, admitiendo el carácter procesual y dinámico de la realidad social. Dicho posicionamiento permitió ubicarse de acuerdo a los procesos de resignificación simbólica, y los tipos de relaciones emergentes que pueden llegar a establecerse a partir de la construcción de nuevas concepciones de mundo (Crespo, 2003). Así, la perspectiva seleccionada, constituyó una entrada pertinente para reconstruir el proceso socio-histórico que involucró a los pobladores de la toma de Peñalolén, permitiendo situar al estudio en una realidad donde los sujetos eran capaces de acción (Retamozo, 2006).

En relación al marco metodológico diseñado surgen dos consideraciones. Por un lado, es adecuado mencionar el aporte de la inclusión de dispositivos visuales en este estudio. Tal como lo señala Carmen Guarini, *“la acción misma de registrar elementos de un presente forman parte del trabajo de construcción de la memoria social, ya que la elaboración de registros audiovisuales, no es un acto mecánico sino una empresa llevada adelante por sujetos sociales históricos que inciden subjetivamente en su producción”* (Guarini, 2002: 116). En este sentido, el uso de herramientas visuales permitió registrar visiones de mundo, comprensiones de la realidad que circunda y en buena medida, recoger la experiencia de quienes se reconocían como productores de las imágenes (Berger, 1972).

De este modo, lo relevante no fue establecer un código semiótico latente dentro de los recursos visuales (Eco, 2007), sino que acceder a las formas simbólicas con que los pobladores se relacionan con su espacio y entre ellos, expresando sus puntos de vista a partir de los elementos que se integraban en las imágenes (Burke, 2005). Precisamente, el levantamiento visual realizado por los pobladores se presenta no sólo como un recurso de y para ellos mismos, sino que también es la oportunidad de comunicar la historia social de la toma, convirtiéndose en una entrada válida para conocer la vida de los campamentos sin más intermediarios que la subjetividad del poblador que tomó la foto, o del niño que dibujo su casa. En palabras de Roland Barthes, *“la Historia es histórica: sólo se constituye si se la mira, y para mirarla es necesario estar excluido de ella”* (Barthes, 1989:105), dirección en la que el presente trabajo intentó haber contribuido.

Por otro lado, es importante reflexionar en torno a la inclusión de niños en este diseño metodológico. En efecto, este afán surgió por el deseo de indagar en los esquemas de pensamiento de una población que sólo conoce esta forma de asentamiento como hogar, y que a la vez, tiene nociones concretas de la erradicación del mismo. Considerando este contexto, recoger la experiencia de los niños permitió levantar una lectura dual con respecto de la aproximación de ellos al fenómeno de la toma. Si bien se observa en las representaciones infantiles una “memoria incorporada” de la experiencia de sus padres, también fue posible indicar aspectos que remiten a una construcción personal del niño, oponiéndose a la visualidad producida por sus progenitores.

De esta forma, legitimar las expresiones de esta población en la toma permitió explorar en los sentidos de quienes mantienen esta experiencia “con vida”, en medida que son los chicos del campamento los que habitan el espacio público del campamento mayormente. Además de ello, considerando que la gran mayoría de las familias reconoce que participó en esta acción colectiva para “dejarle una vivienda a sus hijos”, la aproximación a los niños era una forma de comprender también los alcances de esta historia.

En consecuencia, la incorporación de registros visuales e infantiles facilitó un reconocimiento del objeto de estudio en una multidimensionalidad. En este sentido, si bien la disciplina ha tendido a renegar del potencial de estos dispositivos, para el abordaje del problema presentado constituyó una entrada que enriqueció la trama de datos construida. De acuerdo a ello, se promueve que los estudios venideros articulen objetos de estudio considerando un marco metodológico pluralista, en el cual se implementen variadas estrategias para conocer e interpretar de manera más profunda los fenómenos sociales. Atendiendo, con ello, a la amplitud de realidades coexistentes dentro de cualquier objeto social.

b) Reflexiones para las próximas investigaciones

De este modo, se insta a las investigaciones venideras en estos planos a repensar el aporte que desde la disciplina se puede llegar a hacer para apoyar la formación de actores colectivos. En efecto, considerando la memoria como un lugar en constante reconstrucción, es posible resignificar en ella aquellos aspectos relativos al reconocimiento y la autoestima social del grupo. Este posicionamiento conducirá hacia una resistencia a las lógicas impartidas por un mercado colonizador de todas las esferas de la vida cotidiana, volviéndose una operación cultural de fines políticos. Por consiguiente, a partir de la relación dialéctica entre memoria e identidad, es posible imaginar la constitución de un espacio fértil para las investigaciones que resitúen la importancia del actor y sus sentidos en el despliegue de acciones colectivas contrahegemónicas.

Cabe recordar que la primera intención de este estudio fue reorganizar performativamente los sentidos de los pobladores asociados a su pasado, pretensión que si bien no logró ser llevada a cabo, no puede ser abandonada como espacio de intervención y resistematización de la experiencia de las comunidades (Salazar, 2001). Por lo tanto, aun cuando este trabajo debió limitarse al esfuerzo descriptivo de conocer los vaivenes de una acción colectiva en el tiempo, no caben dudas que servirá de antecedente para los próximos trabajos que se ubiquen desde esta mirada para intervenir lo social.

Para finalizar, es pertinente indicar que las formas de acción identificadas y nombradas durante esta investigación, dan cuenta de la manera como se despliega el vínculo social durante la era neoliberal. De acuerdo a ello, considerando que los discursos dominantes obstaculizan las construcciones de sentido colectivas, posicionarse científicamente desde esa vereda es ya un aporte a la desnaturalización del orden social. Por ende, utilizar instrumentos conceptuales y metodológicos que incurran en dicha expectativa se ubican, desde luego, como una práctica transformadora, rompiendo, a través de ella, la distancia y cerco existente entre la academia y los fenómenos sociales. Sin duda, el quehacer científico debe contribuir a la visibilización de las “creaciones sociales” (Retamozo, 2006), y esto es, ciertamente, el espacio desde donde esta tesis ha querido aportar.

Este trabajo se terminó de escribir en Enero 2015.

Los pobladores aún no han sido erradicados.

La última promesa es marzo.

X. BIBLIOGRAFÍA

a) Estudios

MINVU (2004) Chile, un siglo de políticas en Vivienda y Barrio, DITEC, Santiago.

MINVU (2009) Déficit urbano-habitacional: Una mirada integral a la calidad de vida y el hábitat residencial en Chile, Santiago.

MINVU (2012) Vivienda y Barrio, Santiago.

MINVU (2013) Mapa social de Campamentos, Santiago.

Fundación Superación de la Pobreza (2006) Umbrales Sociales: Propuesta para una Futura Política Social, Santiago.

Fundación Superación de la Pobreza (2011) Voces de la Pobreza. Significados, representaciones y sentir de personas en situación de pobreza a lo largo de Chile, Santiago.

Fundación Superación de la Pobreza (2013) Umbrales Sociales Para Chile: Una nueva mirada sobre la pobreza, Santiago.

PNUD (2000) Desarrollo humano en Chile. Más sociedad para gobernar el futuro. [Recurso en línea], <<<http://www.desarrollohumano.cl/archivos/principio.pdf>>>[revisado entre Agosto y Septiembre de 2013]

PNUD (2002) Nosotros los chilenos: un desafío cultural. [Recurso en línea, en: <<http://www.desarrollohumano.cl/informes/inf2002/parte2.pdf>> [revisado el 20 de Agosto de 2013]

b) Libros, Artículos, Tesis, Entrevistas:

ALBERICH, Tomás (2008) Investigación – Acción Participativa y Mapas Sociales. Revista de Trabajo Social Portularia (VIII).

ANDER-EGG, Ezequiel (2003) Repensando la Investigación – Acción – Participativa, España, Grupo editorial Lumen.

ARAVENA, Fabiola (2011) Acciones colectivas y transformación del conflicto en Santiago, El caso de ANDHA Chile. Tesis para optar al grado de Socióloga. Santiago, Universidad Academia Humanismo Cristiano, Escuela de Sociología.

ARAVENA, Susana; SANDOVAL, Alejandra (Eds.) (2008) Política habitacional y actores urbanos. Seminario del Observatorio Ciudad. Santiago, Ediciones SUR.

AUGE, Marc (2000) Los <<no lugares>> Espacios del anonimato. Una antropología de la Sobremodernidad. Barcelona, Gedisa.

BACHELARD, Gastón (1978) Conocimiento común y conocimiento científico. En: El racionalismo aplicado, Buenos Aires, Editorial Paidós.

BALCAZAR, Fabricio (2003) Investigación acción participativa (iap): Aspectos conceptuales y dificultades de implementación, Argentina, Fundamentos en Humanidades.

BAÑO, Rodrigo (1985) Lo social y lo político, Un dilema clave del movimiento popular, FLACSO, Santiago, Ediciones Ainavillo.

BARBOZA, Amalia (2006) Sobre el método de la interpretación documental y el uso de las imágenes en la sociología: Karl Mannheim, Aby Warburg y Pierre Bourdieu. En: Revista Sociedad y Estado, Vol. 21 (2) [En línea] <http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0102-69922006000200005> [Consultado el 25 de Junio de 2013]

BELTRÁN, Miguel (1985) Cinco vías de acceso a la realidad social, España, Alianza Editorial.

BERGER, Peter; LUCKMANN, Thomas (1968) La construcción social de la realidad, Argentina, Amorrortu Editores.

BERICAT, Eduardo (2011) Imagen y conocimiento: Retos epistemológicos de la sociología visual. En: Revista Empiria. Metodología de Ciencias Sociales (22)

BERNASCONI, Oriana (2011) Aproximación narrativa al estudio de fenómenos sociales: principales líneas de desarrollo. Revista Acta Sociológica, Centros de Estudios Sociológicos UNAM, (56).

BENGOA, José (1996) La pobreza en Chile. Un desafío de Equidad e Integración Social. Santiago, Informe del Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza.

BERMAN, Marshall (1989) Todo lo sólido se desvanece en el aire: La experiencia de la modernidad. Buenos Aires, Siglo XXI editores.

BERTAUX, Daniel (1989) Los relatos de vida en el análisis social En: Historia y fuente oral 1, Barcelona, Editorial San Martín.

BEVERLEY, John (2000) Postscriptum En: Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: El desafío de los estudios culturales, Santiago, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana Editorial Cuarto Propio.

BLUMER, Herbert (1982) El interaccionismo simbólico: perspectiva y método, Barcelona, Editorial Hora.

BOAVENTURA DE SOUSA, Santos (2003) Crítica de la razón indolente: Contra el desperdicio de la experiencia. Para un nuevo sentido común: La ciencia, el derecho y la política en la transición paradigmática, Vol. 1, España, Editorial Desclée de Brouwer.

BOURDIEU, Pierre (1990) Sociología y Cultura, México, Editorial Grijalbo.

----- (1997) Capital cultural, escuela y espacio social. México, Siglo XXI editores.

----- (2002) La ilusión biográfica, En: Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción, Barcelona, Editorial Anagrama.

----- (2005) La práctica de la sociología reflexiva, Buenos Aires, Siglo XXI editores.

----- (2007) El sentido práctico. Buenos Aires, Siglo XXI editores.

BOURRIAUD, Nicolás (2006) Estética relacional, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editores.

BRAUCHY, Natalia (2009) Acción colectiva en torno a la vivienda: Un acercamiento desde el comité de vivienda 'Alcanzado un sueño'. Tesis para optar al grado de Trabajador Social. Valparaíso, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Escuela de Trabajo Social.

BRAUN, Virginia, CLARKE, Virginia (2006) Using thematic analysis in psychology. En: Revista Qualitative Research in Psychology, Vol. 3 (2).

BUROWAY, Michael (2005) Por una sociología pública. Revista "Política y Sociedad", Vol. 42 (1).

CÁCERES, Martín (2002) Las lluvias del 5 de Julio: La Toma de Peñalolén, Santiago, Ediciones SUR.

CAMPERO, Guillermo (1987) Entre la sobrevivencia y la acción política: Las organizaciones de pobladores en Santiago, Santiago, Ediciones ILET.

CAMPERO, Guillermo, CORTÁZAR, René (1988) Actores sociales y la transición a la democracia en Chile. Colección Estudios CIEPLAN (25)

CANALES, Manuel (Coord.) (2013) Análisis e interpretación en la investigación cualitativa, Chile, LOM Ediciones.

CANDAU, Joel (2002) Antropología de la Memoria. Buenos Aires, Nueva Visión.

CASTELLS, Manuel (2014) Movimientos de pobladores y lucha de clases en Chile. Revista EURE, Vol. 3 (7).

CEFAÏ, Daniel (2011) Diez propuestas para el estudio de las movilizaciones colectivas. De la experiencia al compromiso. Revista de Sociología, Universidad de Chile (26).

CHÁVEZ, Alfonso (2007) Técnicas Proyectivas, Universidad de Colima [Recurso en línea] <https://comenio.files.wordpress.com/2007/08/tecnicas_proyectivas.pdf> [5 de Mayo 2014].

CHIHU, AMPARÁN, Aquiles, LOPÉZ GALLEGOS, Alejandro (2007) La construcción de la identidad colectiva en Alberto Melucci. En: Revista Polis: Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial (3) [en línea], <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=72630106>> [consultado 13 de Octubre de 2014]

COLACRAI, Pablo (2010) Releyendo a Maurice Halbwachs. Una revisión del concepto de memoria colectiva. En: Revista La Trama de la Comunicación (14). [En línea], ≤ <http://www.redalyc.org/pdf/3239/323927064004.pdf> > [consultado: 1 de Diciembre de 2014]

CORTÉS, Alexis (2014). El movimiento de pobladores chilenos y la población La Victoria: ejemplaridad, movimientos sociales y el derecho a la ciudad. Revista EURE, Vol. 40 (119). [En línea], <http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0250-71612014000100011&lng=es&tlng=es.10.4067/S0250-71612014000100011> [consultado en 25 de Septiembre de 2014]

DE LA GARZA, Enrique (1992) Los sujetos sociales en el debate teórico. En: Crisis y sujetos sociales en México. México, Porrúa.

DELLA PORTA, Donatella, DIANI, Mario (2011) Los movimientos sociales, Madrid, Editorial Complutense.

DELEUZE, Gilles, GUATTARI, Félix (2004) Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia. España, Editorial Pre-Textos

DENZIN, Norman, LINCOLN, Yvonna (2005) The Sage Handbook of Qualitative Research. USA, Thousand Oaks: Sage Publications, Inc.

DERRIDA, Jacques (2004) ¿Qué es la deconstrucción? [en línea] Le Monde. 12 Octubre, 2004. < <http://www.lemonde.fr/archives/article/2004/10/12/p-1930-2004-p-p->

jacques-derrida-p-p-qu-est-ce-que-la-deconstruction-p_4305612_1819218.html?xtmc=derrida&xtcr=2> [consultada: 25 Diciembre 2014].

DUBET, Francois (1989) De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto. Revista Estudios Sociológicos, Vol. VII (21).

----- (2011) La experiencia sociológica. Barcelona, Editorial Gedisa.

DUCCI, María Elena (1997) Chile: el lado oscuro de una política de vivienda exitosa. Revista EURE, Vol. XXIII (69).

DURSTON, John (1999) Construyendo capital social comunitario. Revista de la CEPAL, (69).

ELIAS, Norbert (1990) Compromiso y distanciamiento. Barcelona, Ediciones Península.

----- (2010) Sobre el tiempo. México, Fondo de Cultura Económica

ESPINOZA, Vicente (1985) Los Pobladores en la política. Documento de Trabajo N° 27. Santiago, Ediciones SUR.

----- (1988) Para una historia de los pobres de la ciudad. Santiago, Ediciones SUR.

----- (1993) Pobladores, participación social y ciudadanía, Santiago, Ediciones SUR.

----- (1998) Historia social de la acción colectiva urbana: los pobladores de Santiago 1957 – 1987. Revista Eure, Vol. XXIV (72).

EYERMAN, Ron (1998) La praxis cultural de los movimientos sociales. En: IBARRA, Pedro, TEJERINA, Benjamín (Eds.) Los movimientos sociales: Transformaciones políticas y cambio cultural. España, Editorial Trotta.

FALABELLA, Gonzalo (2002) Investigación participativa: nacimiento y relevancia de un nuevo encuentro ciencia – sociedad, En: Experiencias y metodologías de la investigación participativa, División Desarrollo Social, Santiago, CEPAL.

FEBVRE, Lucien (1992) Combates por la historia, Barcelona, Editorial Ariel.

FERNÁNDEZ, Lidia, RUIZ, María Eugenia (1997) Subjetividades emergentes, psiquismo y proyectos colectivos. En: Subjetividad: ZEMELMAN, Hugo. Umbrales del pensamiento social. España, Editorial Anthropos.

GAMSON, William (1992) The social psychology of Collective Action. En: MORRIS, A., MUELLER, C. (Eds.) Frontiers in Social Movement Theory, New Haven, Yale University Press

GARCÉS, Mario (1993) Voces de identidad. Propuesta metodológica para la recuperación de la historia local. Chile, Fondo para el desarrollo de la cultura y de las artes.

----- (2002) Tomando su sitio. Santiago, LOM Ediciones.

----- (2004) El mundo de las poblaciones, Santiago, LOM Ediciones.

----- (2011) Los pobladores durante la Unidad Popular: Movilizaciones, oportunidades políticas y la organización de las nuevas poblaciones. Revista Tiempo Histórico, Núm. 3, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

----- (2012) El despertar de la sociedad. Los movimientos sociales de América Latina y Chile, Santiago, LOM Ediciones.

GILLIS, John (1994) Commemorations: The politics of National Identity, New Jersey, Princeton University Press.

GIORGI, Victor (1998) Construcción de la subjetividad en la exclusión. En: Vínculo, Marginalidad y Salud Mental. Montevideo, Editorial Roca Viva.

GLASER, Barney, STRAUSS, Anselm (1967) The discovery of grounded theory: strategies for qualitative research. New York, Aldine Publishing Company.

GOICOVIC, Igor (1996) Movimientos sociales en la encrucijada. Entre la integración y la ruptura. Revista Última década (5)

GONZÁLEZ, Valentina, QUINTANA, Katia (2004) El casado casa quiere. En: GARCÉS, M. El mundo de las poblaciones. Santiago, LOM Ediciones.

GUERRERO, Luz (2001) La entrevista en el método cualitativo. [Recurso en línea] <<http://www2.facso.uchile.cl/investigacion/genetica/cg04.htm>> [consultado 3 de Febrero 2014]

HALBWACHS, Maurice (2004) La memoria colectiva. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.

----- (2002) Fragmentos de La Memoria Colectiva. En: Athenea Digital (2) [en línea] <<http://atheneadigital.net/article/view/52/52>> [consultado 12 de Julio 2013]

HARNECKER, Marta (1996) Memoria oral y educación popular, Reflexiones metodológicas. Colombia, CENDAL.

HARVEY, David (1990) La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural. Buenos Aires, Amorrortu editores.

HIDALGO, Rodrigo (1999) Continuidad y cambio en un siglo de vivienda social en Chile (1892 – 1998). Reflexiones a partir del caso de la ciudad De Santiago. Revista de Geografía Norte Grande (26).

----- (2004) La vivienda social en Santiago de Chile en la segunda mitad del siglo XX: Actores relevantes y tendencias espaciales, En: DE MATTOS, C., DUCCI, M., RODRÍGUEZ, A., YÁÑEZ, G. (Eds.). Santiago en la globalización ¿una nueva ciudad?, Chile, Ediciones SUR.

IBÁÑEZ, Jesús (1994) El regreso del sujeto: La investigación social de segundo orden. Madrid, Siglo XXI editores.

INCIARTE, Alicia (2011) Seminario: Generación de Teoría Fundamentada, Facultad de Humanidades y Educación, División de Estudios para Graduados, Universidad del Zulia, Venezuela.

INFESTA, Graciela (2005) Investigación participativa con imágenes: el caso de los trabajadores de empresas recuperadas. En: Acta VI Jornadas Nacionales de Sociología ¿Para qué la sociología en la Argentina actual?, Buenos Aires.

JAMES, Allison y PROUT, Alan (Eds.) (2010) Constructing and Reconstructing Childhood. Contemporary Issues in the Sociological Study of Childhood, Oxon, Routledge.

JEDLOWSKI, Paolo (2000) La sociología y la memoria colectiva. En: ROSA RIVERO, A., GUGLIELMO B., BAKHURST, D. (Eds.) Memoria colectiva e identidad nacional. Madrid, Editorial Biblioteca nueva.

JELIN, Elizabeth (2005) Exclusión, memorias y luchas políticas. En: MATO, D. Cultura, política y sociedad Perspectivas latinoamericanas. Buenos Aires, CLACSO.

JIMÉNEZ, Carlos (2013) Vida social e Investigación Transdisciplinaria para la Interpretación de la Acción Colectiva y los Movimientos Sociales. En: XXIX Congreso ALAS, GT16 Metodología y Epistemología de las Ciencias Sociales, Santiago, Chile.

JIMÉNEZ, José (2011) Reflexiones sobre la metodología biográfica en perspectiva sociológica. Revista Interacción y Perspectiva, Vol. 2 (1).

JIMÉNEZ, Salvador; VALADEZ, Isabel; BAÑUELOS, Jacinto (2005) Consumo de alcohol en adolescentes de una secundaria de Guadalajara: investigación-acción participativa. Revista Investigación en Salud (3)

KAZTMAN, Ruben (1999) Marco conceptual sobre activos, vulnerabilidad y estructura de oportunidades. En: Activos y estructuras de oportunidad. Estudios sobre las raíces de la vulnerabilidad social en Uruguay, Montevideo, CEPAL.

KRAUSE, Mariane (2002) Investigación – acción – participativa: una metodología para el desarrollo de autoayuda, participación y empoderamiento. En: DURSTON, J., MIRANDA, F. (Compiladores) Experiencias y metodologías de la investigación participativa, División del Desarrollo Social, Santiago, CEPAL.

LADO, Silvana, OLIVERA, Adriana (2010) Biopolítica habitacional. Una mirada sociológica a los sujetos como blancos de los servicios habitacionales. Revista Lavboratorio, Instituto de Investigaciones Gino Germani, UBA, (23).

LAHIRE, Bernard (2006) El espíritu sociológico. Buenos Aires, Ediciones Manantial.

LARAÑA, Enrique (1999) La construcción de los movimientos sociales. Madrid, Alianza.

LARENAS, Jorge (2013) Política Habitacional: el éxito mentiroso de las cifras. [en línea] El Mostrador. 20 Noviembre, 2013. <<http://www.elmostrador.cl/opinion/2013/11/20/politica-habitacional-el-exito-mentiroso-de-las-cifras/>> [consultado el 5 de Febrero de 2014]

LAVABRE, Marie-Claire (1998) Maurice Halbwachs y la sociología de la memoria. En: Raison Présente (128)

LECHNER, Norbert (2002) Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política. Santiago, LOM Ediciones.

LEFEBVRE, Henri (1974) La producción social del espacio. [En línea] <<http://es.scribd.com/doc/47404221/Lefebvre-Henri-La-produccion-del-espacio>> [Consultado el 12 de Diciembre de 2013]

LEÓN, Emma (1997) El magma constitutivo de la historicidad. ZEMELMAN, H. (Ed.) En: Subjetividad: Umbrales del pensamiento social. España, Editorial Anthropos.

LOBO, Ana Laura (2010) Reflexiones teórico-metodológicas sobre uso de la fotografía en la investigación social: Identidades de clase media y memoria piquetera en el Puente Puyrredón. En: Revista Chilena de Antropología Visual (16) [Recurso en línea] <<http://www.rchav.cl/lobo.htm#2>> [Consultado el 8 de Agosto de 2013]

LÓPEZ, Raúl, DESLAURIERS, Jean (2011) La entrevista cualitativa como técnica para la investigación en Trabajo Social. En: Revista Margen (61) [Recurso en línea] <<http://www.margen.org/suscri/margen61/lopez.pdf>> [Consultado 15 Mayo 2014]

LOYOLA, Manuel (1989) Los pobladores de Santiago; 1952-1964: Su fase de incorporación a la vida nacional. Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia.

MANNHEIM, Karl (1995) *Ideologie and Utopie*. Frankfurt, Vittorio Klostermann.

MARQUEZ, Francisca (2008) Resistencia y sumisión en sociedades urbanas y desiguales: poblaciones, villas y barrios populares en Chile. En: ZICCARDI, A. Procesos de urbanización de la pobreza y nuevas formas de exclusión social: Los retos de las políticas sociales de las ciudades latinoamericanas del siglo XXI. Bogotá, Editorial Siglo del Hombre – CLACSO.

MARTÍ, Joel (2008) De las prácticas locales al conocimiento público: La investigación – acción como contribución científica. *Revista Forum Qualitative Social Research*, Vol. 9 (3).

MAUAD, Ana María (2005) Fotografía e historia, interfaces. En: AGUAYO, Fernando y ROCA, Lourdes (Coords.) *Imágenes e investigación social*, México, Instituto Mora.

MAX-NEEF, Manfred (1993) *Desarrollo a escala humana. Conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones*. Montevideo, Editorial Nordan-Comunidad.

MEAD, George (1964) *On social psychology: selected papers*. London, University of Chicago Press.

MELUCCI, Alberto (1990) La acción colectiva como construcción social. En: XII Congreso Mundial de Sociología “Clases Sociales y Movimientos Sociales”. Madrid.

----- (1996) *Challenging codes. Collective action in the information age*. New York, Cambridge University Press.

----- (1999) *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México, El colegio de México

MENDOZA, Jorge (2010) Los escenarios de la memoria. La disputa por los espacios. En: *Revista Afuera. Estudios de crítica cultural* (8). [Recurso en línea] <

<http://www.revistaafuera.com/articulo.php?id=66&nro=8>> [consultado 12 de Abril de 2013]

MIELES, Dilia, TONON, Graciela, ALVARADO, Sara (2012) Investigación cualitativa: el análisis temático para el tratamiento de la información desde el enfoque de la fenomenología social. En: Seminario de Fundamentación “Reflexiones epistemológicas y metodológicas de las ciencias sociales: posibilidades y opacidades para pensar la niñez y la juventud” Colombia, Universidad de Manizales.

MILLS, Wright (1974) La imaginación sociológica. México, Fondo Cultura Económica

MONTENEGRO, Marisela, PUJOL, Joan (2003) Conocimiento situado: Un forcejeo entre el relativismo construccionista y la necesidad de fundamentar la acción. Revista Interamericana de Psicología, Universitat Autònoma de Barcelona, Vol. 37 (Nº2)

MUSITU, Gonzalo (sin año) The grounded Theory o la “Teoría Fundamentada en Datos”, Universidad Valencia.

NICHOLLS, Nancy (2007) Paradojas de la memoria. Entre el boom y la negación. [Recurso en línea] <
http://www.comisionporlamemoria.org/investigacionyensenanza/pdf_biblioteca/Nicholls%20Paradojas%20de%20la%20memoria.%20Entre%20el%20boom%20y%20la%20negaci%C3%B3n.pdf> [consultado el 7 de Noviembre 2014]

NORA, Pierre (2009) Los lugares de la memoria. Santiago, LOM Ediciones.

OLSON, Marcur (1985) Auge y decadencia de las naciones. Barcelona, Editorial Ariel

ORTEGA, Mario (2009) Metodología de la sociología visual y su correlato etnográfico. Revista Scielo, Vol. 22 (59). [Recurso en línea], <
http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S0187-57952009000100006&script=sci_arttext> [consultado el 3 de Agosto de 2013]

OSPINA, Byron (2011) Espacializando la memoria: Reflexiones sobre el tiempo, el espacio y el territorio en la constitución de memoria. En: Revista Aletheia, Vol. 2 (3)

PIÑA, Carlos (1999) Tiempo y Memoria. Sobre los artificios del relato autobiográfico, Colección Proposiciones, Vol. 29, Chile, Ediciones SUR.

PIZZORNO, Alessandro (1986) Some other kind of otherness: a critique of rational choice En: FOXLEY, A., MCPHERSON y O'DONNELL (comp.) Development, democracy, and the art of trespassing; essays in honor of Albert O. Hirschman. Notre Dame, University of Notre Dame Press.

POSNER, Paul (2012) Targeted Assistance and Social Capital: Housing Policy in Chile's Neoliberal. Revista International Journal of Urban and Regional Research, Vol. 36.1

QUEVEDO, Santiago; SADER, Eder (2014) Algunas consideraciones en relación a las nuevas formas de poder popular en poblaciones. Revista EURE, Vol. 3 (7).

QUINTANILLA, Rosa (1990) Yo soy pobladora, Chile, Editorial Taller Piret.

RANCIÈRE, Jacques (2010) Sobre la importancia de la Teoría Crítica para los movimientos sociales actuales. [En línea] <http://www.estudiosvisuales.net/revista/pdf/num7/05_ranciere.pdf> [Consultado 29 de Agosto 2014]

RETAMOZO, Martín (2008) Sujetos sociales, subjetividades y acción en la disputa por el orden social en la Argentina contemporánea. Taller – Programa 2008. La Plata, Universidad Nacional de la Plata.

REVILLA, Marisa (1996) El concepto de movimiento social: Acción, Identidad y Sentido. En: Revista Última Década (5)

REYES, Luis (2011) Capital social e identidad; dialéctica de una transformación. Aproximación histórica al movimiento de pobladores en Lo Hermida (1970 – 2010), Tesis para optar al grado de Historiador. Santiago, Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades.

RICOEUR, Paul (1995) Tiempo y narración II, Configuración del tiempo en el relato de ficción, México, Editorial Siglo Veintiuno.

----- (1999) Historia y memoria. La rescritura de la historia y la representación del pasado. En: 22° Conferencia Marc Bloch, Francia, L'Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales.

----- (2004) La memoria, la historia, el olvido. Argentina, Fondo de Cultura Económica

RIESSMAN, Catherine (2008) Narrative methods for the human sciences, California, Sage Publications.

RITZER, George (2002) Teoría sociológica moderna. Madrid, McGraw-Hill Interamericana de España

RIVAS, Antonio (1998) El análisis de marcos. En: IBARRA, Pedro, TEJERINA, Benjamín (Eds.) Los movimientos sociales: Transformaciones políticas y cambio cultural. España, Editorial Trotta.

RIVERA, Álvaro (2012) Historia de la política habitacional en el área metropolitana de Santiago, Revista CIS, Vol. 16 (16)

RODRÍGUEZ, Alfredo, SUGRANYES, Ana (2004) El problema de vivienda de los “con techo”. Revista EURE, Vol. XXX (91)

ROMERO, Raúl (2011) El uso de la imagen como fuente primaria en la investigación social. Experiencia metodológica de una etnografía visual en el caso de estudio: territorialidades de la vida cotidiana en la plancha del Zócalo de la ciudad de México. En: Revista *Secuencia*, (82)

ROJAS, Sergio (2008) Estética del malestar y expresión ciudadana. Hacia una cultura crítica. En: Ciudadanía, participación y cultura, Santiago, LOM Ediciones.

ROUSSEAU, Jean (1999) El contrato social, o, Principios de derecho político. Madrid, Tecnos.

ROYO, Manuela (2005) La lucha por la vivienda: El movimiento social de pobladores ayer y hoy (1900 – 2005), Tesis para optar al grado de Historiadora. Santiago, Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades.

RUIPÉREZ, Rafael (2006) ¿Quién teme a los pobladores?, Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, Colección Punto Aparte.

SABATINI, Francisco, WORMALD, Guillermo. (2004) La guerra de la basura de Santiago: desde el derecho a la vivienda al derecho a la ciudad. Revista EURE, Vol. 30 (91), [en línea], <http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0250-71612004009100005&lng=es&tlng=es. 10.4067/S0250-71612004009100005> [Consultado el 12 de Noviembre de 2015]

SABUCEDO, José Manuel, GROSSI, Javier, FERNÁNDEZ, Concepción (1998) Los movimientos sociales y la creación de un sentido común alternativo. En: IBARRA, Pedro, TEJERINA, Benjamín (Eds.) Los movimientos sociales: Transformaciones políticas y cambio cultural. España, Editorial Trotta.

SALAS, Verónica (2009) Rasgos históricos del movimiento de pobladores en los últimos treinta años, Taller de acción cultural, Centro de Estudios Miguel Enríquez, Archivo Chile. [Recurso en línea], <<http://www.archivochile.com/Mov_sociales/mov_pobla/MSmovpobla0009.pdf>> [consultado el 10 de Enero 2014]

SALAZAR, Gabriel (2001) Memoria histórica y capital social En: DURSTON, John; MIRANDA, Francisca (Compiladores) Capital social y políticas públicas en Chile. Investigaciones Recientes. Volumen I, Chile, CEPAL.

----- (2003) La historia desde abajo y desde adentro. Santiago, LOM Ediciones.

----- (2011) Los movimientos sociales en Chile, y el despertar de la soberanía popular. [en línea] Diario El Maule. 10 Octubre, 2011. <<http://www.elamaule.cl/noticia/politica/gabriel-salazar-los-movimientos-sociales-en-chile-y-el-despertar-de-la-soberania-po>> [consultado el 12 Marzo 2014]

----- (2012) Los movimientos sociales en Chile: Trayectoria histórica y proyección política, Santiago, Uqbar Editores.

SCHUTZ, Alfred (1964) Estudios sobre teoría social. Buenos Aires, Amorrortu editores.

----- (1973) Las estructuras del mundo de la vida. Buenos Aires, Amorrortu editores.

SIMMEL, Georg (2002) Sobre la individualidad y las formas sociales, Argentina, Prometeo Libros.

TARROW, Sidney (1997) El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política, Madrid, Alianza Editorial.

TAYLOR, James y BOGDAN Robert (1987) Introducción a los métodos cualitativos de investigación. La búsqueda de significados. Barcelona, Editorial Paidós.

THOMPSON, Edward (1989) La formación de la clase obrera en Inglaterra. Barcelona, Crítica.

TIRONI, Eugenio (1986) La revuelta de los pobladores. Integración social y democracia. Revista Nueva Sociedad (83).

TORRES, Alfonso y JIMÉNEZ, Absalón (2006) La práctica investigativa en Ciencias Sociales, Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Pedagógica Nacional, Colombia.

TORRES CARILLO, Alfonso (2009) Acción colectiva y subjetividad. Un balance desde los estudios sociales. Revista Folios (30)

TOURAINÉ, Alain (1969) Sociología de la acción, Barcelona, Ediciones Ariel.

----- (1987) Sociología de la acción. Actores sociales y sistemas políticos en América Latina. PRELAC.

----- (1999) ¿Podremos vivir juntos? La discusión pendiente: el destino del hombre en la aldea global. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

TURNER, John (1977) Housing by people, Madrid, Ediciones Hermann Blume.

VALENCIA, Guadalupe (2009) El oficio del sociólogo: La imaginación sociológica En: Pluralismo Epistemológico, La Paz, Editorial CLACSO – MUELA DEL DIABLO Editores.

VALLES, Miguel (1993) Técnicas Cualitativas de Investigación Social. Reflexión metodológica y práctica profesional [en línea] < http://www.isel.edu.ar/assets/it_valles%5B1%5D.pdf > [4 de Abril de 2014]

VILA, Mariana (2011) En los zapatos de otros. La construcción de la subjetividad colectiva en un movimiento de trabajadores desocupados. Tesis para optar al grado de Sociología, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

VILLASANTE, Tomás (2000) La investigación social participativa, construyendo ciudadanía/ 1, España, Editorial El Viejo Topo, Red de Colectivos y Movimientos Sociales.

WEBER, Max (1978) La objetividad cognoscitiva de la ciencia social y de la política social. Ensayos sobre teoría sociológica. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

----- (1979) El político y el científico. Madrid, Alianza Editorial.

ZEMELMAN, Hugo (1997) Subjetividad: Umbrales del pensamiento social. España, Editorial Anthropos.

----- (2006) El conocimiento como desafío posible. México, EDUCO.

----- (2010) Sujeto y subjetividad: la problemática de las alternativas como construcción posible. En: Revista POLIS, Universidad Bolivariana, Vol. 9 (27). [Recurso en línea] <<http://www.scielo.cl/pdf/polis/v9n27/art16.pdf>> [consultado 2 de Noviembre 2014]

----- (2011) Conocimientos y Sujetos Sociales. Contribución al estudio del presente. Bolivia